HAZTE PEQUEÑA, SOLO MÍA

MILA BELDARRAIN

www.edicionesbeta.com

Contenido

1. SINOPSIS
2. Capítulo 1
3. Capítulo 2
4. Capítulo 3
5. Capítulo 4
6. Capítulo 5
7. Capítulo 6
8. Capítulo 7
9. Capítulo 8
10. Capítulo 9
11. Capítulo 10
12. Capítulo 11
13. AUTORA
14. LEGAL

SINOPSIS

HAZTE PEQUEÑA, SOLO MÍA
Mila Beldarrain

A través de tres voces de mujer, nos adentramos en el oscuro mundo de la violencia de género, analizando al mismo tiempo la psicología del maltratador, sus artes de seducción y desenmascarando su comportamiento. También se profundiza en las razones que pueden llevar a tantas mujeres a caer ingenuamente en las redes de esos falsos amantes, que se convertirán en sus verdugos. La narración se entrelaza con el hecho histórico del crimen ocurrido en la casa-torre de Ursua (en Arizkun, Valle de Baztan), en donde el señor de Ursua mató por celos a su mujer hace varios siglos. Esta triste historia, también recogida en una vieja balada cantada, entre otros, por Mikel Laboa, se sitúa en la ermita de Santa Ana, que aún se conserva, frente a la casa-torre de los Ursua.

Hazte pequeña,
solo mía

HAZTE PEQUEÑA, SOLO MÍA

Mila Beldarrain

A todas las mujeres asesinadas víctimas de la violencia de género, a sus hijos muertos y a los que han quedado huérfanos.

NOTA: La novela sitúa su acción en Donostia-San Sebastián, por lo que, al ser su protagonista vasca y estar la narración en primera persona, las palabras en euskera aparecen integradas en el propio texto. La protagonista también tiende a utilizar el “le” en lugar del “la”, y esto también se refleja en la narración, con el objetivo de dar mayor credibilidad al personaje y reflejar su personalidad.

Capítulo 1

Mientras las bombas japonesas se abrían como flores de loto sobre la bahía y el ruido ensordecía la ciudad, vi la luz de unas sirenas que se acercaban por el Paseo de la Concha. No sentí nada, no podía sentir nada, y seguí contemplando los fuegos como un robot programado para levantar la cabeza y dirigir las pupilas hacia la luz.

En algún momento miré hacia atrás, Izaskun y Luka, la mastín canela, estaban sentadas junto al cadáver, le velaban como el que vela el sueño de un niño, sin hacer ruido.

Izaskun no lloraba y Luka no ladraba.

También, en algún momento, sentí la mano de Sara apoyada en mi hombro y las dos estuvimos así, los ojos fijos en los fuegos, hasta que llegó la policía.

Luego, fue todo muy rápido.

Una mujer, de edad indefinida, de cara indefinida, de aspecto indefinido, a no ser por las botas Martens rojo cereza de ocho agujeros como las de los *skins* de finales de los 60, vino hacia donde estábamos Sara y yo, una placa de metal en la puntera de las botas hacía que sus pasos resonasen con un clac-clac-clac de espectáculo de tap, de claqué. Se presentó, era la inspectora Adriana Arruabarrena, ella se iba a encargar del caso. Después, nos dijo que nos lleváramos a Izaskun y que estuviésemos localizables, por la mañana se pondría en contacto con nosotras.

Un coche de policía nos sacó a las tres de la villa. Sara se quedó

en el Hotel Niza, donde se hospedaba, y dije que a Izaskun y a mí nos llevaran a la calle Getaria, vivíamos las dos muy cerca una de la otra, ella, allí, en Getaria, y yo, doblando la esquina, en la calle San Marcial.

Cuando Izaskun abrió la pesada puerta de hierro, el portal de Getaria, faraónico y de mármol, me pareció un panteón a punto de devorarnos y creo que a Izaskun también, porque me abrazó y me dijo que no quería estar sola. Le tranquilicé como pude y le propuse que viniera a dormir a mi casa.

Mientras esperaba que a Izaskun le hiciese efecto el tranquilizante, que le di, y se quedase dormida, experimenté un montón de sentimientos contradictorios, angustia, tristeza y, también, liberación, una liberación que me acunaba el alma y a la vez me daba vértigo.

Y es que tardé mucho tiempo en aceptar que estábamos viviendo al borde de la tragedia, tardé demasiado tiempo, quizás, si me hubiera enfrentado a la verdad, si no hubiera cerrado los ojos, si no hubiese sido cobarde, hubiera podido evitar todo lo que pasó.

Pero no fue así, yo también caí en sus redes invisibles, unas redes que iba tejiendo despacito, sin prisa, hábilmente, mientras me sonreía, mientras me seducía, mientras venía donde mí buscando apoyo, consuelo, mientras me decía a mí misma que me necesitaba, que solo yo sabía entenderle. Yo también, como Izaskun, fui su marioneta y bailé con él cuando decía que era valiente, fuerte, protector, y me lo inventé distinto cuando se volvió dañino, cruel, depredador. Yo pude librarme de aquel juego diabólico, sin embargo no hice nada más, solo me salvé yo.

Hoy hace un año de todo aquello y esta noche he vuelto a soñar el mismo sueño que soñé aquella noche.

Al principio, ha sido un sueño igual, idéntico a sí mismo.

Estoy en el barrio de Ordiki en Arizkun. La dorrea, la casa-torre de los Ursua, se levanta ante mí, muy vieja, haciendo equilibrios para no caer, luchando contra el olvido. Un cielo plomizo chupa los colores de la hierba, de los montes y del horizonte. Ese cielo tan gris me pesa en el alma. Me acerco despacio al arco de entrada. Dentro, niños, mujeres, ovejas se aprietan buscando calor bajo un enorme escudo, que tiene tres palomas de sable, tres palomas negras, con manchas plateadas. Las palomas, de pronto, cobran vida y levantan el vuelo. Huyo aterrorizada. Y entonces le veo, Iñaki está junto a la pequeña ermita de Santa Ana, donde murió asesinada Juana de Lantaina. Corro hacia él buscando un corazón amigo. Le conocí la primera vez que fui a ver la torre de los Ursua. Tuvimos empatía desde el primer

momento. Me di cuenta de que no estaba bien, no, no estaba bien, pero sus explicaciones fueron precisas y cercanas, me trasladaron muy lejos en el tiempo. Murió trágicamente, la vida pudo con él. Le abrazo buscando amparo, sé que me entiende. Sonríe, pero luego se me escurre entre los dedos y siento una angustia infinita. Antes de desaparecer, me dice: "Tres palomas te persiguen", y su voz se pierde en la nada. Entonces, las tres palomas hacen círculos sobre mi cabeza, parecen buitres. Quiero gritar, pero, como pasa tantas veces en los sueños, no puedo, soy el grito mudo del cuadro de Munch.

Sin embargo hoy, el sueño no ha terminado ahí, hoy Iñaki Gorostidi ha surgido otra vez de repente y me ha dicho que ya no tengo que tener miedo, que todo ha terminado, y me he perdido con él por un camino tranquilo y mágico rodeado de robles y castaños, por donde corría un arroyo de agua clara, lo he reconocido enseguida, era Infernuko Erreka, la regata del Infierno entre Baztan y Etxalar. Me gusta ir allí con Telmo, comer en Etxebertzeko Borda y perdernos por ese paisaje tan misterioso. Y, de pronto, Iñaki ya no era Iñaki, era Telmo, me ha cogido de la mano y hemos seguido andando hasta Infernuko Errota, el viejo molino y su cascada, alrededor había paz, mucha paz.

Sí, ha pasado un año desde entonces, ahora solo queda esperar que el tiempo vaya borrando, como borran las olas de la playa los dibujos de la arena, todo lo que ocurrió, el dolor de aquellos días.

La noche que murió Santi, me desperté sobresaltada, bañada en sudor, eran las cuatro de la madrugada.

La respiración pausada de Izaskun me devolvió a la realidad.

El cuerpo de Santi, allí tirado al pie de la escalera con un tiro en la boca, fue la primera imagen que me vino a la cabeza.

Y otra vez, sentí una pena infinita por el amigo muerto, la vergüenza de no haber sido capaz de hacer nada y dejar que las cosas llegaran hasta donde habían llegado, y un gran consuelo viendo a Izaskun dormida y, por fin, libre, aunque iba a tardar bastante tiempo en darse cuenta, en aceptar que se había escapado de una mazmorra oscura de barrotes invisibles construida con la palabra amor.

Izaskun, que ahora dormía tan plácidamente, cuando la traje a casa, era un pelele, la imagen del desconsuelo, y, mientras cogía el tranquilizante y le preparaba el vaso de leche, que se los tomó como un animalillo obediente, me invadió una rabia infinita, rabia infinita por ella y por mí, porque entendía muy bien lo que sentía, aunque yo había podido escapar a tiempo. Santi había destrozado a aquella mujer, la había vejado, humillado, convertido en nada, como empezó a hacer conmigo, y ella, sin embargo, estaba rota en mil pedazos por el dolor, la muerte de su maltratador la había dejado desvalida, más sola que nunca. Me juré a mí misma que conseguiría devolverle la

dignidad que le habían robado.

Recuerdo que, cuando Izaskun, por fin, se durmió, me preparé un whisky y, enseguida, se me atropellaron imágenes viejas, que venían de muy lejos, de cuando era imposible intuir lo que iba a ocurrir después.

Estaba en la Casa Grande.

Era mi paraíso.

Allí conocí a Santi.

Nosotros vivíamos en la calle Garibai, el área romántica y cara de la ciudad, pero en un piso tan diminuto y tan oscuro, que siempre era de noche, el piso nos lo cedía el Ayuntamiento, a cambio del sueldo exiguo que recibía mi padre. Mi padre era jardinero municipal, cuidaba de los jardines de Alderdi Eder, que estaban, están, a la vuelta de la esquina, y, además, hacía algunos trabajos en Itsaso-Loreak, para nosotros la Casa Grande. Itsaso-Loreak era la villa de don Santiago Fernández de Sosoaga, prohombre de la ciudad y a quien el Ayuntamiento le debía muchos favores. Mi familia era muy pequeña, yo solo tenía un hermano, nuestro Martintxo, nació con parálisis cerebral, cuando murió se llevó su inocencia, la inocencia que nos ayudaba a ser buenos. En la puerta de enfrente de Garibai vivían los porteros, Balbino y Fidela. Recuerdo aquellas noches frías, apretados en la cocina buscando calor, igual que los niños, las mujeres y las ovejas de la dorrea de Ursua. Al final de mes, la escasez se aliaba con el frío, cuidar de Martintxo se llevaba gran parte del sueldo y mi madre, con cara de preocupación, contaba y recontaba las monedas que le quedaban, luego nos miraba sonriente y nos anunciaba el festival de patatas que íbamos a comer los días siguientes y que, en sus descripciones, se volvía suculento. Martintxo, al ver a la ama contenta, palmoteaba a su manera y hacía aquellos ruidos que eran su risa. La ama tenía que haber sido escritora.

Fue un día de agosto, cuando acompañé a mi padre a Itsaso-Loreak, la ama estaba otra vez en el hospital con Martintxo y no querían que me quedara sola. Yo iba ilusionada, con muchas ganas de conocer aquella casa. El aita nos contaba que tenían mayordomo, criadas y dos mastines muy grandes, que la señora, doña Patricia, era buena y triste, tocaba el piano muy bien y pintaba, uno tras otro, cuadros de rosas amarillas, y que al señor, a don Santiago, casi no le veía.

Cuando atravesamos la verja, los dos mastines vinieron a saludarnos, no tuve miedo y acaricié a aquellos perros de casa rica con la delicadeza que se acaricia por primera vez una piel muy cara. El jardín se abría a la bahía de La Concha, que se extendía frente a la casa como la cola de un pavo real. Al fondo, estaba la piscina, rodeada de tumbonas de mimbre con muchos almohadones. El aita me dijo que

me sentara en una de las tumbonas, mientras él trabajaba. Y allí me quedé muy quieta para no estropear nada, sé que pensé que mis viejos zapatos y la falda heredada de mi prima afeaban el conjunto. Poco después, apareció la señora, doña Patricia. Tenía razón el aita, era una mujer menuda, elegante y triste. En cuanto me vio, vino hacía mí y me preguntó si quería merendar, le miré al aita, no sabía qué tenía que contestar, él me dijo que sí con la cabeza, ella me dio la mano y entramos las dos en la villa.

Y me quedé con la boca abierta.

Solo el gran vestíbulo de la entrada era mucho más grande que nuestra casa, estaba presidido por un retrato de doña Patricia con un vestido largo muy elegante de color gris perla, así me dijo ella que se llamaba ese color, y el nombre me pareció precioso. Las escaleras y la baranda de hierro forjado se retorcían hasta el infinito para llegar a los pisos de arriba. Había grandes espejos, cuadros, cortinones, figuritas de porcelana, muchas fotos en marcos de plata, de nácar, de concha. Olía a palo de rosa. Un silencio de gasa envolvía todas aquellas habitaciones de altas puertas de madera oscura y visillos transparentes, que tamizaban la luz del sol. Y pensé que la Casa Grande era la suntuosa morada de la felicidad. Los que vivían allí solo podían ser felices, no se aburrían nunca, todo lo que les pasaba era siempre bueno y, si Martintxo hubiera nacido en esa villa, hubiera sido un chico guapo y le entenderíamos todo lo que decía.

Entonces le vi.

Tenía mi edad. Me miraba con curiosidad. Era Santi. Doña Patricia me presentó y nos llevó a los dos a la cocina, que era tan grande que no se veía el fondo. La cocinera, sus ayudantes y varias doncellas andaban por allí de un lado al otro. Sobre una mesa enorme de mármol, había cruasanes, bollos suizos, magdalenas, medias noches de jamón de York y queso, otras de lonchas finísimas de chorizo y una jarra grande de chocolate. Santi se empezó a reír a carcajadas al ver mi sorpresa y admiración. Y allí mismo hice una demostración de orgullo.

Miré a Santi con altivez y, luego, a su madre.

–Muchas gracias, señora, pero ya he merendado.

Aunque era una niña, recuerdo muy bien que vi en los ojos de doña Patricia unas chispitas de aprobación por aquel alarde de dignidad que acababa de hacer, mucho más tarde comprendí por qué. Y, además, Santi dejó de reírse.

A partir de ese momento, Santi me respetó a su manera, aún no sabíamos que su vida y la mía se iban a enredar tanto, que iba a ser su amiga, que iba a ser su confidente, que iba a ser su amante y que iba a acabar por ser su enemiga, y su muerte me iba a liberar de mucha angustia.

Hoy, la villa de Aiete está a la venta y se muere devorada por una hiedra que parece inteligente, tiene mente asesina, ha invadido silenciosamente paredes, balcones, ventanas, es la hiedra malvada y misteriosa de una película de terror. El aita podría decirme por qué esa hierba avanza por la casa y se come hasta el último resquicio de la fachada. Pero el aita ya no está, se ha ido, como todo lo que viví entonces.

Tampoco están los padres de Santi y la ama anda perdida en un mundo que nadie conoce en la residencia de Zorroaga.

No, no debería recordar, me pone triste, sin embargo no puedo evitarlo, cuesta mucho olvidar después de lo que pasó.

Una vez, Santi estaba en Madrid, y me llamó una de las doncellas de la casa muy angustiada, doña Patricia, en un arrebato, había tirado desde la terraza todas las fotos del señor. Parecía una yegua desbocada, no podían sujetarla. Llegué. Sobre la hierba, vi montones de fotografías hechas trizas, montones de marcos destrozados, de cristales rotos. La cara de don Santiago me miraba desde el suelo por debajo de la falda, aparté la vista de aquellos ojos sucios. Entramos, y en cuanto me vio, la madre de Santi se me echó en los brazos llorando. Le acaricié, le hablé bajito para que se calmara, le llevé a su cuarto y le metí en la cama. Entonces, casi me gritó: "Tú sabes cómo es Santi, ¿por qué no haces nada?, dime, ¿por qué no has hecho nada? Ayúdale, él en el fondo es bueno, él podía haber sido bueno". Después, cerró los ojos y se olvidó de mí. Tenía razón. Yo no había hecho nada. Era cobarde. Era cobarde con ella, con Santi, con Izaskun y conmigo. Y continué siendo cobarde.

Don Santiago, cuando yo le conocí, tenía 65 años. Era un hombre todavía atractivo, arrogante, acostumbrado a mandar y a que le obedeciesen. Gracias a él, el pequeño negocio familiar, que heredó de su padre, se convirtió casi en un imperio, era muy rico. Siempre había sido un mujeriego. Se casó con Patricia Marinda, fue un matrimonio de conveniencia. Los Marinda eran gente que vivía de los últimos restos de la fortuna de sus antepasados, pero muy bien relacionada. A las recepciones de su casa de Claudio Coello en Madrid iban ministros, empresarios, condes y duques, ellos tenían también título nobiliario. Patricia había sido educada para obedecer, como la mayoría de las mujeres, y eso hizo toda su vida. Cuando nació Santi, el padre pensó que aquel niño iba a ser como él. Pero no fue así. Santi, excesivamente protegido por su madre, era frágil y caprichoso. La frustración de don Santiago le llevó a despreciar abiertamente a su hijo. Más de una vez, vi a Santi observando con envidia y pena las carantoñas que hacía su padre a los dos mastines, hubiese dado cualquier cosa por ser uno de ellos. Santi admiraba a su padre, trataba desesperadamente de gustarle, le imitaba, y fui testigo de cómo, poco a poco, se convirtió en

su nuevo mastín y recibía muy contento la ración diaria de carantoñas de aquel hombre déspota.

Don Santiago, Patricia, Santi, Izaskun, yo…

Ha pasado un año, ya es de día y el sueño de Ursua ahora me parece solo un sueño.

Don Santiago Fernández de Sosoaga podía haber sido un Ursua. Arrogante y dominador. Señor de los campos, de los pueblos, de los hombres, de los agotes, de la tierra hasta más allá del horizonte lejano. Los dominios de los Ursua, en los siglos XII y XIII, se extendían por todas las tierras de Arizkun, por las faldas del Gorramendi, siempre, siempre, muy lejos, su otra casa, la de Dutelka, estaba en el paraje de Aintzalde. Oigo gritar indignado a un Ursua: "¡Has venido demasiado cerca!", porque el señor de Bergara ha tenido la osadía de construir su torre a seis kilómetros del palacio de Ursua y dice que le hace sombra, que le llega su sucio aliento.

Entonces, hace un año, cuando me desperté al día siguiente de la muerte de Santi, el sueño de Ursua me pareció un mal presagio.

Izaskun seguía profundamente dormida y yo necesitaba relajarme, las imágenes de la víspera me angustiaban hasta ahogarme, la presencia de la muerte es tan fuerte, es tan quieta, silenciosa e imponente, que volvía todos mis pensamientos oscuros. Así que, mientras esperaba a que Izaskun se despertase, decidí darme un baño muy caliente, me relajaría, es un placer que no pude disfrutar de niña. En casa no había ducha, ni bañera. Calentábamos un puchero grande de agua y nos lavábamos por partes. A Martintxo le gustaba aquel trajín de cubos y, cuando le tocaba baño, palmoteaba muy contento, mientras nos ponía perdidas de agua a la ama y a mí.

En la bañera, algo más relajada, me puse a recordar momentos buenos de mi vida, que pudieran arrastrar muy lejos lo que acababa de vivir, y me dediqué a hacer un recorrido por las cosas que me parecía que había hecho bien, pensé que esa podía ser una buena manera de levantarme el ánimo. Había estudiado con entusiasmo la carrera de Arte e Historia a golpe de becas. Me gustaba mi trabajo en *Art*, la revista de arte donde llevaba más de diez años, y el nuevo proyecto, que me acababa de encargar Telmo, sobre las dorreas, las casas-torre navarras, me ilusionaba. Pero entonces me acordé de que la primera vez que visité la casa-torre de Ursua, cuando Iñaki Gorostidi me enseñó la pequeña ermita de Santa Ana que está ante la torre, sentí un escalofrío raro. Y esa mañana, allí, dentro de la bañera, supe que aquel escalofrío me había anunciado lo que iba a pasar. El cuerpo de Juana de Lantaina, la rica heredera de Zuberoa, y el cuerpo de Santi se mecían al ritmo de un torbellino de violencia.

Y otra vez, a pesar del bálsamo del agua, la Casa Grande se apoderó de mí, desterró de un manotazo la pequeña paz, que estaba consiguiendo, y me dejó sola con un trágico ejército de palabras feas.

Dominación, maltrato, muerte, dolor.

Miedo, identidad perdida, inseguridad, autoengaño.

Cobardía y silencio, mucha cobardía y mucho silencio.

Salí de la bañera igual de triste que antes y decidí entretenerme preparándole a Izaskun un buen desayuno.

En la cocina, exprimí las naranjas con furia, estaba exprimiendo mis pensamientos oscuros, colé el zumo con meticulosidad de científico, la pulpa me repugna y pensé que esa mañana no se le podía enredar a ella nada en la lengua. Salió el café haciendo gorgoritos y el olor de los desayunos de los domingos de mi infancia me despejó, por fin, de pensamientos tristes, entonces la ama hacía café con achicoria, que me parecía el mejor del mundo, tostaba pan en la chapa y abría un bote de la mermelada casera que hacía la amona.

Me sentí más tranquila.

Coloqué todo en una bandeja, las tostadas, la mantequilla, la mermelada en un tarrito de porcelana que compré en Portobello Road, quería que Izaskun viese alguna cosa bonita, y fui a despertarle.

–¿Cómo te encuentras?

–Por lo menos he dormido.

Le acerqué el desayuno.

–Tienes que comer algo.

Pero ella apartó de un empujón la bandeja y por poco tira el zumo.

Entonces, una cólera sorda me subió a la garganta.

Y, mientras le volvía a acercar la bandeja, grité.

–¿Qué te pasa? Sí, Santi está muerto. El Santi que te despreciaba, que te humillaba delante de mí y de todos, el Santi que te ha convertido en una piltrafa sin autoestima, el Santi que te ha engañado a la vista del mundo, ese Santi ha muerto. ¿Hasta cuando vas a seguir siendo una víctima sumisa?

Y ella me gritó a mí.

–Tú crees que lo sabes todo, ¿verdad? Pues no sabes nada. Tú nunca has querido. Tú no sabes lo que es querer. Tú no sabes qué es que te quieran.

Me callé.

Entre Santi y yo habían pasado muchas cosas, aunque ella no lo sospechara.

Ahora lloriqueaba.

–Santi me quería a su manera, yo sé que me quería, aunque se fuera con otras, aunque a veces parecía que me despreciaba. Yo he sido su apoyo. Soy la única que le he conocido de verdad. Para

vosotros era brillante, ingenioso, fuerte. Pues no es así, era frágil, demasiado frágil, y, cuando estábamos solos, se refugiaba en mí, yo era su fuerza…, y ayer le abandoné para siempre, tú, su amiga de toda la vida, también le abandonaste para siempre.

Yo, igual que Izaskun, creí un día que era la fuerza de Santi.

La bandeja bailaba entre sus piernas y se la retiré antes de hablar, intenté parecer serena.

–Izaskun, Santi era solo humo, un humo tóxico que buscaba hacerte daño, que te despreciaba por haberte enamorado de él, por haberte enamorado de alguien tan vacío como él. Eso no es amor, lo que sientes no es amor, el amor no destruye, construye, nos hace mejores, y a ti te ha destruido. Solo te necesitaba para desahogarse, para sentirse fuerte cuando te dominaba. Lo que ha pasado…

Me callé, no debía decirle que era ella, y no Santi, la que podía haber acabado con un tiro en la boca a los pies de una escalera.

Me sonrió con amargura, me había leído el pensamiento.

Luego, habló como en un sueño.

–Era un día como hoy, un día de agosto soleado, tranquilo y con la mar en calma. Salíamos por primera vez. Me llevó en su velero. Había preparado todo con mimo. Vino, champagne, foie, caviar. En altamar, más allá de la Isla, nos dimos un baño, después, mientras nos secábamos, hicimos el amor, despacio, despacio, sin tiempo, ahí en medio de la inmensidad del cielo y el mar…

Le corté, no quería escuchar aquella historia que, a pesar del tiempo que había pasado y aunque no lo quisiese admitir, me ponía todavía celosa, una historia que escondía bajo un mentiroso velo romántico todas las cosas siniestras que ella y yo sabíamos.

Fui cruel.

–¿Ya había bebido?

No me contestó, seguía en su sueño.

Después, aún en su sueño feliz, se olvidó de mí y se puso a mordisquear una tostada.

Yo hice lo mismo, mientras recordaba.

No le había dicho nada a Izaskun, pero, hacía dos días, había estado con Santi y él me había hablado de la muerte, como si presintiera que algo terrible iba a pasar, yo también, cuando se fue, tuve presentimientos extraños, que me asustaron.

Me llamó por la mañana, cuando vi su nombre en el móvil y aunque hacía tiempo que lo nuestro había acabado, sentí que se me aceleraba el corazón.

Charlamos, parecía contento, tenía que estar conmigo, y quise saber por qué quería verme.

Se enredó en vaguedades, se había acordado de mí, nuestro último encuentro no había sido muy afortunado y, en fin, había pensado que era una buena ocasión para que me olvidara de lo que ocurrió y volver a ser amigos como antes.

Acepté.

Cuando apagué el móvil, recordé otro encuentro con Santi.

Santi y yo, después del día que fui con el aita a Itsaso-Loreak, habíamos jugado muchas veces juntos en la Casa Grande, el aita me solía llevar allí cuando tenía que hacer algún trabajo. Luego, crecimos y nuestros mundos fueron muy diferentes. Yo estudiaba y trabajaba en donde podía durante las vacaciones, él se divertía con amigos y amigas de su misma clase social. No solíamos coincidir. Pero, en Semana Grande, una noche de fuegos artificiales (ese verano estuve de camarera en La Rampa, el restaurante del puerto), Santi fue a cenar allí con unos amigos. Se alegró mucho de verme y yo también. Al terminar, me buscó para despedirse y dejó una propina de jeque marbellí, mis compañeros pensaron que eran billetes falsos. Cuando acabé mi turno y volvía a casa, le vi sentado en las escaleras de la iglesia del puerto. Me saludó desde lejos, estaba esperándome.

Me puse contenta.

Entramos a lo Viejo por Portaletas. La Parte Vieja estaba abarrotada de gente, y los bares y pubs también estaban llenos. Así que cruzamos el Boulevard y me sugirió que fuésemos al Dickens, seguro que allí podíamos estar más tranquilos, le dije que sí encantada, los cócteles del Dickens son los mejores de la ciudad y yo no tenía muchas ocasiones de disfrutarlos, no estaban al alcance de mi bolsillo.

En los sillones de arriba del Dickens, los dos solos delante de una copa azucarada de mil colorines, que parecía una flor, y de un gin-tonic de The Origin, Santi se empezó a confesar.

–¿Qué tal tu padre?, gracias a él, las rosas de mi madre hubieran podido ganar un concurso internacional.

Me reí.

–Bien, se ha jubilado, pero tiene una pequeña huerta llena flores en Martutene y allí se pasa horas.

Se calló y me miró con una mirada extraña.

–Has tenido mucha suerte.

Al principio, no le entendí.

–Tus padres, son buena gente, siempre te han querido y te han respetado.

Me reí con ironía.

–Hombre, tú no te puedes quejar.

Lo negó con la cabeza.

–No mientas. El cabrón del viejo ni me mira, es un mujeriego de

mierda. Y a mi madre no la soporto, siempre asustada, siempre obediente, hasta cuando le pega, pero conmigo es autoritaria, quiere fagocitarme, comerme, que solo sea suyo, no me deja ni respirar.

Me sobresalté.

–No digas eso.

Sonrió.

–Tú viste una vez cómo mi padre le pegaba.

Y, en la oscuridad del Dickens, me puse colorada.

Era verdad, no se lo había dicho a nadie y casi me había olvidado, o había hecho todo lo posible para olvidarlo. Una tarde de aquellas en la Casa Grande, Santi y yo jugábamos al escondite en el jardín. Como la puerta de la casa estaba abierta, entré y me escondí en el salón, detrás del enorme sofá tapizado de seda con rosas amarillas, allí Santi no me encontraría. Entonces entraron ellos, doña Patricia lloraba.

–¡Deja de llorar de una vez!

Doña Patricia se tragó un sollozo.

–¡Es la madre de su amigo, te lo pido por tu hijo!

–¿Mi hijo? ¡No es mi hijo, tú sabrás qué hiciste, zorra!

De pronto, la mujer se irguió y se acercó a él muy despacio, tenía la cara desencajada y la mirada muerta.

–¡Sabes muy bien que es tu hijo, nuestro hijo! ¡Y tú eres un pobre hombre, cobarde, miserable y egoísta! ¡Ojalá nunca se parezca a ti!

Después, bajó la voz, que se convirtió en un susurro rencoroso, lleno de ira.

–Te desprecio.

Y aquella mujer tan elegante le lanzó a su marido un escupitajo espeso, que se le fue escurriendo desde la mejilla hasta la boca.

Entonces él, con las venas del cuello hinchadas y la cara amoratada, le tiró al suelo de un manotazo, y empezó a pegarle y a pegarle, descontrolado, loco, sin misericordia.

Una criada, que entró a no sé qué, acabó con la paliza.

Don Santiago se fue del salón sin mirar atrás, atusándose el pelo y estirándose el traje, la chica ayudó a doña Patricia a levantarse sin hacer el menor comentario, con naturalidad, parecía que no era la primera vez que veía aquello.

Cuando salí de detrás del sofá, me di cuenta de que Santi me miraba desde el jardín a través de uno de las ventanales del salón. Corrí a buscarle con la esperanza de que no hubiera visto la escena, pero Santi estaba quieto, muy pálido y se había orinado en los pantalones. En cuanto me acerqué, dio media vuelta y entró en la casa corriendo, yo me quedé allí sin saber qué hacer. Después de un rato, volvió al jardín, llevaba otra ropa y se había rociado con colonia, olía tanto que mareaba. Fui hacia él y le cogí de la mano, Santi me apartó

de un tirón, luego empezó a hablar de tonterías, como si no hubiera pasado nada, y yo disimulé mi angustia e hice lo mismo. Nunca más volví a pensar en aquella escena, ni siquiera conté en casa lo que había visto, me daba mucho miedo revivirla, la aparté muy muy lejos para que no me perturbase. Pero esa tarde de mi infancia me di cuenta de que, a veces, el peor de los infiernos se esconde detrás de las cosas más bonitas, que la Casa Grande no era, como yo creía, la suntuosa morada de la felicidad, sino la suntuosa guarida del espanto, del dolor, de mucho dolor.

Y en la oscuridad del Dickens volví a recordar todo aquello.

Él cortó mis pensamientos.

–¿Tú crees que voy a ser como mi padre?

Había mucha angustia en su voz.

Me conmoví y le abracé.

Él me besó, nos besamos.

Y, como Izaskun, pensé que me necesitaba, que yo podía ser su fuerza.

Me olvidé enseguida de aquel recuerdo, la verdad es que encontrarme otra vez con Santi me hacía ilusión, no podía imaginar que dos días después Santi estaría muerto.

Habíamos quedado en el Gu, el bar del Club Náutico, él era socio desde que nació. Me gusta el Náutico, es un barco varado entre el puerto y la bahía. En la carrera, gané mi primer sobresaliente hablando de esta joya del racionalismo de José Manuel Aizpurua y Joaquín Labayen. Todavía me sabía la lección. Fue inaugurado el 15 de agosto de 1929 y se construyó sobre la base del antiguo Club Náutico. Dijo Jorge Oteiza que es "el único edificio decente y anticipado de la ciudad", claro que, cuando Oteiza dijo eso, todavía no se habían levantado los cubos de Rafael Moneo.

Aunque hacía tiempo que no había nada entre nosotros, esa tarde me maquillé y me vestí con cuidado, a Santi le gustaban las mujeres elegantes, me dije que era solo por coquetería, pero no era verdad.

Maquillaje discreto, vestido fucsia, sencillo y bien pegado al cuerpo, sandalias de tacón y, al final, unas gotas de Coco de Chanel, un lujo que me permito y que aprendí de doña Patricia, ella siempre olía rico, olía bien, y una tarde de aquellas se lo dije. Dos días después, me regaló un frasco de Coco de Chanel. Me duró muchos años, para mí era un tesoro.

Cuando llegué al Náutico, Santi me estaba esperando.

Me miró complacido y me dejé mirar.

Pedí una caña y él, aunque todavía era pronto, pidió un gin-tonic de The Origin, igual que aquella noche en el Dickens.

Fue directo.

–¿Sabes qué tengo una nueva amiga muy especial?

Yo también fui directa.

–Al principio, todas son especiales para ti.

–Esta vez es distinto, le quiero, nunca había sentido algo así, estoy loco por ella.

Unos celos viejos me hicieron daño en el estómago, y me rebelé contra mis celos y contra él.

–¿Qué pasa con Izaskun?

Tenía que haber dicho qué pasa conmigo.

–No te enfades, es la vida. Tengo derecho a ser feliz al menos una vez, algo me dice que no voy a tener más oportunidades de encontrar otra mujer así.

Me acarició la mano.

Luego sonrió.

–Siempre me han gustado tus manos, son pequeñitas y firmes a la vez, hablan de ingenuidad y fortaleza. Así eres tú.

No me dejé engatusar y quise indagar.

–¿Ella te quiere?

Se quedó callado, después me contestó, el tono era arrogante.

–Lo que importa es que yo le quiero a ella.

Y aquella respuesta me dio miedo.

Luego, cambió de tema.

Parecía divertido.

–¿Te acuerdas que de niños te conté que las cenizas de mi tío las habían echado en la boca del Teide y luego estuvimos pensando dónde nos gustaría que echaran las nuestras?

Me pareció un recuerdo siniestro y se lo dije.

Soltó una carcajada excesiva y las mesas de alrededor nos miraron.

–Pues a mí me gustaría que Sara me llevara siempre en su bolso, solo con ella me he sentido feliz y protegido.

Se volvió a reír de mi cara de rechazo.

–Ya sabes, te nombro mi albacea, si muero, tú serás la encargada de robar un puñado de mis cenizas y dárselas a Sara para que se cumpla mi última voluntad.

Estuve a punto de preguntarle quién era aquella Sara, pero no me dio la gana.

Después, me pareció notar en su voz una cierta angustia.

–Quiero que me recuerdes siempre como cuando éramos niños.

Protesté, aquello sonaba también a muerte.

–¿Por qué estás tan siniestro?

No me contestó.

–¿Me recordarás como cuando éramos niños?

Me di cuenta de que no estaba jugando.

Dije que sí con la cabeza, entonces no sabía que tendría que pasar

mucho tiempo para que pudiera recordarle de la manera que él quería, un año después aún no lo he conseguido.

Y me miró agradecido.

Pidió otro gin-tonic y se lo bebió de prisa, demasiado de prisa.

Luego, me rogó que le perdonara, tenía que hacer no sé qué.

Pero antes de irse, me dijo emocionado:

–Te he querido mucho, mucho más de lo que te imaginas. Durante todos estos años, saber que eras mi amiga me ha ayudado a soportarme. Pensar en ti ha sido mi refugio cuando me encontraba perdido, cuando me amenazaba esa rabia tan poderosa, que me ha dominado desde niño. Tú la conoces, tú eres la que mejor me conoce.

Estuve apunto de abrazarle, de pedirle que se quedara, de decirle que no tuviera miedo, yo estaba con él, pero no lo hice.

Solo añadió:

–Gracias.

Y se fue.

Me quedé allí, confusa y con un terrible presentimiento.

Recuerdo que, sin embargo, el atardecer fue hermoso, como si a la naturaleza le importara un bledo lo que nos podía pasar.

El sol se escondió en el horizonte por detrás de la isla de Santa Clara, volviendo las nubes rojas, rosas, violetas.

Un lucero brillaba diamantino en el cielo azul oscuro.

Me terminé la caña y esperé a que se metiera el sol.

Después, quise quitar dramatismo a nuestro encuentro, Santi era así, teatral, exagerado, y decidí no dar importancia a sus palabras tan melodramáticas. Además quería olvidarle.

Hice mal.

Volví al presente, Izaskun seguía ahí con sus ensoñaciones y mordisqueando tostadas, le llamé, por fin me hizo caso, y entre las dos nos terminamos el desayuno.

Hacia las once, la madre y el hermano de Izaskun vinieron a buscarle. Había que esperar el resultado de la autopsia y, luego, organizar el entierro y el funeral.

Cuando se fueron, sola en casa, las tres palomas del sueño de Ursua volaron hacia mí, traían en el pico reflexiones y pensamientos tan cortantes como cuchillos, que me hacían daño.

Sí, yo había estado enamorada de Santi y verle a Izaskun destrozada por la muerte de su verdugo me daba vértigo, me daba miedo, porque yo podía haber sido ella. Las caras de tantas y tantas mujeres maltratadas, asesinadas, muertas, desfilaban por mi cabeza. Mujeres que habían perdido su dignidad, su capacidad de ver, de reconocerse, engañadas, atrapadas por momentos de amor sublime y

largas horas de infierno, mujeres convertidas en nada.

Y pensé que somos herederas de generaciones de mujeres abnegadas y sin historia, siglo tras siglo, desde los más lejanos y oscuros, todas habíamos aprendido a obedecer, a estar siempre ahí para lo que nos necesitasen, calladas, sumisas, trabajadoras, viviendo la vida de los otros sin quejarnos, viendo pasar la nuestra pintada en días iguales unos a otros, hasta que llegaba la vejez y la muerte. Nuestra historia había sido la historia de las sin historia. Aún hoy, apenas tenemos noticias de las que lograron vivir siendo ellas mismas, escritoras, pintoras, matemáticas, nombres de mujeres que siempre resultaron incómodos, que no aparecen en los libros de texto, porque, aunque muchas veces no reivindicaron nada, no alzaron la voz con exigencias feministas, simplemente las obras, que llevaron a acabo, eran en sí mismas una denuncia, una demostración de la injusticia que soportaban ellas y las otras. Y es que nos quisieron hacer desvalidas e ignorantes para justificar una mal llamada protección, que no era otra cosa que dominación, mangoneo y egoísmo poco sofisticado. Pusieron un empeño diabólico en que no supiésemos nada, se llevaron la cultura muy lejos, fuera de nuestro alcance. Nos dejaron sin la posibilidad de contar con recursos económicos, para que nos convirtiéramos en menores de edad sin derechos por los siglos de los siglos. Nos dijeron una y mil veces que teníamos solo vestigios de inteligencia, que tampoco teníamos alma porque se la comió la serpiente del paraíso, que ahí fuera, en el mundo de verdad, solo encontraríamos monstruos y peligros sin nombre de los que solas nunca podríamos escapar. Sí, nos dijeron una y mil veces que no éramos nada, nada, nada, nada. Y nos lo creímos. Luego, todo fue muy fácil, nosotras mismas terminamos de construir nuestra propia cárcel y, lo que es peor, la cárcel de las mujeres que venían detrás.

No fue muy distinto en otras culturas. Los hombres del planeta tierra, aún viviendo muy lejos unos de otros, llegaron a la misma conclusión, las mujeres éramos aves hermosas a las que había que cortarles las alas, a las que había que controlar para que no nos subiésemos a la parra y estuviésemos siempre a su servicio, la solución fue sencilla, se trataba de dominar nuestra sexualidad y nuestras vidas. Y, aunque los métodos variaban de unas culturas a otras, el objetivo fue siempre el mismo. Por eso no entiendo que no se alcen más voces contra la situación de las mujeres en el Islam y que se hable de una bonachona tradición para admitir que ellas vayan escondidas bajo montones de trapos hasta para meterse en una piscina, mientras ellos se pasean tranquilamente embutidos en vaqueros, cubiertos con gorras americanas, luciendo camisetas y zapatillas de última generación. Debajo de cada burka, de cada nikab, de cada hiyab, de cada chador solo están escritas las palabras dominación,

sometimiento, control. Y recordé en mis cavilaciones un reportaje de la fotógrafa británica Josephine McDermott sobre las mujeres chinas con los pies vendados. Las imágenes eran escalofriantes. Los dedos aparecían doblados y aplastados contra la planta, el arco del pie estaba tan elevado que el talón se doblaba también hacia dentro. Los pies de aquellas mujeres cabían en la palma de la mano, y es que, al andar, los huesos de los dedos quedaban machacados por el peso del cuerpo. La operación comenzaba cuando las niñas tenían entre dos y cinco años, y duraba varios años más. Consistía en doblar los dedos bajo la planta del pie y vendarlos con fuerza, previamente había que cortar al ras las uñas para que no se clavasen en la carne, a algunas les arrancaban las uñas para evitar problemas, a otras, sin embargo, les introducían vidrios entre las vendas para provocarles una infección, porque descubrieron que las infecciones deshacían los huesos y el pie se reducía aún más. Cuando al cabo de los años terminaba todo el proceso, las chicas caminaban con "andar de loto", es decir, solo podían dar pasos muy pequeños, y esa falta de movilidad les parecía a los hombres excitante. Bien, pues semejante brutalidad solo tenía un objetivo, impedir que las mujeres pudieran llevar una vida normal y, por tanto, pudieran tomar parte activa en la vida social y política. Aunque hoy resulte absurdo, muchas de esas mujeres estaban orgullosas de sus pies deformes, porque les había permitido casarse con maridos ricos y alcanzar una alta posición. Y me acordé también de las mutilaciones genitales. Los métodos varían, uno de ellos es la infibulación, que consiste en la escisión total o parcial de los genitales externos y la costura de los labios mayores, dejando solo un orificio pequeñísimo, que la noche de bodas se abre a través de un corte ¡para que el marido pueda copular! ¿Y qué pasó con nosotras?, a nosotras, durante siglos, nos mutilaron la mente y el alma. Las cosas estaban, están, cambiando, sin lugar a dudas, sin embargo nos iba a costar mucho tiempo soltar los eslabones de la cadena, ahora casi invisible, que todavía nos mantiene atadas. Mujeres asesinadas mes a mes, niños asesinados, niños huérfanos, me parecía, me parece, que todavía esos crímenes tienen algo de doméstico, de familiar, y que no causan el espanto que causaría una matanza similar de cualquier otro colectivo.

Izaskun cayó en la tela de araña de Santi, una tela suave, blandita, protectora al principio, hasta que se transformó en una prisión inexpugnable de la que era muy difícil escapar porque le había robado la voluntad y el alma, ya no sabía ni quién era. Entonces, cuando Santi, por fin, terminó a dentelladas con su autoestima, Izaskun aceptó que él era su amo. Y se volvió comprensiva con sus insultos, sus humillaciones, porque, a veces, lloraba como un niño y le pedía perdón mientras le juraba que nunca más volvería a ocurrir, y se volvió comprensiva con sus infidelidades, terminó por creer que él le

quería con toda su alma, más que a ninguna, y disculpó sus arrebatos brutales, porque estaban en parte justificados, ella era tonta, torpe, hacía muchas cosas mal. Y, así, casi sin darse cuenta, se convirtió en una pobre muñeca de trapo en los brazos de aquel hombre.

Cuando pienso en mi amor por Santi, siento vértigo, un vértigo intenso como el de quien se cae por un precipicio profundo y sabe que en el fondo le espera la muerte. Sí, a mí pudo pasarme lo mismo que a Izaskun, a casi todas nos podría pasar lo mismo que a Izaskun, porque, generación tras generación, nos han contado que nuestra felicidad, nuestra seguridad, depende de ellos, ellos son fuertes, protectores, inteligentes, valientes y generosos, sin ellos no somos nada. Pero reaccioné a tiempo, es verdad que seguí siendo su amiga, que nunca le olvidé del todo, pero ahora estaba preparada para escribir el segundo acto de mi vida...

Y ese segundo acto de mi vida se llamaba Telmo, Telmo, Telmo…

Capítulo 2

Después de que se fue Izaskun con su madre y su hermano, me acerqué a la revista, tenía que contarle a Telmo lo que había pasado y pedirle, es el director, que, durante unos días, me dejase trabajar en casa, así estaba más cerca de Izaskun, ella me iba a necesitar.

Salí a la calle y el aire fresco me sentó bien.

En la Avenida, había ajetreo de gente. Ejecutivos trajeados y cara de circunstancias salían y entraban de los bancos. Mujeres, con la bolsa de la compra llena, hacían cola en el autobús de Bidebieta-La Paz, de Egia o de Intxaurrondo, charlaban entre ellas, parecían relajadas y contentas, me dieron envidia y se me ocurrió que, si yo también me ponía a la cola de un autobús, todo lo que había vivido la víspera se convertiría solo en la pesadilla de un mal sueño, del que despertaría enseguida. Pero estaba equivocada. Me adelantó una

pareja, discutían, ella se dio la vuelta llorando, le acababan de pellizcar el alma, él le siguió dando explicaciones muy largas y se perdieron entre la gente.

Atravesé el puente de Santa Catalina. Olía a rocas, a peces y al mar, que está tan cerca. Al fondo, los cubos de Moneo, parecían dos gigantescos cubos de hielo para refugio de osos polares despistados. Yo también era un oso polar despistado en busca de refugio.

Llegué al Paseo Francia, con sus elegantes palacetes asomados al río Urumea, en el Paseo de Francia están las oficinas de la revista y, ahí, estaba Telmo.

Telmo me esperaba, alguien le había contado que Santi se había suicidado en Itsaso-Loreak.

Telmo y yo, yo y Telmo.

Telmo es arquitecto y hacía un año que había venido de Barcelona para ocupar el puesto de director. Al principio, nuestra relación fue tensa. Su discursito del primer día me pareció prepotente y sus primeras actuaciones, poniendo la oficina patas arriba, no me gustaron nada; Juantxo Larrea, el viejo director que se acababa de jubilar, había sido un padre para nosotros. Pero, poco a poco, fuimos viendo que sus métodos eran efectivos y la revista, que hasta entonces había sobrevivido gracias a subvenciones, empezó a tener un nombre. En Navidad, hicimos la típica cena de empresa en el Astelena. Luego, ya bastante animados, fuimos a tomar unas copas al Café Victoria. Abajo había baile y ahí tonteamos. Al final, salimos juntos, nos acercamos al Paseo Nuevo buscando la soledad y hubo algo más que tonteo, aunque no todo lo que a Telmo le hubiese gustado. A partir de esa noche, empezamos a vernos y Telmo me contó su historia. Venía de una relación larga, que se había roto y le había hecho daño. De hecho, si había vuelto a casa, a Donosti, era porque se había querido alejar de todo lo que le recordase a ella. Yo le hablé también de mis historias, unos me habían dejado y a otros dejé yo, pero, sobre todo y casi sin darme cuenta, le hablé de Santi. Telmo conocía a Santi, habían coincidido en la Escuela de Arquitectura y, luego, habían tenido relación por asuntos profesionales. A Telmo le sorprendió mucho mi fijación con Santi, conocía su fama y sus andanzas, pero, al final, aceptó que son cosas que pasan. Y seguimos viéndonos cada vez con más frecuencia, pero, aunque él insistía, yo no me decidía a formalizar lo nuestro, me daba miedo que me hiciera daño, esa relación suya tan larga era un muro para mí, no quería ser solo un bálsamo que le ayudase a cicatrizar la herida y a no sentirse tan solo. Por mi parte, tampoco sabía si estaba preparada, llevaba la mochila cargada de historias frustradas y de una vieja historia de amor que me seguía haciendo guiños, que me decía que nunca podría querer como le había querido a Santi.

Aquella mañana, tras la muerte de Santi, cuando entré en su despacho, el muro se había empezado a resquebrajar y mi mochila empezaba a pesar menos.

Telmo estaba preocupado por mí.

Le conté lo que iba a hacer y estuvo de acuerdo.

Luego, me dijo que quería retomar trabajos antiguos y añadirles una dimensión histórica y humana. Yo empezaría con la dorrea de Ursua, mi primera colaboración en la revista hacía diez años, y el escenario del sueño, o la pesadilla, que acababa de soñar aquella noche, tanta casualidad me pareció muy extraña.

En Ursua, allá en algún siglo lejano, se cometió un crimen en la baseliza de Santa Ana, la pequeña ermita frente a la casa-torre de los Ursua. Una antigua balada recoge el crimen de la ermita, el crimen de Juana de Lantaina, la rica heredera de Zuberoa, asesinada por un Ursua, su marido. De allí, de esa casa-torre, salió también, dos siglos después, en 1560, Pedro de Ursúa para capitanear la expedición de Lope de Aguirre, "El Loco", en busca de El Dorado. Dicen que murió por amor a Inés Atienza, una mestiza muy bella, hija del conquistador Blas de Atienza y de una princesa de Jauja. Por tanto, dos Ursua habían protagonizado historias trágicas de amor. Yo iba a incorporar la primera, la balada del crimen de Juana de Lantaina, a mi estudio de los palacios de cabo de armería navarros, que son una originalidad navarra, y están considerados cabeza de linaje y solares de la nobleza más antigua.

Para que me fuera ambientando, Telmo me dio un *pendrive* con la canción de Mikel Laboa, *Ursuako Kanta*, el *Cancionero*, de Resurrección María Azkue y varios escritos del padre Donostia, Jorge de Riezu, Julio Caro Baroja y Tristán Madariaga Orbea. Y yo, por mi parte, decidí hablar con Patri Urkizu, escritor y miembro de Euskaltzaindia, gracias a él supe que en realidad la triste heroína de la balada se llamaba Juana de Gentein y no Juana de Lantaina, la fortaleza de los Gentein estaba en Ordiarp, al oeste de Mauleon, en Zuberoa, pero por un error de transcripción la heredera de Gentein ha pasado a la historia como Juana de Lantaina. El Padre Donostia situó la acción no más tarde del siglo XVIII, aunque en otros escritos indicaba que podía ser anterior. Yo iba a situarla en el siglo XIII, en la Baja Edad Media, me parecía que los trágicos sucesos, que cuenta la balada, quedaban bien reflejados en ese marco, unos hechos trágicos que, aunque podían parecernos muy lejanos, desgraciadamente, seguían estando de actualidad, la larga lista de mujeres asesinadas, que, mes a mes, se hace más grande como una inmensa serpiente insaciable, cabalgaba ya junto a Juana de Lantaina a través del tiempo, para advertirnos de lo que todavía hoy nos puede pasar.

Al final, Telmo me propuso tomar a la tarde una copa, dijo que

me notaba muy tensa y que me vendría bien.

Acepté.

Dejé la oficina y me fui a casa a trabajar.

Mientras cantaba Mikel Laboa, me invadió una nostalgia antigua. Y sin darme cuenta, me puse a navegar por el siglo XIII.

Hacía sol, el mismo sol que ahora nos calienta, aunque aquel sol de entonces nos parece que está tan lejano, que no es el nuestro.

Juana de Lantaina, la rica heredera de los señores de Gentein de Zuberoa, se asomó a la ventana, el aire fresco de la mañana, los campos verdes, el cielo azul le pusieron aún más triste. La muralla, que rodeaba la fortaleza, le podía proteger de enemigos feroces, pero no del terrible presentimiento que desde hacía un tiempo había hecho un nido enmarañado en su corazón.

Juana escondía un gran secreto, un gran secreto que nadie debía descubrir.

Sin embargo, el hijo del señor de Ursua venía hoy a pedirle en matrimonio, venía a por ella, y no sabía por cuánto tiempo podría seguir ocultando la verdad.

En aquel instante, su madre y dos criadas entraron precipitadas y parlanchinas en sus habitaciones. Tenían que ponerle guapa y eso llevaba su tiempo.

Juana era hermosa, casi una niña, tenía catorce años.

La madre de Juana había preparado este momento desde que nació su hija.

La condición de heredera de Juana le iba a permitir casarse con un hombre de una familia poderosa, y eso eran los Ursua. El blasón parlante del novio era de oro, “con dentellones azules en torno y tres palomas”. Los molinos y la fortaleza de Amaiur, los herbajes y bustalizas de Baztan eran de los Ursua, que, además, tenían en donación perpetua las pechas del valle de Erro, y los reyes, año a año, les otorgaban más y más honras, y más y más mercedes.

A Juana nunca le habían rapado el pelo de la frente, como hacían con las jóvenes que aún eran doncellas. La melena de Juana había crecido libre y abundante, como la de Leonor de Aquitania, que fue reina de Francia y de Inglaterra. Juana había oído contar muchas veces la historia de esa reina, culta, arrogante y bella, que se rodeó de trovadores en su corte de Poitiers. Una vez, un caballero enamorado de Leonor quiso participar en un torneo llevando los colores de su dama, Leonor aceptó, pero puso como condición que se enfrentase al enemigo cubierto solo por una de las delicadas camisas, que ella usaba, y sin armadura. La noticia corrió como un venado a la fuga, todo el mundo quería ver aquella lucha desigual. Comenzó el torneo y

el caballero sufría heridas en cada lance, la camisa ya era roja, de tanta sangre como perdía. Entonces, su oponente detuvo la lucha, aquello era una carnicería, pero el valiente caballero se empeñó en continuar. Por fin, Leonor ordenó el fin del torneo. Por la noche, se celebraba una fiesta en palacio y Leonor, para escándalo de muchos, apareció vestida únicamente con la camisa ensangrentada, que le había hecho llevar a su enamorado, y que dejaba entrever la blancura de su piel y la perfección de su cuerpo. Esas cosas se contaban de aquella reina. Aunque Juana también sabía la historia de la hermosa y desdichada Berenguela de Navarra, casada con Ricardo Corazón de León, el hijo de Leonor. Berenguela sufrió toda su vida el desprecio y las humillaciones de su suegra. Ricardo Corazón de León, guapo y valiente, estaba muy apegado a su madre y su corazón se inclinaba por bellos jovencitos. Mantuvo una intensa relación con el hijo del conde Leopoldo de Austria y, también, con Felipe Augusto, rey de Francia y enemigo de su propio padre, Enrique. Dicen que cuando Enrique murió y Ricardo fue a rendirle honores, el cadáver empezó a sangrar por la nariz, hecho que se consideró de muy mal augurio.

En todo eso pensaba Juana para olvidarse de sus negros pensamientos, cuando entró su madre y las criadas empezaron a vestirle para recibir al novio.

Las criadas, primero, lavaron a Juana de arriba a abajo con agua de rosas, había dormido con el cabello untado en vino blanco y miel para que pareciese más rubio.

Enseguida, le desenredaron cuidadosamente el pelo ayudadas de dos horquillas con largas púas y le peinaron dos trenzas muy prietas, que a Juana le hacían daño. Luego, al deshacer las trenzas, la larga melena, que le cubría la espalda como un rico manto de oro, tendría preciosas ondas, igual que la mar rizada.

Entonces, le colocarían la guirnalda, la corona de las novias, dorada, y con pequeñas flores blancas, rosas y azules.

La boda iba a ser en Ursua.

Durante la ceremonia, a Juana le cortarían la larga melena, que desde niña había dejado crecer y era su orgullo, y se la entregarían a su esposo. A partir de ese momento, solo él iba a poder ver su hermoso pelo, que volvería a crecer bajo las tocas, escondido a los ojos de los demás hombres.

Ahora, le vistieron la fina saya, la camisa y el corpiño.

Después, le pusieron el vestido, era de seda verde lavanda con adornos de muselina en el escote, aquella tela, antes desconocida en el mundo cristiano, llegó de Mosul con la Primera Cruzada. El vestido dibujaba limpiamente la silueta de Juana. Las mangas largas y abiertas a los lados caían hasta el suelo y se confundían con la orla elegante de la falda, que escondía los finos chapines de suela de

corcho. Completaban el atuendo una cadena de oro, rodeando las caderas, y un largo collar con un difusor de turquesas, el difusor, a cada movimiento, perfumaba el aire de esencia de violetas.

Este iba a ser también el vestido de la boda, aunque el cinturón sería otro, regalo del novio y elaborado por un judío de Toledo con rubíes, perlas y amatistas moradas, las amatistas eran piedras protectoras.

La madre contempló a su hija, el cuerpo de Juana ya era el de una mujer hermosa.

Se fue la madre satisfecha y Juana miró por la ventana los prados, los montes, el cielo, que pronto iba a abandonar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, tenía un gran secreto, un terrible secreto.

Dos timbrazos acabaron con mi sueño.

Me levanté perezosa de la silla, imaginé quién era.

En el interfono estaba la cara de la inspectora.

–Ábrame, por favor, soy la inspectora Adriana Arruabarrena, me gustaría hablar con usted.

Y me olvidé de Juana y de los Ursua.

Salió del ascensor y ya no me pareció una mujer tan anodina como la víspera. Aquellas botas Martens con punteras de metal le daban un aspecto extraño y te hacían mirarle a los pies, mientras ella te observaba con sus ojos penetrantes. Porque la inspectora Adriana Arruabarrena era solo ojos, se tapaba el resto del cuerpo con un pantalón de color indefinido y una camisa, también incolora. Llevaba en bandolera una especie de zurrón de pastor, que en otro tiempo debió ser verde caqui.

Cuando me saludó, me quedé casi hipnotizada por la mirada tan viva, que me atravesaba igual que un rayo láser, por la firmeza de su mano y por el tono de su voz, cortante e imperativo.

–Deje de mirarme.

Oí que decía.

Me recuperé y le hice pasar al salón.

Nos sentamos.

Y antes de nada, viendo que se me iban los ojos detrás de las botas, me aclaró:

–¿Le gustan?

Le pedí disculpas.

–No se preocupe, a todo el mundo le pasa lo mismo, algún día le contaré la historia de estas botas. Ahora no es el momento, hay que resolver la muerte de su amigo.

Después, antes de hablar, me miró con aquellos ojos negros, que

más que ver adivinaban, por lo penetrantes que eran.

–He estado en casa de Izaskun Zabala, de la viuda, y su madre me ha dicho que no podía recibirme, está muy afectada, pero que usted le ha acompañado durante toda la noche y que quizás podría darme alguna información.

Me sorprendí de verdad.

–Creía que el caso estaba claro. Santi se suicidó sin que pudiéramos hacer nada, se pegó un tiro en la boca y cayó rodando por las escaleras.

Sonrió.

–Sin duda, sin duda. Sin embargo, hay un protocolo y debemos cumplirlo. La investigación tiene que seguir su curso. Estoy segura de que la autopsia va a confirmar lo que dice. Pero es mi trabajo recabar información para saber cómo se produjeron los hechos.

Acepté de mala gana sus explicaciones.

–Tiene razón, aunque creo que, si esperase al resultado de la autopsia, quizás sobrase la investigación.

No me escuchó.

–¿Qué me puede decir de Izaskun?

–La verdad es que poca cosa. Ha dormido aquí, pero, como se imaginará, está destrozada, no hemos hablado, solo le he intentado consolar y con poco éxito.

Asintió con cabeceos comprensivos.

Luego, se lanzó como un avión de caza.

–¿El matrimonio se llevaba bien?

Me indigné, a qué venía aquella pregunta.

Pero ella cortó el discurso.

–Escuche, le aseguro que no estoy aquí para una charla de sociedad, ni para que me regale los oídos con cotilleos. Si pregunto lo que pregunto, es porque tengo mis razones.

Me pareció más prudente disculparme.

–Lo siento, estoy nerviosa, es que todavía no me hago a la idea de lo que ha sucedido, aún me parece imposible.

–Pues no, no es imposible, en esta vida puede pasar casi todo y casi todo tiene una explicación, aunque a veces nos cueste encontrarla.

Después, me sonrió.

–Tiene mala cara, ¿qué le parece si tomamos un café?

Era verdad, no me encontraba bien.

Me levanté para ir a la cocina, aún quedaba café del que le había dado a Izaskun en el desayuno.

Me siguió, sus pasos resonaban tras de mí como si me persiguiesen Fred Astaire y Ginger Rogers bailando por el pasillo de mi casa. Me di la vuelta, atraída por aquel clac-clac-clac.

Se rio.

–Sí, mis Martens suenan a claqué y me gusta. ¿Sabe que el claqué nació de la combinación de bailes afroamericanos de esclavos, como la juga, con danzas de zuecos irlandesas, danzas escocesas y danzas del norte de Inglaterra?

Le dije que no lo sabía, por no decirle que no me importaba nada de dónde había nacido el claqué.

Entramos en la cocina, y, antes de que me diese tiempo a coger las tazas, me apartó y me ordenó que me sentara, tenía que descansar, le hice caso, me encontraba mal, y me dejé caer en una de las banquetas.

Mientras ella calentaba los dos cafés en el microondas, la imagen de Santi muerto me daba vueltas en la cabeza.

–Ande, tómeselo, le va a sentar bien.

Y fui obediente.

En medio de aquel torbellino siniestro que me tenía atrapada, me fijé que Adriana Arruabarrena podría tener mi edad, incluso podría ser más joven que yo, aunque, en el primer golpe, parecía disecada en los cincuenta.

Después del café, me sentí con un poco más de fuerzas.

Y volvimos a la conversación.

–No se preocupe, todo se va aclarar y enseguida les dejaré tranquilas.

Respiré hondo, el pánico, sin saber por qué, me rondaba.

Se dio cuenta.

–Respire, respire, no se ponga nerviosa. Comprendo por lo que están pasando. Ser testigos de un suicidio siempre altera.

Cuando vio que estaba mejor, continuó.

–¿Va a ayudarme?

Dije que sí con la cabeza.

Ahora me clavó aquellos ojos que asustaban.

–Creo que era un matrimonio con muchos problemas y, por lo que he podido averiguar, es posible que hubiera malos tratos de por medio.

Mentí.

–Es verdad que él andaba con unas y con otras, que a veces se exaltaba demasiado, perdía los papeles, pero no le puedo decir más.

Y otra vez vi a Santi muerto, Santi comiéndose aquella bala, Santi putero, Santi con jovencitas de dudosa mayoría de edad, Santi desgraciado, Santi cruel, Santi soñador, Santi imitando a su padre, buscando desesperadamente su amor.

La voz de aquella mujer me devolvió a la realidad.

–¿Cuándo fue la última vez que le vio?, si no me equivoco eran amigos de la infancia, hasta, quizás, hubo algo más entre ustedes dos.

Me volví a sorprender, me estaba haciendo unas preguntas que, aunque ella decía que no había venido a escuchar cotilleos, se relacionaban mejor con historias del corazón, que con la investigación de una muerte violenta.

Decidí contestar a la primera parte de su pregunta y olvidarme de aquella suposición impertinente.

–Hace dos días.

Y le conté nuestro encuentro en el Náutico.

Ella cabeceó pensativa.

–Es posible que ya supiera que podía producirse una muerte.

Me sobresalté.

–¿Qué quiere decir?

–Le llamó para despedirse. Es obvio que esta vez estaba decidido a llegar hasta el final. Y, por lo que me ha contado, todo dependía de la respuesta de Sara, su amigo tenía una personalidad violenta, capaz de matar y de matarse.

Me irritó que supiera tanto de Santi sin conocerle.

–¿Cómo lo sabe?

–Usted misma me lo ha dicho.

Protesté.

–Yo no he dicho nada.

–Claro que sí, cuando él le contestó que le daba lo mismo si Sara le quería o no, usted tuvo un mal presentimiento. Sabía hasta dónde podía llegar su amigo y, en aquel mismo momento, comprendió que la muerte estaba rondando esa relación.

Me callé, tenía razón.

Adriana Arruabarrena, ahora, tomaba notas en una agenda diminuta, el bolígrafo volaba a una velocidad vertiginosa, mientras el clac-clac-clac de sus botas marcaba el ritmo de las anotaciones.

Luego, dio un sorbo al café sin perderme de vista, sus ojos me miraban fijos por encima de la taza.

Después, se limpió la boca meticulosamente con la servilleta de gatitos, que había comprado en Zara Home. El contraste entre la situación que estaba viviendo y la ingenuidad del dibujo, me hizo pensar durante un segundo que igual todo aquello era una broma pesada, que Santi no estaba muerto, que Izaskun era feliz.

Sin embargo, la voz cortante de la inspectora me devolvió a la realidad.

–¿Te puedo tutear?

Sonreí, no me lo esperaba.

–Claro.

–Bien, ¿qué te sugiere el hecho de que te quiera tutear?

Me quedé confusa.

–Pues, no sé, que ahora la gente se tutea.

Me lanzó una sonrisa, que por primera vez me pareció amable.

–Mira, voy a ser sincera, quiero ir más allá en este caso, ¿me entiendes?

No, no entendía nada y se lo dije.

–Verás, en primer lugar tengo que dejar claro que, aunque aparentemente nos encontramos ante una muerte por suicidio, y lo más probable es que lo sea, hay que confirmarlo y para eso es preciso conocer cuáles fueron las circunstancias.

Asentí, pero seguía sin saber adónde quería ir a parar.

–Tu amigo Santi te dijo algo que no te había dicho nunca, te dijo que te había querido mucho, era una deuda que tenía contigo y quería saldarla, no sabía lo que iba a pasar.

Me estaba impacientando.

–Estoy de acuerdo, pero me acaba usted de decir, perdón, me acabas de decir que querías ir más allá.

–Ahora voy, Santi era un hombre torturado y me temo que también un torturador.

Se calló, esperando que dijera algo.

Y no me dio la gana de contestarle, aunque tenía razón. Santi era un hombre torturado, atrapado en su propia violencia, que se desahogaba torturando a Izaskun, aunque ella nunca lo admitía.

Se quedó pensativa.

–Su mensaje fue amor y muerte, muerte y amor.

–¿Y?

–Pues que me puedes ayudar. Con los datos que tenemos, creo, como te he dicho, que Santiago Fernández de Sosoaga se suicidó. Sin embargo, quiero saber qué paso exactamente ayer a la noche en la villa, quiero saber por qué ese hombre, en lugar de matar, eligió matarse. Estoy haciendo un estudio de todos los casos de violencia de género que pasan por mis manos, analizo las características sicológicas, la infancia, las circunstancias personales de los maltratadores y, también, de las víctimas. Y, si no me equivoco, Sara, tú y, sobre todo, Izaskun tendríais datos que aportar. No consigo obtener muchos testimonios de mujeres de la clase social de Izaskun, les importa demasiado su imagen y no les gusta contar su historia. Por eso hay gente que piensa que los malos tratos se dan solamente entre parejas de pocos recursos económicos. Y no es verdad.

Me quedé callada, no me esperaba algo así.

–¿Qué me dices? ¿Querrás colaborar?

Le dije la verdad.

–Yo no soy el problema, el problema es Izaskun, nunca ha admitido ser una víctima y tampoco creo que quiera revivir lo de ayer.

–Bueno, quizás entre tú y yo podamos convencerle, muchas veces la víctima es la última en enterarse de lo que está pasando.

Se levantó de un salto, las botas hicieron un clac rotundo al chocar con las baldosas de la cocina.

–Me voy. Iré a la tarde a ver a Izaskun, cuento contigo, vete preparándole, sus declaraciones pueden ayudar a otras mujeres.

Yo también me levanté para acompañarle a la puerta.

–No, no me acompañes, ya me sé el camino. Por cierto, ese hombre, Telmo, el director de la revista, parece una buena persona y está muy enamorado de ti.

De pronto, sentí una oleada de rabia, qué hacía aquella mujer jugando a sicóloga, hurgando en mi vida y en la de Izaskun, qué hacía aquella mujer hurgando en la vida de los demás con la excusa de realizar un estudio, que desgraciadamente para lo único que iba a servir era para que ella acumulase puntos en su carrera y lograse un ascenso.

Escuché su risa y sus pasos, tan sonoros, que se perdían por el pasillo.

Corrí tras ella y me olvidé del tuteo.

–Me gustaría que no se metiera en donde no le importa.

Me contestó desde el descansillo, mientras esperaba el ascensor.

–No te enfades. Antes de venir aquí, he llamado a la revista para saber si estabas ahí y he hablado con él, te ha puesto por las nubes, había mucho cariño escondido en su voz.

Llegó el ascensor y desapareció Adriana Arruabarrena con un "hasta pronto".

Y yo me quedé allí parada, viendo cómo se iba. Adriana me había dejado preocupada, no sabía si Izaskun iba a ser capaz de afrontar aquella situación, la investigación suponía revivir el suicidio de Santi y colaborar con Adriana en su estudio era asumir el fracaso de muchos años, su condición de víctima. Además, estaba yo, la muerte de Santi me había vuelto vulnerable, sin embargo, sabía que tenía que ser fuerte, si me hundía, Izaskun se hundiría también y no lo podía permitir.

Volví a la cocina y me derrumbé otra vez en la banqueta.

Y, como me ocurrió tantas veces en esos días, se me atropellaron los recuerdos, los pensamientos, la última conversación con Santi, y aquella sensación dura y extraña, la sensación de haber vivido junto a un abismo con los ojos cerrados.

Estuve así un rato y, al final, decidí trabajar para intentar distraerme un poco y poder ir luego más serena a casa de Izaskun, le tenía que contar que Adriana Arruabarrena iba a ir a verle, que le iba a proponer participar en su estudio, y no sabía cómo podía reaccionar.

Otra vez me puse a escuchar a Mikel Laboa.

Pero fui incapaz de seguir con la historia de Juana de Lantaina, era demasiado triste y me hacía daño.

Releí lo que escribí en mi primer artículo sobre los palacios de cabo de armerías.

"Los palacios de cabo de armerías, dorrea en euskera, son una originalidad navarra. Pertenecen a las cabezas de linaje. Son solares de la nobleza antigua, con derecho de asiento y sepultura en el lugar más distinguido de la iglesia. Estaban exentos del pago de cuarteles, de cualquier impuesto, así como del alojamiento de la tropa real. La nobleza navarra en época banderiza configuró un tipo de residencia señorial, marcada por el uso de piedra y madera en edificios que combinan elementos civiles (cuerpos residenciales, cuadras, graneros) con torres, fosos, saeteras, cañoneras, buhardas, cornisas de matacanes, puentes levadizos, etc."

Y empecé a pensar con desgana en esos palacios, la mayoría siguen ahí, pero algunos están casi en ruinas, aunque ahora hay planes de restauración para varios de ellos. Unos pertenecen al gótico navarro, Yárnoz, Donamaria, Bergara y Ursua de Arizkun, Mendinueta, Olcoz, otros son renacentistas y otros barrocos, pero todos tienen elementos en común…

Tampoco pude seguir, Santi y su muerte me invadieron de nuevo.

Y, entonces, vi al Santi de diecisiete años atento, cariñoso, inteligente, guapo, todavía no había asomado su cara más fea, o yo no había querido verla.

Y, luego, vi al otro.

El Santi cambiante como el viento, apasionado, apático, alegre, triste, iracundo, desvalido, a veces tan niño, a veces tan cruel.

Cerré la carpeta, imposible, no podía trabajar.

Necesitaba aire.

Y decidí salir a correr los puentes, es mi manera de relajarme, tenía que vencer el impulso de esconderme y llorar.

Corrí, corrí y corrí. El cuerpo se espabila, se pone en marcha. Sentí el corazón, trotaba acompasado y contento. Y al final de la carrera, respiraba, respiraba sin angustia.

Volví a casa tonificada, serena.

Ahora sí podía escuchar a Mikel Laboa y retomar la historia de Juana de Lantaina.

Los agotes, cagots, perros godos, gafos, leprosos, christiaas, agotak, que el señor de Ursua protegía a cambio de disfrutar de una tropa de siervos, se habían levantado más pronto que nunca. El heredero de Ursua marchaba a Zuberoa, al otro lado, a la Baja Navarra, a recoger a Juana de Gentein, la que iba a ser su esposa. Los agotes eran buenos músicos y acompañarían al cortejo con tamboriles, atabales, panderos, albokas, txistus y txirulas. También tenían que

cepillar los caballos, vestirlos con ricas gualdrapas, los faldones adornados con el escudo de Ursua, y ponerles los arreos de gala. La comitiva debía ser un alarde de poderío y riqueza, iba a impresionar a los habitantes de los pueblos por donde pasase.

El sol estaba ya muy alto, cuando se dio la orden de partir. Todo Arizkun se había congregado para ver el cortejo. Los agotes apestosos, perseguidos por una maldición bíblica, alejados de los demás para que no contagiasen la lepra del cuerpo y del alma, se apretaban formando una piña harapienta, pegados a la pata roja de pato, cosida a sus andrajos, que les marcaba como un hierro candente. En contraste con sus ropas miserables, todos llevaban abarkak, no podían ir descalzos como el resto del pueblo, porque infectaban la tierra por donde pisaban, el castigo era cruel, si incumplían la orden, les quemaban las plantas de los pies.

El de Ursua salió de la torre con paso enérgico, seguido de una nube de criados. Era guapo. Rubio, barba rojiza, ojos claros. Hubo un tiempo en que alguien dijo que la sangre de los agotes, rubios y zarcos como el hijo del amo, se había enredado una noche oscura con la sangre de los Ursua, pero la lengua, las manos y las orejas de aquel maldiciente habían aparecido clavadas en la puerta de la ermita de Santa Ana y de él nunca más se supo. Desde entonces, nadie volvió a contar esa historia. Ahora, se escuchó un murmullo de admiración. Tristán de Ursua vestía manto de terciopelo y seda, que caía regio desde los hombros, botas de fuerte tacón para agarrarse bien a los estribos y espuelas doradas. Miró al cielo y sonrió, no había nubes, el sol y el cielo azul iban a acompañarle, era un buen augurio. Enseguida, levantó la mano y un criado le entregó la fusta y los guantes de suave piel de marta, los que usaba a diario eran de liebre, topo o ciervo, pieles mucho más toscas. Otro criado acercó el caballo, ricamente enjaezado, llevaba el escudo de Ursua bordado en oro y plata en la gualdrapa.

Entonces, apareció la Dueña vieja, menuda y enérgica, y se hizo el silencio. Miró a su hijo con ternura desde aquellos ojillos vivos, como de alimaña, que se abrían paso sobre las arrugas y asomaban bajo la toca corniforme, alta y elegante, reservada a las mujeres de su alcurnia, a las otras les bastaba un simple pañuelo o hasta el jirón de tela con el que se cubrían las mujeres agotes. Tristán puso una rodilla en tierra para recibir la bendición. La mujer le bendijo y le besó en la frente. Empezaron a sonar los tambores, tamboriles, atabales, panderos, albokas, txistus y txirulas. Tristán de Ursua, despreciando la ayuda de los criados, montó ágil sobre el caballo, que caracoleó orgulloso, su estampa se recortó poderosa contra el cielo.

Y la comitiva se puso en marcha.

La Dueña vieja vio marchar a su hijo y entonces, sus ojillos de

alimaña se volvieron oscuros. Todo el mundo sabía que la de Ursua adivinaba el futuro desde que era niña. Había nacido en una casa rica de Urdax. La noche que su hijo le comunicó que la heredera de Gentein era la elegida para ser su esposa, dicen que se fue al bosque y anduvo por allí hablando con los árboles y con los helechos. Luego, volvió y sentenció, "Tragediak inguratzen gaitu", nos ronda la tragedia, "Juana de Genteinek heriotza ekarriko du", Juana de Gentein traerá con ella a la muerte. Pero nadie le hizo caso, solo Domenca Begiurdina, la agote con la que se dijo que el de Ursua había tenido a Tristán, a su primogénito, le creyó. Cuando se supo en Arizkun que solo Domenca creía aquella historia, más de uno sonrió con malicia acordándose de cuentos viejos, los más osados comentaron en voz baja el parecido entre Tristán y Domenca, pero no se atrevieron a más.

La cabalgata empezó a subir lentamente el puerto de Izpegi, la ruta más corta para llegar a Baigorri, de ahí se dirigirían a Saint Jean de Pied de Port, y, por fin, llegarían a Zuberoa. Cuando alcanzaron la cima, Tristán de Ursua ordenó a los agotes que tocasen más fuerte los tambores, tamboriles, atabales, panderos, albokas, txistus y txirulas, quería que el viento llevase la música hasta la casa de Juana y le anunciase su llegada.

Juana de Gentein, asomada a la ventana, oyó esos sones que se acercaban, y se estremeció.

Y me estremecí yo también.

Había llegado el momento de ser fuertes.

El portal de Getaria me recibió frío y monumental. Suelo de mármol blanco y negro, formando grandes cuadros. Historiados apliques de luz en las paredes. Dos grandes ánforas, también negras, flanqueando los tres peldaños de mármol que dan acceso a la zona del ascensor y los buzones, antes estaba ahí la garita acristalada del portero.

Subí andando, es el principal.

La madre de Izaskun me esperaba en la puerta y, antes de seguir adelante, le dije en voz baja que Adriana Arruabarrena pasaría a la tarde, la policía tenía que confirmar el suicidio, además, le comenté que las preguntas podrían ser personales. La mujer entendió enseguida y me pidió que fuese yo la que hablase con Izaskun, le daba mucho miedo su reacción.

Fuimos al salón, Izaskun estaba mirando por el gran mirador curvo, que se abre a las calles San Marcial y Getaria, y, en cuanto me vio, se abrazó a mí como un náufrago, el abrazo fue tan fuerte, que me hizo daño. Estuvimos así un buen rato.

Por fin, conseguí separarme de ella y le pedí que se sentara.

Izaskun obedeció y me miró expectante.

Intenté ser suave, aunque iba a ser inútil.

–Hace un rato ha estado en casa la inspectora Adriana Arruabarrena. Tu madre ya le conoce, también ha estado aquí, pero ha preferido dejarte descansar.

Se quedó callada.

–Bueno, luego vendrá a hablar contigo.

Y antes de que le adelantase nada, se puso histérica.

–¡¿De qué tiene que hablar conmigo la policía?!

Le repetí las palabras de Adriana.

–Hay un protocolo que cumplir y una investigación en marcha hasta que la autopsia confirme el suicidio, es lo que procede en estos casos. Quiere saber exactamente qué pasó ayer. Además, le gustaría hablar contigo sobre tu relación con Santi, está haciendo un estudio…

–¿Qué estudio?

Me salió tan poca voz, que no sabía si me iba a oír.

–Un estudio sobre víctimas de malos tratos.

Pero claro que me oyó, su cara gritaba angustia.

–¡¡Dile que no aparezca por aquí!!

Su madre vino al oír los gritos y trató de que Izaskun se calmara, no era más que una charla rutinaria, la investigación acabaría pronto, lo que tenía que hacer ahora era descansar y no pensar. Pero fue muy poco convincente, la mujer estaba nerviosa, tuve la impresión de que había muchas cosas de la relación de Izaskun y Santi que intuía y que no quería saber.

Izaskun sonrió a su madre como pudo, ahora era ella la que le quería tranquilizar, parecía una niña escondiendo una travesura.

–Por favor, no te preocupes tú también, como has dicho, esto acabará pronto.

La mujer nos dejó solas.

Izaskun, en cuanto se fue su madre, no sé por qué, empezó a hacerme confidencias.

–Nunca te lo he contado, solía revisarle el móvil. Sí, ya sé qué piensas que soy masoquista, pero es que, cuando los nombres de esas mujeres cambiaban, me quedaba tranquila, por lo menos no tenía una relación seria con ninguna, eran los ligues de siempre. Hasta que apareció Sara, entonces supe que le había perdido para siempre, para siempre.

Me olvidé de la muerte de Santi.

–No entiendo cómo podías aguantar una situación así, lo mejor que te podía pasar era que se fuera para siempre.

Dudaba en decírselo, pero se lo dije.

–Al menos ahora Santi está muerto.

Esperé su reacción.

Me sorprendió, se quedó un rato callada y luego me respondió casi tranquila.

–Tú nunca entiendes nada. No soy la única que aguanta las infidelidades de su pareja.

Entonces fui yo la que me sulfuré y le contesté con rabia.

–¡Desgraciadamente tienes razón! ¡Pero es que no eran solo infidelidades lo que tenías que aguantar, había mucho más y tú lo sabes muy bien!

Ahora, se puso digna.

–No sé lo que quieres insinuar, te pasas la vida viendo fantasmas. Te lo he dicho muchas veces, yo le quería. Cuando volvía a casa después de estar con alguna, me juraba y perjuraba llorando que esa había sido la última vez. Y yo hacía que le creía, pero sabía que no era verdad, él no lo podía evitar. Santi estaba enfermo, era como su padre. Sin embargo, con Sara hubiera sido distinto, sé que hubiera sido distinto, nunca hubiera vuelto…

Pensé que tenía razón.

Y me acordé del estudio de Adriana, igual no era tan inútil como me había parecido, quizás había llegado el momento de que Izaskun hablara claramente de lo que solo se había atrevido a insinuar en los momentos malos y que, luego, negaba una y otra vez. Sí, era necesario que ella admitiese, que verbalizase, era la única manera de que pudiera dejar atrás el pasado, de que pudiera echar a andar.

–Has soportado año tras año demasiada violencia.

Esta vez se revolvió como una fiera herida.

–¡Y eso a ti qué te importa!

Me callé.

–Después de aquellas huidas de sí mismo, porque eran huidas, durante muchos días nos queríamos con desesperación, con una pasión loca, solo existíamos él y yo, entonces era mío, solo mío…

Empezó a sollozar.

–Y ahora está muerto.

Le cogí suavemente por los hombros.

–Escúchame, luego vendrá la inspectora, sería bueno para ti que le hablases de Santi, de vuestra relación…

No me dejó terminar y se puso a gritar.

–¡Yo no soy una de esas víctimas! ¡Yo no soy una de esas!

Y, como antes, al oír los gritos, vino su madre, Izaskun se calló y decidí irme, les dejé a las dos allí.

Se quedaron sentadas, una junto a la otra, solo se oía el silencio, el silencio de tantas cosas que no se podían decir.

Y yo me fui acompañada de una indignación ruidosa, que me quería hacer gritar a mí también.

Creo que volví a casa hablando sola por la calle, preguntándome por qué había mujeres que, como Izaskun, aguantaban tanto, que perdonaban tanto, que vivían encerradas en un círculo infernal de amor y miedo, mujeres que acababan pensando que no eran nada, que no valían nada, que se merecían lo que recibían, las humillaciones, las palizas, tanta miseria, y que sorbían con la sed del desierto las cuatro gotas de amor que les daban de vez en cuando, que se conformaban con una vida machacada, perdida. Pero lo cierto es que pasaba, que pasa, y que podía haberme pasado a mí.

Llegué a casa.

No comí nada, mi estómago estaba lleno de cosas feas.

La vida, la vida, la vida.

¿Y mi vida?

Tenía treinta y siete años, y la vida se me empezaba a escapar entre los dedos. Santi se había llevado con él mis recuerdos, nuestros recuerdos, me había dejado vacía, indefensa contra el tiempo. Me había hecho ver, de golpe y porrazo, que la vida se acaba, que se acabaría un día también para mí.

El pasado me atropelló a oleadas.

Viví años enamorada de Santi, aunque hacía mucho tiempo que ya no le veía. Y me lo inventé. Generoso, valiente, divertido, inteligente. Pero él no estaba, era muy fácil inventárselo así. Luego, poco a poco, me fui olvidando de aquel amor adolescente, el primero de mi vida. Una noche nos volvimos a encontrar él y yo, aquel verano en el puerto, y otra vez me enamoré de él, aunque duró poco nuestra historia. Y varios años después, cuando yo creía que Santi era para mí solo un recuerdo bonito, me buscó y me encontró, la verdad es que no tuvo que buscar mucho y el amor brotó con la misma fuerza de aquella primera vez en la adolescencia. Entonces fui desleal con Izaskun y no me importó. Si Santi me lo hubiera pedido, hubiese aceptado romper su matrimonio. A mí también me llevó en su velero, y yo también me sentí única haciendo el amor en medio del cielo y el mar. Sin embargo, me pude escapar. No tardó mucho en empezar a aparecer el otro Santi, el que llevaba dentro escondido, que yo ya conocía, pero que no quería ver. Al principio, casi ni me di cuenta. Provocaba disputas agrias entre nosotros antes de hacer el amor y, luego, me amaba castigándome, de forma brutal, salvaje. Ese juego me gustó durante un tiempo, era fuerte, erótico, invadía todos los sentidos, atrapaba como atrapa la droga. Hasta que fui consciente de que cada vez íbamos más lejos y, lo que era peor, no sabíamos amarnos de otra manera, yo empezaba a no saber amar de otra manera, me di cuenta de que había caído en la trampa, yo misma había entrado en la cárcel que me había preparado y ya solo le faltaba echar la llave.

Y una tarde le dije adiós.

Estábamos rodeados de surfistas, algún bohemio y dos o tres celebridades locales, en el café Royalty de Biarritz, muy cerca del hotel Du Palais, la majestuosa residencia de Eugenia de Montijo que se levanta frente al mar.

–Santi, esto se ha acabado.

Me miró divertido, creyó que era una maniobra para que me dijera cuánto me quería, no estaba acostumbrado a que le dejaran las mujeres, siempre era él el que dominaba porque era incapaz de querer, al menos eso pensé durante mucho tiempo, hasta que apareció Sara.

–Se acabó, Santi, nuestra relación no me gusta. Estás enfermo, deberías buscar ayuda.

En un segundo fue otro, los labios eran dos líneas finas y moradas, le temblaban las manos.

Instintivamente, eché la silla hacia atrás.

La copa de gin-tonic se estrelló contra el suelo.

Todo el mundo nos miraba.

Luego, dejó unos billetes sobre la mesa, se levantó y me cogió con fuerza del brazo para arrastrarme a la calle.

Pero yo no me moví, estaba dispuesta a gritar si era necesario.

Recobró la calma, se sentó y pidió otro gin-tonic.

Y entonces se convirtió en un niño arrepentido, me pidió perdón mil veces, me suplicó que no le dejara, él no quería ser así, pero no podía evitarlo, yo era la única que le podía ayudar, que le podía comprender, yo era la única que sabía que él se había criado en medio de la violencia, que podía ayudarle a sofocar ese deseo de posesión que a veces se apoderaba de él. Podíamos ser felices, nunca había sido tan feliz como el mes que llevábamos juntos. Dejaría a Izaskun, sería solo mío…

De pronto, se calló y me miró buscando ternura, compasión.

Le dije que no con la cabeza.

Me levanté y, sin darle tiempo a reaccionar, salí a la calle.

Corrí entre la gente, pero me alcanzó.

Ahora era el Santi amigo, el hombre galante que también era él.

–Vamos, te llevo a Donosti.

Dudé, me daba miedo.

Sonrió con tristeza.

–No te va a pasar nada, solo he tenido un mal momento, ya lo he superado, me conoces y sabes que no va a pasar nada, a ti no te va a pasar nada.

En el camino de vuelta hablamos muy poco.

Hubo un momento en que creí que lloraba, pero no me quise enterar, conocía aquellas maniobras que pretendían enternecerme y,

como bien sabía él, hasta podría conseguirlo, no, no iba a claudicar.

Llegamos, le dije que me acercara a la revista, tenía que recoger unos papeles.

Antes de que saliera del coche, me cogió de la mano.

–¿Todavía puedo contar contigo?

Fui sincera.

–Siempre podrás contar conmigo, pero necesitas ayuda.

–Te haré caso.

Le acaricié la mano, sabía que no era verdad.

–Deberías hacerlo, por ti, por Izaskun, por los hijos que puedan venir.

Me dijo que sí.

Bajé del coche y vi cómo se perdía a lo lejos, Santi, mi amigo, mi amante, tan brillante a veces, tan poca cosa, tan brutal, tan amoroso…

Y ahora, desde la noche anterior, vivía en un torbellino de sentimientos. La muerte de Santi le liberaba a Izaskun y me liberaba a mí. La muerte del amigo y del amante me dolía y me asustaba tanto, que me dejaba sin fuerzas, y se suponía que yo era la fuerte en aquella historia negra, que nunca imaginé que nos iba a tocar vivir.

Adriana Arruabarrena quería saber qué había ocurrido en Itsaso-Loreak. Revivir aquella tragedia me daba miedo, mucho miedo, sin embargo algo me decía que sacar fuera lo que habíamos vivido en aquella noche trágica nos podía ayudar a Sara, a Izaskun y a mí. Aparqué el tema, era mejor no precipitarse, ya tenía demasiadas cosas en qué pensar.

Capítulo 3

Me despertaron unos timbrazos.

Siempre me duermo cuando la realidad me asusta, es mi manera de parar el mundo para coger aliento y poder enfrentarme a lo que me

espera, me ha pasado desde niña, es como si con el sueño ahuyentase al miedo. Y, al volver a casa después de contarle a Izaskun que Adriana iba a ir a la tarde a hablar con ella, me dormí para espantar aquella ola de recuerdos dolorosos.

La cara de Adriana Arruabarrena estaba en la pantalla del interfono y no me sorprendí, creo que esperaba su visita, incluso tengo que confesar que me puse contenta, necesitaba hablar con alguien de lo que fuera.

Eran las seis de la tarde, había dormido cuatro horas y tenía hambre, no había comido.

Dejé la puerta abierta y me fui a la cocina a prepararme algo, no quería que Adriana me encontrase con el estómago vacío y la voluntad débil, nunca me ha gustado dar pena.

Oí cerrar la puerta de entrada y le grité que estaba en la cocina. Enseguida, el clac-clac-clac de sus botas puso música al pasillo y, en cuanto llegó y me miró con aquella mirada afilada, mi voluntad empezó a flaquear, tuve la sensación de que me había adivinado, que sabía lo que me pasaba, y, durante unos segundos, imaginé que suavemente me iba hacer traspasar el umbral de una nueva esfera y, entonces, yo me iba a poder vaciar por dentro de angustias y de miedos, mientras ella tomaba notas para aquel catálogo de dolor, de amor y de muerte, que estaba escribiendo.

Pero no pasó eso, Adriana me saludó y, cuando vio el sándwich de jamón y queso que me estaba preparando, tragó saliva sin pudor, así que, de momento, me olvidé de umbrales, de esferas y de catarsis emocionales, y, sin preguntar, preparé otro para ella.

Nos sentamos.

Otra vez estábamos ella y yo en la cocina de mi casa y pensé que, en realidad, era un buen sitio, porque, durante siglos y siglos y siglos, había sido en las cocinas de las casas donde las mujeres nos habíamos contado los secretos y nos habíamos hecho confesiones.

–¿Has estado con Izaskun?

–Sí, pero no me ha servido de mucho.

–Ya te lo había dicho.

–Por eso he venido a charlar contigo.

Sonreí.

–Ya sabes que puedes hablar de lo que quieras, menos de Telmo.

Ella también sonrió.

–¿Se sabe algo de la autopsia?

Masticó concienzudamente y tragó con parsimonia antes de contestar.

–Todavía no está el informe, pero me ha dicho el forense que no hay ninguna duda sobre el suicidio.

Dio el último bocado al sándwich y, como había hecho con el

café por la mañana, se limpió la boca con meticulosidad de relojero.

Y empezó a preguntar.

–Háblame de Izaskun y de Santi.

Eché la vista atrás.

–Izaskun y yo éramos amigas. Empezamos juntas el bachillerato en el Instituto Usandizaga, pero ella lo dejó a mitad del último curso, no le gustaba estudiar.

–Y se puso a trabajar.

–Sí, no le costó encontrar trabajo, siempre ha tenido un tipazo y es muy suave en las formas. Entró en Loewe, antes de que trasladaran la tienda de la calle Miramar al Buen Pastor. Y allí conoció a Santi, era un cliente asiduo, le gustaba deslumbrar a sus conquistas. Izaskun cumplía todos los requisitos que Santi necesitaba, era guapa, sencilla y muy ingenua. Trabajó de dependienta en Loewe hasta que el noviazgo con Santi se hizo oficial. A partir de ahí, él le dijo que lo dejara, no le parecía bien que la futura señora de un Fernández de Sosoaga fuera dependienta.

–Y ella estuvo de acuerdo.

Me di cuenta de por dónde iba y quise sacarle la cara a Izaskun.

–Pues sí, supongo que aquel no era el trabajo de su vida.

–Ya, y se quedó sin ingresos, se quedó a merced de ese hombre, se convirtió en su mascota.

Tenía razón, Adriana siempre hablaba de Santi como si le conociera de toda la vida.

–Sí, yo también creo que la libertad de una mujer, como la de cualquiera, pasa por la cartera, por la independencia económica, me acuerdo que entonces, cuando me contó que dejaba la tienda, le sugerí que terminara el bachillerato y estudiase Publicidad, sabía que le gustaba, pero Santi dijo que no y ella obedeció sin más.

–¿La familia de Izaskun de qué estatus es?

–Gente trabajadora.

–Para Izaskun, entonces, el noviazgo con Santi fue un cuento de hadas.

–Sí.

Me reí.

–En Loewe, cada vez que aparecía Izaskun, le hacían la ola, siempre salía con algún bolso, un pañuelo, lo que fuera.

Ella no se rio, no le hizo gracia mi comentario.

–Santi, tuvo otras novias, ¿no?

Casi me había olvidado.

–Sí, antes de Izaskun tuvo otra novia, era la hija de unos amigos de sus padres, una familia muy conocida, yo creo que esa relación estuvo amañada por los padres de los dos, pero duraron muy poco.

–Lógico, a Santi no le interesaba alguien de su misma clase, con unos padres conocidos y pendientes de lo que le ocurriera a su hija, quería una Izaskun, una chica guapa y que iba a depender económicamente de él, en fin, a lo dicho, un animal doméstico perfecto.

No se había equivocado.

De pronto, los ojos de Adriana chispearon y me di cuenta de que iba a preguntar algo que no me esperaba.

–¿Izaskun tiene un amante?

Me reí.

–Pues no.

–¿Y una amante?

Había acertado, no me esperaba esa pregunta.

–No, tampoco.

Y, aunque no se lo dije, la verdad es que en los últimos días había pensado mucho en aquella historia.

Izaskun, en el instituto, se hizo muy amiga de una chica extravagante, que parecía que se había escapado de *Grease*. Tenía melena rubia larga y ondulada, vestía igual que Olivia Newton-John, pantalón de cuero apretado, tops negros de grandes escotes, era muy guapa, extraña y muy atractiva, alguien dijo que andaban juntas de esas maneras. Solo estuvo tres meses en clase, luego desapareció. Se llamaba Sara, y sí, era la Sara de Santi, la que él quería que llevase sus

cenizas en el bolso, la que, según él, era el amor de su vida. Cuando me enteré, no podía creérmelo. Nunca pensé que nuestras vidas se iban a volver a cruzar.

Decidí no hablarle a Adriana de aquella relación, me pareció que no era yo la que tenía que contarle esa amistad.

Pero enseguida, Adriana cambió de tema.

–¿Qué hacíais las tres ayer a la noche en Itsaso-Loreak?

Me sorprendí y me decepcioné, el tono me pareció que era suspicaz y yo me había olvidado de que Adriana era una inspectora de policía.

–Estábamos hablando de la relación de Izaskun y de Santi.

No me hizo caso y volvió a preguntar.

–¿Por qué estabais las tres allí?

Toreé la repuesta, no quería contestarle.

–¿Qué tiene de extraño?

Sonrió.

–Que, en el momento en que se suicida un hombre, estén junto a él su esposa, la amante y una antigua amiga, por lo menos es singular, creo yo. ¿No te parece? Ya sabes que las casualidades no existen.

Me callé, sí, nos estaban pasando cosas raras, era muy extraño que se hubieran encontrado Sara y Santi en Barcelona, era demasiada coincidencia.

No insistió.

Luego se me quedó mirando un rato sin decir nada, por fin se levantó y dijo que se iba, le acompañé a la puerta.

Pero, al pasar por el salón, entró y se puso curiosear las fotografías, los libros, los recuerdos de viajes, que tengo en la biblioteca.

De pronto, se paró y señaló una fotografía.

–¿Este es Santi?

Me acerqué.

Estábamos en la Casa Grande, yo llevaba una preciosa sombrilla china que me acababa de regalar su madre, era de papel y bambú con tres golondrinas azules revoloteando sobre la rama de un cerezo, le había tocado en una tómbola benéfica en apoyo de la infancia y se había acordado de mí.

Y reviví el color del cielo de aquella tarde y el olor del mar que nos llegaba de la playa.

–Sí. Fue una tarde de agosto, doña Patricia llamó muy angustiada a mi padre, los mastines habían escarbado en la tierra de los rosales y tenía miedo de que se muriesen las rosas.

–¿A quién miraba Santi?

Me sorprendí, nunca me había llamado la atención la mirada de Santi en esa foto.

Observé con atención.

La sacó el mayordomo.

Ahora lo recordaba, dudé en contarle, pero, al final, decidí decir la verdad.

–Santi miraba a su padre, que estaba coqueteando con una de las doncellas al fondo del jardín, la chica se empezó a reír y él, señalando a su mujer, se puso el dedo en los labios para que se callara.

Aquel día, como Santi, yo también me di cuenta de lo que pasaba, pero desvié la vista y estuve atenta a la cámara, hacía tiempo que había cosas de la Casa Grande que prefería no ver, de no ser por Adriana no lo hubiera vuelto a recordar.

Adriana endureció el gesto.

–Vaya, los hombres de la familia se parecían mucho.

–Sí.

Enseguida, cogió otra fotografía, era de segundo de bachillerato, estábamos toda la clase.

Entonces pareció sorprendida, me señaló una cabecita y la identificó inmediatamente.

–Esta es Sara Andrade, la última amante de Santiago Fernández de Sosoaga. Por lo que veo, las tres os conocíais desde el instituto, ¿no es así?

Allí estaba, igual que ahora, la melena rubia y ondulada, sonriente y altiva, sobresalía del grupo, parecía una diosa rodeada de una corte de ninfas crudas.

–Sí, fuimos compañeras de clase, pero estuvo poco tiempo con nosotras, luego su padre encontró trabajo en Barcelona y dejó el instituto. Después, la casualidad hizo que ella y Santi se conocieran.

Movió la cabeza.

–Ya te he dicho que las casualidades no existen.

Fui sincera.

–Es posible, pero es la única explicación que se me ocurre.

-¿Izaskun y ella eran algo más que amigas?

Entonces, otra vez me pareció que el tono era suspicaz y aquel tono me irritó.

–No sé qué quieres decir, además, como te digo, estuvo poco tiempo con nosotras.

Qué clase de cerebro tenía aquella mujer para que una foto anodina del instituto le permitiese adivinar, o por lo menos intuir, que la relación entre Izaskun y Sara podía haber sido especial. Volví a mirar detenidamente la fotografía, intentando encontrar algún indicio, algo que fuera significativo. Pero no encontré nada, salvo que estaban las dos juntas.

Dejó la fotografía y movió la cabeza afirmativamente.

–Sara Andrade es francamente guapa.

Le di la razón.

Entonces se dio la vuelta y me volvió a preguntar.

–¿Qué hacíais las tres allí?

Esta vez le contesté abiertamente.

–Mira, Adriana, estábamos, eso es todo, todavía no quiero hablar de eso.

–Está bien.

Y sin hacer ningún comentario, dijo que se iba, y yo respiré, la conversación con ella no me había ayudado a vaciarme de nada, todo lo contrario, me había alterado más.

Aún anduvo un rato curioseando por la biblioteca.

Y, por fin, se fue de verdad.

Sentí un gran alivió cuando vi que se la llevaba el ascensor.

A las ocho había quedado con Telmo en La Espiga, casi era nuestra sede, nos conocen y ahí nos sentimos como en casa. Me gusta La Espiga, el pavimento de adoquines blancos y hexagonales, tan característico de las calles de Donostia, se prolonga hasta el interior, recubierto con reproducciones de lienzos de José María Sert y el cuadro de la bahía de La Concha de Eduardo Chillida Belzunce, que cubre las paredes del fondo y termina en la planta baja.

Me arreglé sin entusiasmo.

Cuando llegué, él ya me estaba esperando en una de las mesas de la terraza.

–Siéntate, pareces cansada.

Me arrepentí de no haberme maquillado mejor.

Y, ahora, fue Telmo el que me sorprendió a mí.

–No te lo he dicho a la mañana, pero estuve con Santi ayer por la tarde.

–¿Dónde le viste?

–En los arcos del Buen Pastor.

–¿De qué hablasteis?

–De nada en particular, lugares comunes, estaba contento, tenía una cena muy especial, eso me dijo. Yo iba a Loewe a comprar un regalo y, a la salida, me encontré con él.

La imagen de Santi contento unas horas antes de suicidarse me arrugó el estómago y cambié de tema para ahuyentar la angustia.

–¿Y puedo saber para quién es el regalo?

Me miró de la manera que mira el amor.

–¿Te importa?

Aquella mirada me intimidaba.

Fui sincera.

–Aún no sé.

Volvió a ser el Telmo de siempre.

–Lo siento, soy muy torpe, no es el día más adecuado para hablar de esas cosas.

Y entonces me dio un bonito paquete de Loewe.

Sonrió.

–El regalo es para ti.

No supe qué decir, estaba emocionada.

Lo abrí, mejor, lo desgarré con mi torpeza habitual. Era un llavero con un elefante rosa de piel muy suave, una tarde, que pasábamos delante del escaparate, le dije que me gustaba y que los elefantes daban buena suerte.

Le di las gracias.

–Quiero que nos dé buena suerte y que, algún día, lleves ahí las llaves de nuestra casa.

Se me puso un nudo en la garganta y dije torpemente:

–Sí.

Tenía muchas ganas de llorar.

Pero Telmo se empeñó en animarme.

–Venga, vamos a picar algo, voy hacerte olvidar un poco lo que estás viviendo.

Y saboreando una ensalada de ventresca de bonito, unas anchoas Getaria y, Telmo, unos morros en salsa, hablamos del trabajo y de tonterías, y, la verdad, me sentí mejor.

Después me propuso tomar una copa en el Dickens.

Y dije que no.

Se dio cuenta de que el Dickens encerraba recuerdos dolorosos.

–Dime solo una cosa, ¿todavía le quieres?

Moví la cabeza diciendo que no.

Llegué a casa envuelta en sensaciones contradictorias y decidí trabajar para huir de aquel día tan denso.

Puse música de Mozart, siempre me alegra el espíritu, y volé al siglo XIII, allí nadie me podía hacer daño.

Tristán de Ursua llegó a la fortaleza de los Gentein con toda pompa. Admiró el palacio y la muralla que lo rodeaba, lo que le habían contado era verdad, Juana era una rica heredera, y se puso contento, algún día aquellas tierras se unirían a las suyas de Ursua. Los criados de la casa salieron corriendo y se hicieron cargo de los caballos. A los agotes y sus músicas les encerraron en las cuadras, para que no se mezclaran con los demás, allí, los de esa raza se llamaban cagots y les trataban igual que en Arizkun, a veces les hacían llevar una campana, para que la gente se apartase a su paso (aunque en Arizkun y Zuberoa se decía que los agotes o cagots transmitían la

lepra, lo único cierto es que algunos de ellos padecían lepra blanca, es decir, psoriasis, sin peligro ninguno de contagio. Aún hoy se debate el origen de los agotes, hay quien defiende que eran herejes, concretamente cátaros, huidos del Languedoc durante la Cruzada Albigense, pero esa teoría es muy poco probable a pesar del río Agoût, que corre por aquellas tierras. Si nos fijamos en las fechas, vemos que en el antiguo Fuero Navarro de 1074 ya se hablaba de los agotes, mientras que la herejía albigense aparece en el Languedoc en 1170 y los últimos focos de catarismo fueron reducidos violentamente en 1224. No había el más mínimo vestigio de catarismo entre los agotes ni los cagots, todos eran cristianos apostólicos y romanos lo mismo que el resto de la población, hablaban euskera como el resto de la población y sus costumbres eran las mismas que el resto de la población).

Los señores de Gentein estaban esperando a Tristán en la sala grande, adornada con colgaduras y ricos tapices, habían echado la casa por la ventana, querían impresionar a su futuro yerno.

Después de los saludos de cortesía, llegó el momento del intercambio de regalos.

El padre de Juana entregó al novio un halcón gerifalte, que levantó un murmullo de admiración entre los presentes, era un ave digna de reyes, el halcón respondió abriendo las alas orgulloso, y, además, le dio para su madre un abanico de plumas de pavo real, con empuñadura de raso, plata y oro.

Tristán agradeció los presentes con grandes muestras de aprecio y ofreció a su futuro suegro una copa labrada de oro y piedras preciosas, que fue también muy admirada, y, a la madre de Juana, un costurero de madera de cerezo con delicadas incrustaciones de marfil y hueso, las mujeres de la casa se acercaron enseguida para ver aquella maravilla.

Después, todos se sentaron y la nodriza fue a buscar a la novia a sus habitaciones.

Unos minutos más tarde, Juana bajaba las escaleras, solo su nodriza sabía que temblaba como una paloma recién atrapada por un halcón gerifalte, como el que su padre le acababa de regalar a Tristán de Ursua.

Tristán, en cuanto la vio, se enamoró de ella con la fuerza de un huracán.

Corrió a su encuentro y la recibió al pie de la escalera rodilla en tierra.

Ella le tendió la mano para que se levantara y él besó su mano con la misma pasión que se besan por primera vez los labios de la amada.

La madre de Juana sonreía, era feliz.

Entonces, uno de los criados del de Ursua se acercó a su señor, sobre un almohadón de terciopelo granate llevaba el cinturón de oro con incrustaciones de rubíes, perlas y amatistas, las piedras protectoras, que un orfebre de Toledo había confeccionado para la novia.

Cuando Juana vio un presente tan suntuoso, dicen que se le humedecieron los ojos, todos interpretaron que era debido a la emoción y al agradecimiento, pero era otra la razón. Y Tristán de Ursua aún la encontró más bella.

La nodriza también lloró de pena, era la única que sabía por qué lloraba Juana.

Luego, se inició el convite.

Sacaron a los agotes de la cuadra y les llevaron a tocar.

En un alto estrado, estaba la mesa de los señores de Gentein y los novios. Enseguida, los coperos empezaron a escanciar el vino y empezó también la bulla en el salón.

Primero y para abrir boca, sirvieron cerezas, fresas y peritas de San Juan. Luego, un potaje de espárragos de las arenas de Las Landas de Gascuña, y habitas frescas, que comieron con cucharas de plata bizantina. Entonces, llegaron los asados en grandes fuentes, flanqueados por los trinchadores que cortaban la carne a los comensales para que los invitados no se manchasen demasiado las manos. Un cisne erguía la cabeza arrogante desde la bandeja, había también faisanes, pulardas, cabritos y cerdos. Y, por fin, los dulces, tortas de miel, torrijas y jarras de nata. El padre de Juana observó complacido a su futuro yerno al comprobar el contento del de Ursua ante aquel alarde de poderío.

Y empezó el baile.

Tristán de Ursua, al primer son, se acercó a Juana y le invitó a bailar. Un minuto después, criados y comensales se admiraron de la hermosa pareja que formaban los novios.

Acabó la primera melodía y Bautista, el gentil hermano de Juana, sacó a bailar a la novia, invitando a los demás a que se unieran al baile.

Las parejas giraban, se separaban, se reencontraban siguiendo los pasos de la danza y los dos hermanos intercambiaban frases cada vez que coincidían en aquellas evoluciones.

Juana y Bautista hablaban en susurros.

–Goiti zazu burua, ene arreba Juana.
Levanta la cabeza, hermana Juana.

–Eztezaket goratu, anai Bautista jauna.
No la puedo alzar, señor hermano Bautista.

–Izorra omen zara, ene arreba Juana.
Debes estar embarazada, mi hermana Juana.

–Zertan ezagutzen nauzu, nere anai jauna?
¿En qué me lo notas, mi señor hermano?

Bautista no contestó.

–Zaspi errota berri, zortzi jauregi txuri:
horien guziengatik nik ez Urtsura nahi.
Siete molinos nuevos, ocho blancos palacios:
ni por todos ellos quisiera ir a Ursua.

El hermano sintió que se le helaba el corazón y aún se le heló más al escuchar lo que dijo Juana.

–Ursuan zazpi leiho, zazpiak lerro-lerro,
Lantainako alaba, Ursuan defunta dago.
En Ursua hay siete ventanas, las siete bien alineadas.
La hija de Lantaina está muerta en Ursua.
Bautista quiso abrazarle y ella se apartó.

–Zaldi zelarekin, zuretzat yarria da.
Nik iten dudan aurra.
Zure besokoa izain da.
El caballo con la silla se ha puesto para vos.
El niño que dé yo a luz.
Será de vuestros brazos.

Y nada más pronunciar esas últimas palabras, Juana cayó desmayada en medio del salón.

Hubo un gran barullo.

Los agotes dejaron de tocar y todo el mundo corrió a socorrer a la novia.

Todos, menos Tristán de Ursua, que se quedó en una esquina, la mirada oscura llena de negros presagios y un rictus de dolor en la boca, había seguido la danza de los hermanos, había visto aquellos susurros, había leído en los labios, había olisqueado, como una fiera hambrienta olisquea a su presa, el engaño y el amor prohibido entre Bautista y Juana, entre los dos hermanos.

Fue entonces cuando tres palomas negras se posaron en la ventana, tres palomas negras con una mancha roja de sangre en el corazón.

Me detuve, Juana de Lantaina estaba embarazada de su hermano, así dice ese trágico romance. Izaskun también estuvo embarazada y perdió al hijo que esperaba. Santi no se separó de su lado en aquellos largos meses de depresión, en aquellos largos meses fue un Santi cariñoso, amigo, pendiente siempre de ella. Recuerdo que los que les conocíamos nos quedamos sorprendidos, el círculo de los íntimos, además de verle andar con unas y con otras, estábamos acostumbrados a los desplantes, el desprecio y las malas palabras que Santi le dedicaba a Izaskun en cuanto bebía un poco de más. Realmente, todos sabíamos que aquella relación era dañina, aunque mirásemos de reojo.

Y, de pronto, en el silencio de la noche, volvió con fuerza la sospecha que tantas veces había rechazado. Izaskun nunca me quiso hablar de aquel aborto, supuse que le resultaba demasiado doloroso y yo tampoco le pregunté, pero, ahora, recordando los meses de depresión y la entrega de Santi, pensé que era muy posible que Santi hubiera sido el culpable, que, en uno de sus arrebatos violentos, pudo acabar con la vida de su hijo, que tanta entrega era porque se quería hacer perdonar, que…

No, no, no podía ser…

Alejé aquel pensamiento.

Recordé que, al leer el romance, me escandalicé y le comenté a Telmo que había decidido obviar la circunstancia del incesto.

Telmo se rio de mí.

–¡No sabía que eras tan puritana!

La verdad es que yo también me había sorprendido a mí misma.

–Mira, no podemos juzgar con criterios actuales lo que ocurrió hace tantos siglos.

Estuve de acuerdo.

Y siguió.

–En el siglo XIII, la gente vivía hacinada buscando calor, las noches eran muy largas, dormían, juntos y revueltos, padres, madres, hijos, criados y animales.

Objeté.

–Pero la casa de los Gentein era rica.

Movió la cabeza.

–Es una balada, no se rige por la lógica.

Tenía razón.

–¿Conoces *El Testament d´Amelia*, una canción tradicional catalana?

Claro que la conocía, hice un alarde.

–Hay quien dice que se compuso para la tercera hija de Ramón III

Berenguer y Dulce de Provenza. El guitarrista catalán Miguel Llovet hizo en 1900 una transcripción para guitarra. Mi amigo, Eduardo San Martín, la suele tocar para mí, me gusta mucho. Es muy conocida la interpretación de la soprano Victoria de los Ángeles y también la versión de Joan Manuel Serrat.

Se rio.

Seguí con mi lección.

–Bueno, ahí, la hija del rey se muere de pena y toda la corte se pregunta por qué. Su madre y su marido son amantes desde hace mucho tiempo, aunque nadie lo sabe. Pero ella, en su testamento, dice que su madre puede quedarse con su marido, se lo deja en herencia. Y entonces se descubre la causa de su tristeza.

–Perfecto, ahora me toca a mí.

–Soy toda oídos.

–No te creas que hay que remontarse a siglos muy lejanos para escuchar historias de amores oscuros y de incestos. Dice la leyenda que, una noche de carnaval, Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI, fue disfrazado a una fiesta y allí conoció a una joven bellísima, que se escondía bajo una máscara de esmeraldas y brillantes. Rodrigo y la misteriosa joven vivieron una larga noche de placer. Por la mañana, decidieron darse a conocer y descubrieron horrorizados que eran padre e hija, eran Rodrigo y Lucrecia Borgia. Y estamos hablando de principios del siglo XVI.

Me reí yo también.

–¡Pobre Lucrecia, cuánta leyenda negra! Lucrecia Borgia fue una mujer culta, manipulada por su padre y su hermano César, con él también se dice que tuvo relaciones.

Telmo y yo, yo y Telmo.

Volví al ahora.

La cena con Telmo había sido el único rato agradable de aquel día tan largo, después de la muerte de Santi.

Hay muchos días sin importancia en nuestras vidas, en los que no pasa nada, en los que parece que nunca va a pasar nada que nos importe de verdad, que nos llene, que nos haga felices, esos días se van y nos dejan solo el vacío de lo que no han sido. Otros días son felices, nos sentimos bien, las cosas nos salen también bien, las noticias que nos llegan son buenas y creemos que vamos a vivir en ese estado de beatitud el resto de nuestros días. Y hay días llenos de momentos turbios, de confusión, de dudas, que nos ponen tristes, muy tristes.

Aquel día había sido más triste, que los días tristes, había sido tan denso como un agujero negro, parecía que las horas, los minutos, los segundos me iban a traer solo malos recuerdos, noticias trágicas de las que no me iba a poder liberar jamás. Sentía una angustia grande. Y es

que me perseguía una culpa vieja, la de todos aquellos años en que no había hecho nada por Izaskun, y mi horizonte era tan corto, que me decía que no tenía futuro.

Dejé todo.

Tomé un tranquilizante y me fui a la cama.

No tenía que pensar, tenía que olvidar, descansar, dormir.

Capítulo 4

A las siete de la mañana me despertaron unos timbrazos y enseguida supe quién era. Dudé en abrirle, pero le abrí.

Salió del ascensor disculpándose.

–Lo siento, pero necesito estar contigo. He pensado que, si te llamaba antes de venir, me ibas a poner excusas y no ibas a encontrar un momento para hablar.

Le contesté de no muy buenas maneras que aparecer a esas horas era un atropello y, aunque no le iba a cerrar la puerta, quería que lo supiera.

–Tienes muy poco tiempo.

Dijo que sí con la cabeza y se fue directamente a la cocina.

Le seguí.

–Siéntate, te prepararé un café.

Le dejé hacer, todavía estaba dormida.

Y entre bostezos, vi cómo cogía la cafetera, la llenaba de agua, encontraba el bote de café a la primera y, cuidadosamente, de la misma manera que se limpiaba la boca con la servilleta de gatitos, iba añadiendo café en el filtro. Mientras le observaba y a pesar de mi sopor, fui consciente de que todos sus movimientos eran precisos y de que, si yo fuera un asesino, aquella precisión me hubiera puesto en guardia.

Por fin, dejó la cafetera en el fuego y se sentó.

–Hoy tienes mejor cara.

No pude menos que reírme, mi aspecto tenía que ser el de un espectro. Pero era verdad, había descansado un poco.

–¿Hay novedades?

–Sí.

Le miré interrogante.

–El informe de la autopsia ha confirmado el suicidio y el caso está cerrado.

Bueno, algo es algo, pensé.

–¿Lo sabe ya Izaskun?

Miró al reloj.

–Es probable, ya le habrán avisado.

–Entonces, mañana será la incineración y el funeral.

–Hay otra pequeña novedad.

La verdad era que, una vez cerrado el caso, las novedades de Adriana no me importaban mucho. Pero puse cara de interés.

–He hablado con el jardinero de Itsaso-Loreak, dice que aquel día, a eso de las nueve de la noche, fue a la villa para dar de comer a la mastín y, desde el jardín, oyó una discusión muy violenta entre tu amigo y una mujer. Supongo que la mujer era Sara Andrade, aunque también podría haber sido Izaskun, o tú misma.

Me miró fijamente esperando mi respuesta.

–Que Santi tuviera una discusión, no tiene nada de raro.

–¿Con quién discutió?

–Me imagino que con Sara, Izaskun y yo llegamos más tarde.

–¿Y qué pasó cuándo llegasteis?

Y en aquel momento, sospeché que Adriana había venido tan pronto porque quería sonsacarme lo que ocurrió aquella noche, seguro que había pensado que, si me pillaba por sorpresa, acabaría contándole todo para que me dejara en paz.

Me hizo gracia la idea y me reí con ganas, la risa me espabilo.

–Adriana, por favor, ya te dije ayer que por ahora no quiero hablar de eso, además, es algo que, si llega el momento, te lo deberíamos de contar las tres.

–De acuerdo.

Me levanté, pensé que se iba.

–¿Cómo es Sara? ¿Qué vio Santi en ella par enamorarse?

Medité unos segundos.

–Sara es fuerte, eso vio Santi. Yo creo que empezaba a sentirse cansado, durante toda su vida había interpretado el papel de hombre inteligente y sólido de cara a la galería, y cada vez le costaba más mantener el tipo. Tantos años de alcohol le estaban pasando factura, necesitaba protección.

–¿Cuándo te enteraste de que la Sara de Santi era Sara Andrade, vuestra compañera de clase? ¿Te dijo algo Santi en el Náutico?

Intuí una cierta suspicacia.

–¿Tienes alguna sospecha?

–No, pero es extraño.

Sonreí.

–Ya, las casualidades no existen.

Ella también sonrió.

–Eso es.

Respondí:

–No, en el Náutico Santi solo me dijo que se había enamorado por primera vez, que ella se llamaba Sara, pero nada más. Saras hay muchas y en ningún momento se me ocurrió que podía ser ella. Me enteré por la noche, una compañera del instituto les vio y me llamó para contarme lo que calificó de notición.

Decidí alegrarle la mañana con una noticia que no sabía.

–Aquella tarde, Telmo fue a Loewe y, a la salida, se encontró con Santi.

–¡Vaya!

Quiso cotillear.

–¿Te compró un regalo?

–Creía que no te interesaban los cotilleos.

Se rio.

Me levanté y fui a coger el elefante.

Cuando volví, el café ya había salido, olía a hogar y vida buena.

Se lo enseñé.

–Precioso y da buena suerte.

Estuve de acuerdo.

Me hizo un guiño.

–Es un llavero, un llavero para las llaves de vuestra casa, es decir, una petición en toda regla.

Eso mismo me dijo Telmo.

–¿Y de qué hablaron Telmo y Santi?

–De lugares comunes, pero Santi sí le dijo que tenía una cena muy especial, estaba contento.

Me pareció que no me escuchaba.

Después, me miró fijamente.

–Quiero que me acompañes a la villa.

Entonces era eso, para eso había venido tan pronto, me había equivocado.

Me enfadé.

–Sabes que tengo trabajo, no es el momento.

–Acompáñame, tú conoces bien la casa y me puedes ayudar.

–Sinceramente, no quiero volver allí.

–La casa para ti está llena de recuerdos que podrían ser útiles para mi estudio, podrían ayudarme a determinar el perfil de Santi, y hasta el de Izaskun.

No sé por qué, pero acepté, quizás, aunque hubiese dicho lo contrario, yo también quería volver a Itsaso-Loreak, quizás quería ir a Itsaso-Loreak de la mano de Adriana, porque me daba seguridad, porque me parecía que sus botas Martens iban a espantar a los fantasmas y yo recuperaría la casa de mi infancia, volvería a ver los rosales amarillos de doña Patricia, volvería a oler la opulencia, la felicidad, que entonces creía que habitaba allí, y me quedaría otra vez con la boca abierta en aquella cocina siempre llena de cosas ricas.

Me levanté sin contestarle y fui a vestirme.

Adriana me adivinó el pensamiento y oí que gritaba, "¡Gracias!".

El coche de Adriana, aparcado de manera inverosímil entre dos motos, es un Smart Fortwo rojo y negro, pensé que, como las botas, aquel Smart no le correspondía.

Entré en el coche y me sentí atrapada en un huevo extraterrestre sin posibilidad de escapatoria, porque Adriana conducía a una velocidad endiablada.

Unos minutos después, estábamos ante la verja de Itsaso-Loreak. Luka, la mastín canela, vino a saludarme y, luego, se acercó a Adriana moviendo el rabo. Adriana le acarició con las maneras expertas de una cuidadora de perros y Luka le lamió las botas concienzudamente, como si, por ser de color rojo cereza, las hubiera confundido con dos chuletas de ternera.

Se fue Luka y entramos.

Y otra vez, igual que cuando fui la primera vez, la bahía se extendió ante mí como la hermosa cola de un pavo real. No quedaba ninguna de las hortensias, ni los rododendros y los tulipanes de entonces, en el rosal de doña Patricia solo había un par de rosas amarillas asilvestradas, que hacían lo imposible por sobrevivir, y me alegré de verlas. La piscina estaba limpia y azul, me hubiera sentado bien un baño. Y las tumbonas seguían en su sitio, como antes, perfectamente alineadas, junto a una de ellas, vi la toalla de Santi, y por un instante tuve un pensamiento absurdo, Santi estaba vivo y enseguida vendría a saludarnos.

Miré alrededor, ya no quedaba nadie en la Casa Grande, en la morada de la felicidad, sin embargo, si cerraba los ojos, aún podía verlos.

Y el jardín se pobló para mí de fantasmas, aunque Adriana y sus botas estaban cerca.

De pronto, doña Patricia me saludó sonriente desde el rosal, tenía unas tijeras en la mano y las dirigió hacia a mí haciendo chas, chas, chas, como si yo fuera una de sus rosas amarillas y me fuera a cortar

la cabeza. Entonces don Santiago salió de la casa y, antes de cerrar la puerta, le dio un azote en el culo a una doncella. Santi y yo nos mirábamos y sonreíamos, pero enseguida Santi se escurrió hasta la hierba y se convirtió en un cadáver a los pies de una escalera.

La voz de Adriana, llamándome para que entrara, me libró de aquella extraña ensoñación morbosa a plena luz del día.

Dentro de la casa, los rayos del sol, tamizados por los visillos como siempre, iluminaban el gran vestíbulo y el salón con la misma luz de entonces. Todavía olía a palo de rosa. Allí estaban los cuadros, las fotografías en sus bonitos marcos, los espejos y las figuritas de porcelana.

La puerta estaba abierta y eché un vistazo al comedor, de niña me sobrecogían los dos grandes tapices de las paredes con escenas de caza y la enorme araña de cristal. La primera vez que entré allí recuerdo que conté admirada la cantidad de sillas de patas finas y respaldo capitoné, que rodeaban la gran mesa ovalada de caoba, tan brillante como un espejo. Cuatro candelabros de plata con cinco brazos sostenían unas velas altísimas. Me pareció la mesa de un palacio. Santi se dio cuenta de mi admiración y me dijo como sin darle importancia, "Es un comedor estilo Luis XVI, el de mis abuelos de Madrid es mucho más grande" y yo, picada en mi amor propio, le dije que también conocía otros mucho más grandes que ese. Santi se rio de mi mentira y yo también me reí con él. Entonces Santi era mi amigo, el mejor amigo que tenía.

Ahora, aquella mesa de comedor tenía aún restos de la cena de despedida que le ofreció Santi a Sara. Ahí estaban los candelabros de plata con sus velas muy altas, los dos manteles individuales de hilo bordado, los platos, las copas, una de ellas estaba rota y había salpicado de manchas de vino el mantel. Imaginé la escena. Fue ahí donde Santi intentó convencer a Sara para que se quedara con él y donde comprendió que Sara nunca le aceptaría. La copa rota fue la primera víctima de la ira de Santi. Aquella mesa era la imagen del fin.

De pronto, me fijé que, debajo de una de las servilletas, asomaba un estuche. Lo cogí, era un cubo perfecto de piel azul marino con el nombre de Cartier en finas letras de oro. Le pregunté a Adriana si podía abrirlo.

–Sí puedes, pero dentro no hay nada. Había un solitario, un brillante de buen tamaño, todavía está en mi despacho.

De todos modos, abrí el estuche. El interior era de raso, realmente un lujo.

Adriana comentó:

–Esta vez parece que tu amigo se había enamorado de verdad.

–Santi siempre parecía que se enamoraba de verdad, él creía que se enamoraba de verdad.

Adriana miraba todo con la atención de una cámara fotográfica.

Salimos del comedor, en el vestíbulo estaba el retrato de doña Patricia en traje de noche, los ojos tristes, la sonrisa tímida, el gesto elegante y las manos muy quietas sobre la falda del vestido gris perla, una encima de la otra.

Se paró a contemplarlo.

–¿Cómo era la relación de tu amigo con su madre?

–Digamos que tumultuosa, Santi no la soportaba, pero, a la vez, la necesitaba. Esa ira sorda que llevaba dentro, en parte estaba alimentada por esa relación.

Entonces, sin hacer ningún comentario a lo que acababa de contarle, me dijo:

–Ven conmigo al salón, por favor.

Antes de dejar atrás la escalera, vi a Santi otra vez, ensangrentado y muerto con un tiro en la boca, allí, a los pies de aquella escalinata, que en mi infancia me parecía solo reservada a príncipes y a princesas.

Las botas de Adriana, sobre el pulido mármol del suelo a grandes rombos blancos y negros, eran puro ritmo y me entraron ganas de bailar con ella al compás de sus pasos, como si aquella visita a la casa fuera un amable musical.

Ya en el salón, el piano de cola de doña Patricia me saludó enseñándome los dientes, parecía que se reía de mí.

Me acerqué a uno de lo ventanales, desde ese ventanal Santi vio cómo su padre pegaba salvajemente a su madre. Cerré los ojos y recordé a aquella mujer que huía muy lejos, que se escondía en algún lugar que ella solo conocía cada vez que interpretaba al piano, una y otra vez, la *Sonata Claro de Luna* de Beethoven. Entonces, sus manos largas se movían ágiles sobre las teclas con la emoción de un alma enferma, olvidadas de la apatía de otros momentos, como cuando se quedaba horas y horas sentada en el salón con la mirada perdida y las manos quietas sobre la falda, igual que en el cuadro de la entrada.

Pero, de pronto, la Sonata empezó a sonar realmente en el salón.

Me di la vuelta asustada.

Era Adriana.

Me acerqué.

Adriana interpretaba con destreza, y esa música, hermosa, profunda y triste, pobló la villa de criados y doncellas, que iban y venían, llenó los jarrones de rosas amarillas recién cortadas, hizo aparecer a doña Patricia sonriente y cariñosa, y oí la voz de Santi diciéndome que fuésemos a jugar al jardín.

Cuando terminó, le felicité.

–Tocas muy bien, pero, ¿por qué *Claro de Luna*?

Sonrió.

–Era lo que solía tocar la madre de Santi, ¿no?

Adriana Arruabarrena empezaba a darme miedo.

–¿Cómo lo sabes?

Levantó los hombros

–¿Qué más da?

Y, entonces, recordé otros días, los días en que mi padre y yo veíamos a doña Patricia escondida detrás de una pamela gigante y unas grandes gafas de sol. Esos días no nos saludaba, en cuanto nos veía, desaparecía. Yo sabía lo que había pasado y el aita también, pero nunca comentamos nada ninguno de los dos.

Luego, Adriana me pidió que le enseñara el resto de las habitaciones.

Subimos las escaleras que llevan a los dormitorios, el clac-clac-clac de su botas resonaba estridente en la casa sola.

En el dormitorio principal, el de los padres de Santi, la colcha estaba aún arrugada y se podía intuir la forma de dos cuerpos. Desde la mesilla, los padres de Santi sonreían aparentemente felices, encerrados en un marco de plata. La fotografía era de los años del noviazgo, cuando doña Patricia elegía con inocente ilusión las figuritas, los cuadros, los cortinones, que luego formarían parte de la decoración de aquel infierno y que ahora, tras la muerte de Santi, se morirían ellos también sin remedio en la villa abandonada a la espera de un comprador. Aparté la vista de ahí, me resultaba obsceno y perverso que Santi hubiese utilizado aquel cuarto para sus aventuras y dejase sobre la mesilla esa foto, obligando a sus padres a ser testigos de sus historias sórdidas y, ahora, de su último acto, de su propia muerte.

Adriana debió de pensar lo mismo que yo.

–Tu amigo era un niño muy enfadado con el mundo, echaba siempre la culpa a los demás de lo que le pasaba a él, le echaba la culpa a Izaskun e, incluso, te echaba la culpa a ti, pero, según él, los primeros culpables eran sus padres, por eso utilizaba este cuarto para sus aventuras y tenía ahí su fotografía, les estaba diciendo "Mirad las cosas que hago y todo es por vuestra culpa". Sin embargo, no te creas que ese comportamiento es nuevo, por ejemplo, algo parecido hacía Marcel Proust, ¿sabes quién es?

Sonreí con suficiencia, Adriana me estaba ofendiendo.

–Pero lo que no sé si sabes es que Proust, por oscuros motivos morbosos, solía llevar a los prostíbulos, donde iba con bastante frecuencia con su amigo Robert de Montesquiou, una fotografía de su madre, una madre de la que nunca se pudo separar y a la que reprochó durante toda su vida que una vez, siendo niño, no subiera a darle el beso de buenas noches por atender a sus invitados.

Reconocí que lo de su madre y los prostíbulos no lo sabía.

Y después le pedí que nos fuéramos, ya no aguantaba más allí.

Durante el camino no dijimos ni una palabra.

Cuando salí del coche se despidió.

–Hasta muy pronto.

No lo puse en duda.

Ya en casa, vi que me había llegado un wasap. Era de Izaskun. Me había llamado y no le había cogido la llamada. Me decía lo que ya sabía, el caso estaba cerrado, y al día siguiente a las diez iba a ser la incineración en el tanatorio de Rekalde, el cuerpo de Santi ya estaba allí, después llevarían las cenizas al panteón de los Fernández de Sosoaga y, por la tarde, sería el funeral en el Buen Pastor. Me acordé de la conversación con Santi en el Náutico: "Ya sabes, te nombro mi albacea, si muero, tú serás la encargada de robar un puñado de mis cenizas y dárselas a Sara para que se cumpla mi última voluntad". Y de pronto, pensé que igual tenía la obligación de robar un puñado de cenizas y dárselas a Sara. Después me irrité conmigo misma, hasta después de muerto Santi me sobrevolaba, sin embargo, él sabía muy bien que intentaría cumplir su última voluntad. Izaskun en el wasap me pedía, también, que le dedicase a Santi unas palabras en el funeral y que fuese cuanto antes a Rekalde para estar con ella.

Preferí tomarme mi tiempo, aún tenía el sabor de la Casa Grande en la boca, y, antes de ir a Rekalde para reponer el ánimo, decidí trabajar un poco, navegar por las tierras de los Ursua, era otra de mis maneras de huir para olvidarme de la realidad, en eso me parecía a doña Patricia cuando interpretaba a Beethoven.

Sí, el trabajo me devolvería un poco de paz.

La fiesta de recibimiento en el palacio de Gentein a Tristán de Ursua se prolongó hasta bien entrada la noche.

Al atardecer se representó una pastoral en euskera suletino en el patio de la fortaleza. Al fondo del patio habían levantado un gran estrado con una puerta a cada lado. Por ahí fueron entrando y saliendo los personajes. El misterio, que se cantó en bellos modos gregorianos acompañados de flautas y atabales, fue el de Adán y Eva en el paraíso terrenal. Cuando aparecieron los dos en el escenario hubo un murmullo de admiración. El pastor que hacía de Eva era tan lindo, que parecía una joven hermosa. Pero por la puerta de la derecha entró el diablo, junto a una tropa de türkak, turcos, que causaron gran espanto entre los asistentes por su aspecto feroz, igual que cuando la voz de Dios atronó tras el pecado original, expulsando a Adán y Eva del paraíso. Pero, enseguida, entraron los ángeles por la puerta de la izquierda y, entre cánticos y danzas, llevaron a los dos pecadores ante Dios, y el buen Dios les perdonó y les dijo: "Creced y multiplicaros".

El público, entonces, lanzó vivas a los actores y a los novios, deseándoles que tuvieran una numerosa prole.

Tristán apenas disfrutó de la representación, solo miraba a Juana, que a la luz del atardecer aún estaba más hermosa.

Después, hubo danzas suletinas.

Bailaron godolet dantza alrededor de un vaso de vino. El gatüzain danzó con su pantógrafo, el txerrero barrió el suelo con la cola de caballo, el zamaltzain y su armazón de madera en la cintura, recubierto de gualdrapas con el escudo en oro de los Gentein y rematado por la cabeza de un caballo realizó vueltas, punteos y briosos pasos. Y por fin, el bandelaria, flameó la bandera de los señores de Gentein y, también, un hermoso pañuelo de muselina verde lavanda, como el vestido de la novia, que entregó a Juana, y Juana se lo anudó en la muñeca a Tristán entre los gritos de júbilo de todos.

Luego volvieron al salón, a disfrutar de dulces y vino, mientras comenzaba otra vez el baile.

Juana, que se había recuperado bien de su desvanecimiento aunque a esa hora estaba ya un poco pálida, bailó con todos sus parientes como correspondía a una futura esposa.

La última danza la hizo con Tristán de Ursua, que se moría de amor, aunque aquel presentimiento negro le roía las tripas.

Cuando el padre de Juana anunció que la fiesta había terminado, Tristán rogó a su suegro que le dejase hacer suya a Juana esa misma noche, al día siguiente iba a celebrarse la boda, no era infrecuente que se adelantase el ayuntamiento entre las parejas que iban a contraer matrimonio.

El padre de Juana quiso consultarlo primero con su esposa y los dos parlamentaron. Después, llamaron a los novios y, con gran solemnidad, les hicieron hincarse de rodillas.

Enseguida la madre unió las manos de Juana y Tristán, y el padre les dio la bendición.

Tristán de Ursua, aún de rodillas, besó a Juana, como solo los príncipes, los héroes, los tiranos y lo asesinos saben besar, y Juana supo que el amor desbocado de aquel hombre la mataría.

Subió Juana a su alcoba a prepararse para recibir al que aquella misma noche iba a ser su esposo.

La nodriza le estaba esperando.

Cuando cerró la puerta, Juana se derrumbó.

Pero la nodriza no le dejó abandonarse a tanta pena.

–Escucha, niña mía, escucha y deja de llorar. Vas a guardar este pañuelo con sangre de gallina bajo la almohada. Mírala, es sangre fresca. En cuanto te penetre, finge dolor, para que él salga de ti, simula que te limpias con el pañuelo y haz que vea la sangre.

Juana se sentía sin fuerzas, Tristán sospechaba su embarazo, lo

había leído en los ojos del de Ursua, lo había notado en la desesperación de sus labios, y así se lo dijo a la nodriza.

–¡Basta ya! Él no sabe nada y, si sospecha, haciendo lo que te he dicho dejará de sospechar. Lo vas a hacer por ti y por tu hijo. Tú no puedes elegir, nosotras no elegimos, obedecemos, no tienes otra salida, si se enteran tus padres de que estas embarazada, te encerrarán de por vida en un convento y, si alguna vez sospechan que el padre es Bautista, tu hermano, aún será peor. Tienes que ser valiente, si no, te quitarán a tu hijo y morirás de pena. Estás de dos meses, ese niño, para Tristán y para todos, nacerá sietemesino, así nacen muchos, y será el heredero Ursua. Sí, va a ser varón, porque lo engendraste de noche con la luna en cuarto creciente y en un día impar.

Luego, le puso a Juana una linda camisa, tan holgada, que se deslizaría hasta el suelo al menor roce de Tristán. También le peinó cuidadosamente y le perfumó la hermosa melena.

Antes de irse, le beso en la frente.

Entró Tristán, y Juana, acordándose de las palabras de la nodriza, le recibió sonriente de pie junto a la ventana. Él se acercó lentamente y acarició los hombros de Juana, en aquel instante la camisa cayó al suelo y Tristán pudo contemplarla en total desnudez, ¡era una ninfa, una lamia!

Enseguida, fue ella la que le tomó de la mano y la que le llevó al lecho, ella la que le acarició con tanta dulzura como nunca le habían acariciado, ella la que le ofreció sus pechos rotundos, ahora más llenos por la maternidad, ella la que se entregó a él, la que se hizo suya.

Entonces, un grito desgarró la noche.

Luego, Juana le enseñó el pañuelo.

Él vio la sangre y sus sospechas se disolvieron en las sábanas de la cama como se disuelve la miel en un vaso de leche.

Juana era suya, solo de él, él era su dueño.

Y, después, la amó una y otra vez, posesivo, lunático, dulce, brutal, hasta que la luz del amanecer empezó a iluminar la alcoba.

Y fui al tanatorio.

Solo estaban la madre y el hermano de Izaskun. Los familiares de Santi aún no habían llegado, los Marinda, que venían de Madrid, se acercarían por la tarde, pero enseguida empezarían a desfilar los amigos.

Me alegré al ver que Izaskun no era la de ayer.

Se había arreglado y estaba muy guapa con aquel traje de chaqueta negro y la blusa blanca de amplia lazada Chanel.

Se lo dije.

Ella me miró agradecida, me di cuenta de que le gustaba el papel

que iba a representar.

Y comprendí lo que sentía.

Izaskun con Santi no era nada, pero ahora Santi estaba muerto y ella era su única representante oficial. Por primera vez iba a ejercer de señora de Santiago Fernández de Sosoaga y todos aquellos amigos, que le reían a Santi las gracias cuando se burlaba de Izaskun, todos los que le solían jalear cuando públicamente, que la humillaban después de haber tomado varias copas, vendrían muy respetuosos y caballerosos a darle el pésame. Ella sabría cómo tratarlos.

Al fondo, rodeado de flores y de coronas, estaba Santi.

Nos acercamos.

Izaskun sonrió.

–Parece mentira que pueda estar tan formal.

Yo también sonreí.

Tumbado en el ataúd, tan pulcro, tan bien peinado, parecía un chico bueno.

Nos callamos.

Entró la madre de Izaskun y nos sacó de nuestro ensimismamiento, creía que empezaba a llegar gente, había oído voces conocidas en el pasillo, y le dio un beso a su hija para darle ánimos.

Volvimos al saloncito.

–Mañana dirás unas palabras, ¿verdad?, yo no sirvo para esas cosas, ya lo sabes.

Le dije que no se preocupara, diría esas palabras, como ella quería.

Entraron los primeros amigos, Izaskun se levantó sin prisas y con elegancia, dominando la situación.

Sí, Izaskun en el tanatorio era una mujer segura de sí misma, aparentemente no quedaba nada de la Izaskun dependiente emocional y económicamente de Santi, de la Izaskun que perdonaba una y otra vez, la que siempre pensaba que ella tenía la culpa, que algo había hecho mal, cuando Santi la insultaba o se reía de ella hasta delante de sus amigos, la que siempre iba impecable para que Santi, cuando la fiesta se prolongaba demasiado y estaba borracho, no le llamase guarra delante de todo el mundo. Y es que ella había acabado creyendo que era la culpable de todo lo que les pasaba, sí, ella solita, nadie más, porque era una tonta, una incapaz, fea, torpe y pobre, y le daba la razón a aquel maltratador físico y sicológico que le había convertido en una piltrafa, pero que, de vez en cuando, se volvía tierno, amante, a veces protector, a veces indefenso, necesitado de sus caricias, y, entonces, durante esos ratos tan cortos, se sentía la única, la elegida.

Pensé que era un buen momento para hablarle de mi excursión matinal con Adriana a Itsaso-Loreak.

Busqué un hueco.

Y le volví a insistir en que sería bueno para ella contarle a Adriana cómo había sido su relación con Santi, su testimonio podía ayudar a otras mujeres.

Vi que antes me había equivocado.

Izaskun me escuchó en silencio y, luego, se tapó la cara con las manos, estaba temblando.

Algunos se dieron la vuelta con un gesto de comprensión, tenía que ser muy duro quedarse viuda tan joven.

Y otra vez fue la de siempre.

–¡Yo no voy a contar nada!

Le dije que no se alterase, ella era la que iba a decidir.

–Por favor, tranquilízate, ahora tienes que atender a esta gente.

Me hizo caso.

Y otra vez se convirtió en la viuda altiva y digna que quería ser.

Yo disfruté viéndole en su nuevo papel.

Volví a casa a comer y a echarme una siesta, necesitaba descansar.

Pero en el portal estaba otra vez Adriana Arruabarrena, venía a comer conmigo, sabía que había estado en el tanatorio y que debía estar cansada, y me enseñó una bolsa de McDonald´s.

No tuve fuerzas para decirle que se fuera, que por hoy habíamos tenido bastante y que me dejara en paz, pero es que, además, aunque me resultaba incomprensible, tenía hambre y aquella hamburguesa me apetecía mucho.

Entramos en casa y nos fuimos directamente a la cocina.

Adriana se sentó, abrió el paquete y sacó dos hamburguesas con queso y una bolsa de patatas *deluxe*, dejó la bolsa de patatas sobre la mesa con el mismo cuidado que si fuera de cristal finísimo y las patatas estuvieran vivas.

Yo colaboré con una botella de Viña Alberdi, una copa de vino bueno me sentaría bien, y ella dijo que era una idea magnífica.

Comimos en silencio, su pulcritud me irritaba, comía sin mancharse, mientras a mí se me escurría el kétchup por los dedos, pensé que mi imagen tenía que ser impresentable. Tuve que aguantarme las ganas de gritarle “Y tú, ¿por qué no te manchas?”. Me estaba dando tanto asco a mí misma, que dejé la hamburguesa a la mitad, de pronto se me había ido el apetito, y es que, por lo visto, mi otro cerebro, ese que según los expertos tiene nuestro aparato digestivo, sufría los mismos vaivenes y altibajos que mi alma.

En cuanto terminó, se limpió uno a uno los dedos meticulosamente y con parsimonia, y recogió bolsas y migas hasta que

la cocina quedó impoluta.

Saboreé despacio el Viña Alberdi y esperé las preguntas de Adriana, estaba claro que había venido para recoger datos para su libro.

–He estado en el tanatorio, aunque parecía entera, me he dado cuenta de que Izaskun está deshecha por dentro.

Asentí.

Luego, añadió.

–Hay situaciones a las que no me acostumbro.

–¿Qué quieres decir?

–Izaskun fue una víctima y, sin embargo, llora a su verdugo. No es la primera que hace eso, ni desgraciadamente será la última.

Después, buscó en su bolso y me extendió un papel.

Lo leí.

Era el expediente médico del aborto de Izaskun. La embarazada había sufrido una caída que había producido la muerte del feto, también presentaba magulladuras y golpes compatibles con un caso de malos tratos, pero no había querido presentar una denuncia. A consecuencia del "accidente", Izaskun ya no podría tener hijos.

Sentí que sus ojos estaban fijos en mí mientras leía.

Luego, me buscó la mirada.

–¿Lo sabías?

Dije la verdad.

–No, pero de alguna manera lo sospechaba, aunque no quería creer que pudiera ser verdad.

–Pues lo es.

–Ya veo, sin embargo Izaskun quería a Santi, aunque te resulte difícil de entender.

–¿Y tú…?

Me atropellé y no le dejé terminar la pregunta.

–Yo también le quise.

–Me alegro de que me lo digas, yo te preguntaba si tú le entiendes a Izaskun.

Sonreí, había sido torpe.

–¿Qué sentía Sara por él?

Le dije la verdad.

–No lo sé, pero es extraño que acabaran coincidiendo Sara y Santi en Barcelona.

Y ahora se puso amarga.

–¿Me quieres decir qué os daba ese Santi?

Sonreí.

–Vendía sueños que, a veces, parecían más reales que la propia realidad.

Y para mi asombro, desapareció la inspectora comedida e

invisible, y explotó.

–Me cago en ese hijo de puta y en todos los hijos de puta que saben engañar tan bien, que destrozan vidas, que necesitan devorar al otro para sentirse vivos, son "Dráculas" que se alimentan de almas cándidas como vosotras.

Yo, ahora, también me indigné.

–¡Nosotras no somos, ni éramos, almas cándidas!

Suspiró.

–Tienes razón, sois solos sueños rotos.

Se levantó.

La puntera metálica de las gruesas suelas de sus botas hizo clac-clac-clac en las baldosas, se iba.

Oí como se alejaba por el pasillo.

Antes de salir me gritó:

–A ver si les convences a tus amigas y un día podemos hablar las tres.

Por fin desapareció.

Me fui al salón y me eché en el sofá, quería dormir, olvidarme de Adriana, de Santi, de Izaskun, de Sara, de todo, olvidarme de mí, descansar, descansar, descansar…

No pude.

Y volví a navegar por Ursua.

Cantó el gallo y la caravana se puso en marcha.

Cerraban la procesión mil carneros adornados con collares de oro, la dote de la novia.

Juana era una buena amazona.

Tristán, viéndola erguida sobre la montura, la larga cabellera al viento, sus manos pequeñitas sujetando con firmeza las riendas, la amó otra vez con el pensamiento mientras cabalgaba a su lado.

Pero Juana estaba en otra parte, su corazón se despedía para siempre de la fortaleza de los señores de Gentein, donde había crecido, de los campos, de los bosques, del cielo, de aquellos tejados puntiagudos y negros de Zuberoa, que nunca más volvería a ver.

Desde lo alto de la torre, Bautista vio partir a su hermana, a su amor prohibido.

Juana miró hacia arriba, sabía que Bautista estaba allí.

¿Qué habían hecho? ¿Qué locura les había atrapado? ¿Cómo podía haber ocurrido? ¡Era su hermano!

Pero había ocurrido…

Ursuan defuntua.
Santa Anan kausitua.

Adio erran Gabe.
Etxetik partitua.

Muerta en Ursua.
Encontrada en Santa Ana.
Ida de casa.
Sin decir adiós.

Y a mí, ¿qué me había ocurrido para enamorarme de Santi?, ¿qué me iba a pasar ahora?

Capítulo 5

Una llamada me sacó de aquel bucle que seguía siendo oscuro.

Era Telmo, ya sabía que se había confirmado el suicidio de Santi, y quedé con él en Las Vegas, un bar de toda la vida cerca de las oficinas de la revista.

Dejé Ursua, no tenía ganas de seguir trabajando, Adriana y Telmo, como era lógico, querían saber qué ocurrió la noche del suicidio de Santi y, ahora que el caso estaba cerrado, me puse a recordar con serenidad lo que pasó la víspera de la muerte de Santi y a lo largo del último día, aquel día tan largo.

La víspera del suicidio, al mediodía, me llamó Izaskun muy alterada y me contó que Santi andaba con Sara Andrade, nuestra compañera del instituto. No me dijo cómo lo sabía, pero lo sabía, y estaba convencida de que esa relación no era para él igual que las otras, pensaba que esta vez se había enamorado de verdad. Estaba desesperada. Quería saber si Santi me había confesado algo. Le dije que no y le intenté convencer de que, si Santi salía con Sara Andrade,

no duraría mucho. Sara no era de las que se dejaba engatusar por un hombre como Santi. Me pareció que le había convencido y lo dejé ahí.

Pero, aunque no le confesé nada a Izaskun, yo estaba tan preocupada que esa misma mañana había estado en Itsaso-Loreak. Y es que el mal presentimiento, que me perseguía desde mi encuentro con Santi en el Náutico y que aún se había hecho más feo al saber que la Sara de Santi era nuestra Sara, seguía ronroneando, estaba convencida de que Santi estaba apunto de escribir una tragedia, y pensé que en Itsaso-Loreak podía encontrar la clave de lo que pensaba hacer y, quizás, hasta podría evitarlo.

Aunque nadie lo sabía, yo tenía llaves de la villa, el aita empezó cuidando las rosas de doña Patricia y acabó haciendo todo tipo de chapuzas para los Fernández de Sosoaga, cuando murió mi padre, encontré las llaves y las guardé como recuerdo.

Fui paseando por La Concha.

La playa estaba abarrotada de gente, como suele pasar en agosto. La marea baja, el mar en calma.

Subí la cuesta de Miraconcha, disfrutando de la brisa.

Los tamarindos eran viejos conocidos.

Ahí estaba, está, El Resaca, un bar que en mi infancia me parecía muy caro porque iban los veraneantes de Madrid, aún recuerdo el olor a vermut y a gambas rebozadas que se escapaba de la puerta y de los ventanales abiertos, cuando el aita y yo pasábamos por allí al mediodía.

Estuve tentada de tomarme un vermut y una gamba rebozada en El Resaca a la salud del aita y volver a casa.

Duró poco la tentación, tenía que ir a Itsaso-Loreak y ese era el momento, luego iba a ser demasiado tarde, Santi solía llevar allí a sus conquistas al anochecer, a esa hora el escenario era perfecto para escenas de seducción y seguro que llevaría también a Sara.

La casa seguía cubierta por aquella manta de hiedra verde, gigantesca y devoradora, que me daba miedo.

Abrí la verja y el chirrido me pareció una advertencia de que no pasase.

Entré, Luka vino a recibirme.

El jardinero había estado hacía poco dando de comer a Luka, cortando la hierba y quitando malezas, todavía había pequeños montones de ramas y hierbas aquí y allá, e imaginé que, en cualquier momento, pasaría a recogerlas.

Así que me di prisa.

Ya iba a entrar en la casa, cuando oí que me llamaban.

Sorprendida y asustada, me di la vuelta para ver quién era.

Y me encontré con Jesusa, una antigua doncella. Luka corrió hacia ella moviendo el rabo y pidiendo carantoñas. Estaba claro que se

conocían, a pesar de que Luka llegó a la casa mucho después de que Jesusa se hubiese ido.

Jesusa había entrado a trabajar con los Fernández de Sosoaga poco antes de su boda. Fue para Santi una segunda madre. Doña Patricia, muchos días, se quedaba encerrada en sus habitaciones, para entonces yo sabía por qué. Jesusa mimaba a Santi y era su confidente.

Nos abrazamos, las dos estábamos contentas de vernos.

A sus setenta y cinco años tenía una aspecto magnífico y se lo dije, especialmente el cutis, parecía de porcelana.

Me contó que vivía con una hermana en la calle Matia, en el barrio del Antiguo, y que, algunas mañanas, se daba un paseo por el Palacio de Miramar y llegaba hasta Itsaso-Loreak, allí estaban los recuerdos de muchos años de su vida.

Me inventé una excusa para justificar mi presencia en la villa y le dije si quería pasar.

Aceptó sonriente, sin embargo, no sé por qué, tuve la impresión de que me ocultaba algo.

Entramos.

La casa era un fantasma.

Todo estaba quieto y en su sitio, como deja las cosas la muerte.

Fuimos directamente al salón.

Esperé algún comentario nostálgico de Jesusa ante aquellos muebles que a mí me parecían marchitos.

No, no dijo nada, solo pasó las manos por las teclas del piano de doña Patricia y sonaron varias notas, que pusieron una música extraña a aquel ambiente extraño.

Me senté en el gran sofá floreado de seda, detrás de ese sofá me escondí el día que fui testigo por primera vez en mi vida de un acto de violencia brutal.

Jesusa vino a sentarse conmigo.

–¿Cómo está Santi?

–Bien.

–Me enteré de que se casó, ¿es feliz?

Sonreí.

–No sé, creo que es difícil que Santi sea feliz.

Entonces, se le crispó la cara y se volvió altanera.

–Ese niño sufrió mucho, mucho.

Pensé que no tanto, pero me callé.

–Aquello fue muy traumático.

Eso sí me intrigó.

–¿Qué fue tan traumático?

Jesusa se dio cuenta de que yo no sabía nada y reculó.

–Nada, cosas de niños.

–Jesusa, cuéntame, por favor.

Dudaba.

Insistí.

–Puedes contarme lo que sea. Creo que soy su única amiga. Santi hace años que no está bien.

No se sorprendió.

–Ya lo sé.

Añadí.

–Bebe mucho, engaña mucho a su mujer, no es feliz.

Suspiró.

–Bueno, ocurrió algo que marcó a Santi para siempre.

–¿Qué pasó?

–Fue unos días antes de aquella tarde, ¿te acuerdas?, cuando viste cómo le pegaba el señor a doña Patricia.

Entonces, se me hizo la luz.

–¡Tú fuiste la doncella que le ayudó a levantarse!

Miró para otro lado, como si todavía se avergonzase de lo que vio.

–Sí y, también, te vi a ti escondida detrás de este sillón.

Estaba muy intrigada y le animé a que siguiera.

–Aquel día, algo grave debió pasar y la situación explotó. Oímos insultos, golpes y amenazas más fuertes que nunca, y ella le gritó que iba a pedir la anulación canónica del matrimonio, doña Patricia nunca hubiera pedido el divorcio, era muy católica. Todos nos temimos lo peor, un hombre como él no podía aceptar que su mujer le dejara. Yo estaba en la cocina con Santi y hasta allí llegó el ruido de los golpes, le tapé los oídos con mis manos para que no oyera, pero era imposible no oír. Y entonces don Santiago lo dijo bien alto: "¿La anulación?, ¿con quién quieres irte?, ¿con el que te hizo a ese crío enclenque, que dices que es mi hijo?". Después rompió algo, dio un portazo y se fue.

–¿Qué hizo Santi?

–Doña Patricia entró corriendo en la cocina, con la cara roja de la paliza, y fue a abrazarle, pero él se escapó llorando al jardín. Le dije a la señora que le dejara solo un rato, luego yo misma iría a buscarle. Cuando fui, le intenté convencer de que lo que había oído eran tonterías que los mayores dicen cuando se enfadan mucho, me escuchó tranquilo y me dijo que él le iba a demostrar a su padre que era su hijo y que no era un enclenque. Y así fue, desde aquel día, trató de imitar en todo a don Santiago y se fue distanciando de su madre.

–Santi nunca me lo contó.

Sonrió.

–Hubo muchas cosas que Santi nunca contó a nadie.

Tenía razón.

–¿Siempre se llevaron mal los padres de Santi?

–Cuando volvieron los señores del viaje de novios, todo parecía ir

bien entre ellos, doña Patricia siempre estaba contenta, cuidaba de sus rosas, tocaba el piano, pintaba más rosas y venían muchos amigos a cenar o a pasar la tarde. Pero, poco a poco, las cosas se fueron torciendo. El señor llegaba tarde por las noches y se comentaba que andaba con unas y con otras, hasta con algunas amigas de la señora, y empezaron las discusiones. Doña Patricia le solía plantar cara, ella era muy altiva…

Se quedó pensativa.

–Doña Patricia no se llevaba bien con nosotros, con el servicio, aunque te parezca mentira el señor era mucho más campechano.

No pude callarme.

–Igual era más campechano, pero lo que le hacía a su mujer no tiene nombre.

Ella aceptó, sin embargo ponía tantos peros que me resultó extraño.

–Yo no estoy diciendo que él se portara bien con doña Patricia, digo que ella también tenía sus cosas.

–Vosotros sabíais que le pegaba y ¿qué hicisteis?

Me miró sorprendida.

–¿Qué íbamos a hacer? Eran sus vidas. A nosotros nos tocaba trabajar y callar.

Como vio que yo torcía el gesto y ponía cara de no estar de acuerdo, siguió.

–Eran otros tiempos. A mí me enseñaron que los hombres mandan, y se acabó. En el caserío, trabajábamos en el campo, cuidábamos de los niños, preparábamos la comida, les servíamos a los hombres y, luego, nosotras comíamos de pie lo que quedaba. Eso ahora no se entiende, pero era así. Si el señor le pegaba a doña Patricia, sus razones tendría. Pero además, ¿qué hacéis vosotras? Te lo voy a decir, trabajáis fuera y dentro de casa, casi no veis a vuestros hijos, vais de un lado a otro con la lengua fuera, y, encima, a muchas les matan porque son desobedientes.

Me indigné.

–¿De verdad piensas que la situación de la mujer es hoy peor que la de antes?

–Ha mejorado, claro que ha mejorado, pero no tanto como parece. Los maridos, ahora, dan dos biberones y creen que ya han cumplido. Trabajáis sin horario, de casa al trabajo y del trabajo a casa. Y a muchas os siguen llamando tontas, locas, o lo que les parece.

Decidí no seguir hablando del tema, no quería enfadarme con Jesusa y notaba que me estaba irritando, en parte porque tenía algo de razón.

Cambié de asunto.

–¿Qué pasó cuando nació Santi?

–Casi un año después de la boda, doña Patricia se quedó embarazada. Fue un alivio, todos pensamos, como ella, que por fin las cosas iban a cambiar, te puedo asegurar que para el servicio no era agradable ver aquellas escenas. Y así fue por un tiempo, después, otra vez volvió a ser todo como antes.

Era una historia tan triste, que no sabía si quería seguir escuchando, mejor dicho, no quería seguir escuchando.

Pero Jesusa sí quería seguir contando.

–Nació Santi y doña Patricia se volcó en el hijo de una manera exagerada, no se separaba de él ni un minuto, convirtió a la criatura en una cosa blandengue y caprichosa. Y don Santiago acabó por no soportar al niño. Menos mal que la señora no estaba bien de los nervios y cada vez se ocupaba menos de Santi, entonces fui yo la que me encargué de él. El niño suspiraba por su padre, aunque él no le hacía ni caso, me costó mucho conseguir que don Santiago le prestara un poco de atención.

–¿Por qué no cumplió doña Patricia su amenaza de anulación?

–¿A dónde iba a ir?, mucho título y muchos aires, pero los suyos casi no tenían donde caerse muertos.

–Sabes muchas cosas de doña Patricia.

Sonrió con timidez.

–Bueno, me enteré por sus diarios, sé que está mal hacer esas cosas, pero los leí. La señora los guardaba en un cajón secreto de su cómoda y, a veces, los olvidaba en la mesilla.

Después, añadió con cierta picardía.

–Igual los diarios siguen ahí.

–¡¡¿Qué?!!

No lo podía creer.

–¿Cómo supiste que la cómoda tenía un cajón secreto?

–Cuando sirves en una casa, te enteras de muchas cosas.

Me levanté como un rayo para ir a buscarlos.

Pero Jesusa me detuvo.

–Te he contado todo lo que sé, ahora te toca a ti, ¿por qué has venido a la casa?

Y no le engañé.

–Hace unos días estuve con Santi. Estaba muy excitado. Me contó que se ha enamorado de verdad y que ella va a ser suya, aunque no le quiera. Después, me habló de su propia muerte. Y tuve un presentimiento, si le rechaza, es capaz de hacer una barbaridad. Seguro que se encuentran aquí y quería ver si Santi…

Me cortó.

–Guarda un arma, ¿verdad?

–Sí, estoy asustada, igual exagero.

Jesusa tenía los ojos húmedos.

–No, puedes estar tranquila, no hay ningún un arma, te lo puedo asegurar.

Tanta seguridad me resultó sospechosa, pensé que había demasiadas cosas que Jesusa sabía.

A pesar de todo, le dije que quería ver el despacho, de haber un revólver, seguro que estaba allí.

Jesusa tenía razón, por más que revolví en los cajones, no encontré nada. Sin embargo, me llamó la atención que los muebles, los libros, la alfombra del despacho, todo estaba muy limpio, como yo lo recordaba.

Volví al salón y le dije a Jesusa que alguien limpiaba el despacho.

Ella levantó los hombros sin ninguna sorpresa y pensé que ya lo sabía.

No quise indagar más y le pedí que me enseñara la cómoda con el cajón secreto, ojalá los diarios siguieran en su sitio.

Subimos las escaleras, que antes caracoleaban hasta el cielo.

En el dormitorio principal, el de los padres, había un jarrón con rosas frescas, alguien las había puesto allí hacía poco, eran amarillas como las que le gustaban a doña Patricia.

Jesusa quitó el jarrón y movió un poco la cómoda, luego manipuló algo detrás del mueble y se abrió un cajón en un lateral.

Me abalancé a mirar, había varios cuadernos de piel verde oscuro, eran los diarios.

Los cogí y le dije que me los iba a quedar.

No puso ninguna objeción.

Antes de despedirnos no me pude contener y quise saber.

–Jesusa, ¿limpias tú el despacho y pones rosas amarillas en el jarrón del dormitorio?

Jesusa lo negó rotundamente.

Nos despedimos, le pedí su teléfono y le di el mío, nos volveríamos a ver, aún teníamos muchas cosas que contarnos.

Y era verdad, aún había muchas cosas por contar, demasiadas, aparqué el recuerdo de mi primer encuentro con Jesusa y decidí viajar a Ursua, perderme un rato por allí.

La última vez que Juana se dio la vuelta en su montura para despedirse de su hermano, la fortaleza de los Gentein se había quedado muy atrás, ahora era pequeñita, y Bautista, apenas un punto en el horizonte recortado en lo alto de la torre.

Tristán, mientras cabalgaba, se moría de amor, quería volver a poseer a Juana antes de llegar a Ursua. Así que, cuando empezó a caer la tarde, paró la caravana y, con el pretexto de que Juana parecía cansada, les dijo a sus suegros que pasarían la noche en Baigorri, un

emisario avisaría al vizconde de Etxauz de su llegada.

Entre tamboriles, atabales, panderos, albokas, txistus y txirulas, continuaron el camino. Era una hermosa tarde de agosto, el agua del río cantaba cristalina lavando una y otra vez las piedras de su cauce y dejándolas tan brillantes como hermosas piedras lunares. La brisa mecía las ramas de los árboles, e invitaba al amor y al abandono. Juana estaba tranquila, su pecado no iba a ser descubierto, ya no temía por su vida, pero sí por su corazón, iba a vivir en el destierro con un hombre posesivo, arrebatado, sin control, la noche anterior había aprendido cómo era el que iba a ser su marido. Sin embargo el hijo, que esperaba, le compensaría de tantas penas.

Y Juana, con estos pensamientos, sonrió a Tristán, que aún se inflamó más y picó espuelas para llegar cuanto antes a Saint-Etienne.

Sobrepasaron Saint-Jean de Pied de Port, la villa era nueva, había sido fundada hacía no muchos años, sin embargo ya era próspera, se encontraba en el Camino de Santiago, y muchos comerciantes y artesanos se habían afincado allí. El castillo y la iglesia de Notre Dame du Bout du Pont estaban en construcción. La caravana dejó atrás el puente romano, sobre el río Nive, y, un rato después, divisaron la fortaleza de los Etxauz sobre una loma, dominando el pueblo.

Junto a la iglesia de Saint Etienne, con su puertecilla lateral ridícula, para que los cagots, los agotes de Baigorri, humillaran la cabeza al entrar o salir del templo, y su pequeña pila bautismal también solo de ellos para que se marcaran las diferencias desde el nacimiento, esperaban los vizcondes a sus invitados.

Hubo abrazos, risas y alegría en el encuentro.

Los de Etxauz alabaron la belleza de Juana y felicitaron a sus padres por aquella boda.

Luego, la comitiva se puso en marcha hacía el castillo.

Arriba había mucho ajetreo de criados, dando los últimos toques a los preparativos para recibir a huéspedes tan ilustres.

Los cagots de Saint Etienne, buenos músicos como todos los cagots, como todos los agotes, recibieron a los recién llegados con alegres sones, que se confundieron con los de los agotes de Ursua, organizando entre unos y otros hermosas melodías, que alegraron los corazones.

Una tropa de criados, sosteniendo antorchas, jalonaba el gran parque del palacio, que era donde se iba a celebrar la cena aquella noche cálida de agosto.

Enseguida, las fuentes de manjares fueron desfilando para contento de los recién llegados, que tenían hambre y estaban fatigados por el viaje.

La luna llena pintaba sombras.

Pasaron dos cuervos graznando, su vuelo, dibujado sobre la

hierba por los rayos de luna, se enredó entre las botas de Tristán de Ursua y, de nuevo, su mirada de bestia herida se posó en Juana, aquellos cuervos eran un mal presagio.

Comieron y bebieron.

Después, Tristán dijo a sus suegros que, otra vez, les pedía permiso para dormir con Juana.

Los padres aceptaron, estaban contentos, tanto desenfreno del de Ursua significaba que se había enamorado de su hija nada más verla, podían estar satisfechos, y, como la noche anterior, les dieron su bendición.

La luz de la luna entraba por la tronera de la habitación de Juana y Tristán, iluminando la estancia con una luz tan pálida como la muerte.

Tristán no dejó que la nodriza entrara y desnudó él mismo a Juana.

Y la amó, la amó, la amó, hasta que ella se durmió rendida.

Tristán contempló aquel cuerpo abandonado, que parecía aún más blanco a la luz de la luna llena.

Y la volvió a poseer aullando de placer, la quería así, dormida, muerta, solo suya.

Entonces, pasó.

Un rayo de luna iluminó los pezones de Juana, estaban henchidos, demasiado henchidos, oscuros, demasiado oscuros, iluminó, también, sus pechos llenos, demasiado llenos…

Y Tristán de Ursua adivinó la verdad.

Durante unos segundos, pensó en matar a Juana allí mismo con su propio cuchillo, destrozar aquel cuerpo hermoso que había sido antes de otro, pero, luego, se detuvo, gozaría planeando su muerte, moriría en Ursua, así su honor, su casa, quedarían limpios.

Salió de la alcoba y, descalzo y en camisa como estaba, corrió al jardín y anduvo por allí de un lado a otro, igual que el lobo hambriento al que han arrebatado su cabritilla, y es que Tristán pensaba, planeaba, lloraba de celos y de rabia.

La nodriza le vio desde su ventana y supo lo que había ocurrido.

Por la mañana, Juana se despertó contenta, había dormido un sueño largo y sin pesadillas.

Entró la nodriza para vestirle.

La mujer tenía el rostro desencajado.

Pero Juana no se dio cuenta.

La nodriza besó a su niña, sabía que era uno de los últimos besos que le iba a poder dar, después, simuló alegría, Juana no debía saber nada de lo que le esperaba.

Eran las siete y media, tenía que arreglarme para la cita con Telmo.

Cogí lo primero que encontré en el armario, unos vaqueros y una camisa blanca.

Iba a salir así, no tenía ganas de nada, pero, de pronto, pensé que Telmo se merecía algo más.

Elegí el vestido rojo fucsia, que llevé al Náutico en la última cita con Santi. No me lo había vuelto a poner, se estaba convirtiendo en un fetiche y decidí que era el momento de empezar a decir adiós para siempre a tantas historias viejas.

Me maquillé con cuidado, elegí unos pendientes grandes, bonitos y extravagantes, de piedras verdes, el color de la esperanza que yo necesitaba.

Cuando llegué a Las Vegas, Telmo me estaba esperando en la barra y supe por su sonrisa que me había encontrado guapa.

No quise tomar nada y le propuse dar un paseo por la Zurriola.

El mar estaba bravo y una bandada de surfistas peleaba con las olas.

De pronto, Telmo se paró y volvió a la pregunta que le obsesionaba.

–¿Le quieres todavía?

–Ya te dije que no

Sonrió, no me creía.

–De verdad, no es lo que te imaginas.

Telmo me cogió de los hombros para que le mirara de frente.

–¿Hay algo que yo no sé?

Fui sincera.

–Siempre hay algo.

–Cuéntame.

–No me preguntes, está todo demasiado cerca.

Vi que iba a insistir.

–Telmo, por favor, necesito estar contigo, charlar de tonterías, disfrutar un poco, todo esto pasará, dame tiempo. Lo que te tengo que contar no tiene nada que ver con nosotros, tiene que ver con mi pasado, y esa puerta todavía no se ha cerrado, pero sé que se cerrará.

Tardó en contestarme.

–De acuerdo.

Le di un beso largo.

Me cogió por la cintura y seguimos andando así hasta la escultura de *La Paloma de la Paz* de Néstor Basterretxea, la paloma viajera, en 1988 se inauguró en el Paseo de la Zurriola, después voló al barrio de Amara, y, por fin, volvió a casa, frente al mar.

Poco a poco, me fui sintiendo mejor y él también.

Cenamos en la Bodega Donostiarra, ensalada de pimientos del piquillo asados a la leña, y tortilla de patata y chorizo, cené con tanto apetito, que Telmo me miraba comer divertido, luego hablamos de él y de mí.

Esta vez acepté ir a su casa.

Hicimos el amor, era la primera vez, nuestra primera vez.

Empezamos con timidez, parecíamos dos adolescentes, después,

vencimos el dolor de historias viejas, y nos quisimos mucho, estrenamos caricias, estrenamos abrazos, estrenamos amor, estrenamos pasión.

Me desperté pronto, Telmo roncaba suavemente a mi lado. Me iba a levantar para preparar el desayuno y él me abrazó, la luz de la mañana se colaba por las rendijas de la persiana y aquella luz me dijo que empezaba a haber un hueco en mi vida para sueños bonitos, que también hay que ser valiente para buscar la felicidad, y me entraron ganas de llorar, entonces, le pedí a Telmo que me abrazara otra vez. Y allí, acurrada en sus brazos, me sentí fuerte, alegre, era hora de dejar atrás el pasado y de enfrentarme a un futuro nuevo, a un futuro bueno.

Volví a casa.

El día iba a ser largo y presidido por la muerte.

A las once era la incineración de Santi, a las cuatro el entierro de las cenizas, a las siete funeral en el Buen Pastor, la catedral.

No tenía mucho tiempo.

Me vestí negro con negro y pensé en lo que iba a decir en el funeral. No, no iba a hablar de Santi, no quería disfrazarle de hombre bueno. Hablaría de Izaskun, de que siempre estuvo ahí para sostenerle, de que fue el refugio de un Santi roto por dentro, herido desde niño, de ese otro Santi que nadie quería ver. Sí, hablaría de Izaskun, que había soportado con valentía humillaciones y dolor, que le había querido tanto aunque no se lo merecía, que había sido su única amiga, su víctima dócil y obediente. Luego, que pensase cada cual lo que le diese la gana. Mi discurso no iba a gustar a muchos, y quizás ni hasta a la propia Izaskun, pero así iba a ser.

Cuando llegué al tanatorio de Rekalde, ya estaban allí todos los parientes de Santi. Izaskun, ahora, no era la reina de la fiesta, como la víspera. Encogida por la pena, me pareció más pequeña que nunca. Le abracé muy fuerte y le dije al oído que todo acabaría pronto, que estuviese tranquila. Me cogió de la mano y me dijo que me sentara a su lado. A nuestra derecha, estaba el ataúd de Santi, no sé, por un segundo sentí su presencia, como si él también estuviera sentado con nosotras, escuché sus risas y las mías cuando jugábamos en Itsaso-Loreak, le vi en la penumbra del Dickens preguntándome “¿Seré como mi padre?”, sentí su olor, su amor y su violencia.

Entró un sacerdote y el fantasma de Santi desapareció.

El cura fue breve, dijo solo unas palabras cariñosas para la viuda, se lo agradecí.

Después, el ataúd se fue tras una cortina, como en una obra de teatro.

Había que esperar dos horas para recoger las cenizas.

Izaskun se quedó allí con los parientes, iban a comer en la cafetería del tanatorio.

Yo, con el pretexto de que tenía que pasar por la revista, me fui, quería descansar un poco.

Tuve suerte y aparqué el coche cerca de casa.

Y entonces sonó el móvil.

Era Sara.

Después de aquella noche, no había vuelto a hablar con ella, casi la había olvidado, la angustia y la tristeza de Izaskun no dejaban resquicio para nada más. De hecho, pensaba que igual se había ido ya a Barcelona.

Quería verme, teníamos que hablar.

Quedamos en la cafetería del pasadizo de San Marcial, al lado de la Fnac.

Me senté a esperarle.

No tardó mucho.

Sonreí.

Algunos de los de la barra se dieron la vuelta para mirarle, como decía Adriana, era francamente guapa.

Pedimos dos ensaladas Arzak y dos crianzas.

–Pensé que ya no estabas aquí.

–Bueno, Adriana Arruabarrena vino al Niza y me dijo que era mejor que no me moviera de San Sebastián hasta ver el resultado de la autopsia, se trataba de un caso claro, pero había que cumplir el protocolo. Luego, comentó que me había visto en una fotografía de tu casa, le hizo mucha gracia saber que nos conocíamos.

–Yo creo que, antes de venir a mi casa, conocía tu amistad con Izaskun.

Se rio.

–Soy una ingenua.

–¿Qué vas a hacer ahora?

–Voy a quedarme un poco más en Donosti, pedí unos días libres y voy a aprovecharlos. Dejaré el hotel y buscaré una pensión más económica. Me gusta estar aquí, aquí me crié, tengo amigos y muchos recuerdos.

Le hice una proposición, después de lo que habíamos vivido juntas, me sentía culpable por no haberme acordado de ella.

–Puedes venir a mi casa, tengo sitio.

Vi que dudaba y cambié de tema para darle tiempo a pensar.

–¿Cómo conociste a Santi?

–Desde que dejé el instituto, no me he movido de Barcelona, llevo ya tres años trabajando en el Zurich, está en la Plaza de Catalunya, igual lo conoces. Un día entró Santi y, en cuanto me vio, vino a por

mí, la verdad es que me sentí halagada, era guapo, elegante, se notaba que manejaba dinero. Quedamos después del trabajo. Me dijo que estaba en trámites de separación de su mujer. Esa noche, y las tres siguientes, me llevó a los sitios más caros de Barcelona, me compró ropa, me sentí como Julia Roberts en *Pretty Woman*.

Ese era el estilo de Santi.

–Pero enseguida me di cuenta de cómo era. Llevaba demasiados años deambulando por cloacas para no poder desenmascarar a ese tipo de hombres, no había más que fijarse en su mirada turbia, sus gestos, las bromas ácidas, la forma prepotente de cumplir todos mis caprichos, de hacerme saber que me iba a pasar factura de alguna manera. Así que unos días después, se lo dije, no le quería engañar, me lo estaba pasando muy bien, pero, por mi parte, no iba a haber nada más. Me sorprendió su angustia mientras me escuchaba y supe que su amor era enfermizo. El último día, él volvía a San Sebastián, me pidió que viniese a pasar aquí con él el fin de semana, me rogó, me suplicó que aceptase, después, si yo quería, desaparecería de mí vida. Y acepté. Lo demás ya lo sabes.

Me creí su historia.

Sara, la mujer inalcanzable, dura, fuerte, baqueteada, había atrapado el corazón de Santi.

Y cumplí la promesa que le hice a Santi.

–Santi, unos días antes de suicidarse, me dijo que, si le pasaba algo, te diese un puñado de sus cenizas para que las llevases siempre en el bolso.

Sara hizo un rictus de rechazo.

–¿Las has traído?

–No, pero, si tu quieres, puedo dártelas, todavía estoy a tiempo, aunque supongo que esas decisiones se tienen que tomar entre dos.

Me miró aliviada.

–No, no quiero llevar las cenizas de Santi en el bolso.

Yo también sentí alivio.

Luego, cambié de tema, aquel era demasiado siniestro.

–¿De qué hablaste con Adriana?

–Me preguntó si discutí con Santi en la villa aquella tarde, parece que el jardinero, o no sé quién, escuchó algo. Luego, quiso saber cómo era nuestra relación.

Le conté lo de Adriana y el estudio que estaba escribiendo.

Sara puso cara de interés.

–No sé qué dirá Izaskun, pero debería colaborar y nosotras también, conocer la experiencia que hemos vivido puede ser útil a otras mujeres.

Estuve de acuerdo.

–Ya te habrás dado cuenta de que Adriana es una especie de

bruja, ¿te preguntó por Izaskun, por vuestra amistad?

Ahora, se rio divertida.

–Sí, está convencida de que Izaskun y yo fuimos más que amigas en el instituto. Le expliqué que solo hubo amistad, una amistad exaltada, como a veces suele pasar a esa edad, pero nada más. Creo que, al final, me creyó.

Después le volví a hacer la proposición de antes.

–Ven a casa, en la pensión vas a estar muy sola.

Y aceptó.

Empezaba un nuevo acto en nuestra historia.

El cierre del caso y el funeral de la tarde ponían punto final a la vida de Santi. Ahora nosotras tres teníamos que recomponer la nuestra. No iba a ser fácil para Izaskun, pero le ayudaríamos.

Llegué un poco tarde al cementerio de Polloe, la losa ya estaba abierta. Izaskun sostenía la urna funeraria, parecía pesada, era de bronce, tenía grabadas una fila de palomas blancas ascendiendo hacia el cielo, luego me dijo Izaskun que era de Kara Kane, un bronce que se utiliza en Japón para campanas y orfebrería. No sé por qué se le había ocurrido a Izaskun elegir aquella urna, pero, para mí, tenía un valor simbólico, esas palomas eran las palomas de Ursua, las de mi sueño, que volaban, por fin, libres.

Después de la ceremonia acompañé a Izaskun a casa y le entretuve como pude hasta las siete, que era el funeral.

Al entrar en el Buen Pastor vi a Adriana, me hizo un gesto de saludo con la mano.

La conciencia de que el funeral era el último acto de la vida de Santi me daba paz y, además, tristeza por lo que podía haber sido y no fue, Santi fue mi amigo y Santi, también, fue mi enemigo.

De pronto, tenía la sensación de que había pasado lo que tenía que pasar. No sé, parecía que todo estaba escrito, que habíamos sido marionetas de un destino maligno empeñado en conducirnos a aquella tragedia, por eso me llevó aquel día el aita a Itsaso-Loreak cuando era una niña, por eso Santi se había casado con Izaskun, por eso Izaskun y Sara habían sido íntimas en el instituto, y solo por eso, cuando Santi conoció a Sara, supo que había llegado el final.

El Buen Pastor estaba lleno de gente. Los Fernández de Sosoaga eran muy conocidos y Santi tenía muchos amigos. Izaskun, otra vez, era la viuda doliente y altiva.

Cantó el coro y sonó el órgano, yo volé con la música a una dimensión en donde solo reinaba la paz.

Fue entonces, allí, tan lejos, cuando me despedí definitivamente de Santi, cuando le dije por fin adiós. En el Náutico le prometí que, si

pasaba algo, le recordaría como cuando éramos niños. Esa promesa ahora me resultaba muy difícil de cumplir, pero si colaboraba con Adriana, si conseguía que Izaskun hablase con ella, todo sería más sencillo, habríamos burlado al destino, porque, al menos, nuestro relato serviría para algo y, entonces, llegaría el día en que podría acordarme del Santi niño sin remordimientos.

Mi discurso de despedida no gustó a algunos, vi desde el altar cómo se miraban y se sonreían con mala intención.

A la salida del funeral, busqué a Adriana. Ella también me estaba buscando a mí, quería preguntarme si, al día siguiente, podía venir a vernos, ya sabía que Sara estaba en mi casa.

Me reí, Adriana siempre se enteraba de todo.

Le dije que sí.

Esa fue la primera noche que dormí bien después del suicidio de Santi.

Todo había terminado.

Y ahora empezábamos una nueva etapa.

Capítulo 6

Me levanté pronto sin hacer ruido para no despertar a Sara y me puse a navegar por el siglo XIII.

La comitiva dejó la fortaleza de Etxauz con el sol muy alto, casi era mediodía. Hacía mucho calor. Los vizcondes acompañaron a sus huéspedes hasta la iglesia de Baigorri y allí les despidieron.

Juana estaba contenta. Iba a ser fuerte por aquel hijo que esperaba. Viviría en la cárcel de Ursua con sus siete ventanas bien alineadas, *zazpi leiho, zazpiak lerro-lerro*, pero no se iba a dejar

dominar por la pena, el niño crecería feliz. Sí, estaba decidida, le daría a Tristán todo lo que él le pidiera.

Soplaba el viento sur siempre tan caliente, los criados de Tristán miraban hacia atrás de vez en cuando para controlar a los agotes, todo el mundo sabía que, con los grandes calores, cuando soplaba el viento del mediodía, los labios de esas gentes, sus glándulas yugulares y la pata de pato, que tenían de nacimiento marcada en la axila izquierda, se inflamaban y despedían un olor nauseabundo. Además, el viento sur les volvía locos, podían huir hacia ninguna parte o, incluso, podían cometer una acción infernal.

Tristán cabalgaba absorto en sus pensamientos. El sudor se le escurría desde la frente hasta los ojos y parecía que lloraba. Juana quiso ser amable y le dio su pañuelo, pero él lo rechazó, la mirada del de Ursua era febril, era la de un hombre enfermo de peste.

Antes de empezar a bajar el puerto de Izpegi, la caravana hizo un alto, las damas necesitaban beber agua y descansar un poco bajo alguna sombra. La nodriza corrió a ver cómo se encontraba Juana. Pero Tristán de Ursua se interpuso entre las dos y, de un empujón, apartó a la anciana de malas maneras.

Los padres de Juana, que estaban cerca, se quedaron sorprendidos y preocupados. Tristán no se disculpó y, sin decir ni una palabra, dio media vuelta y les dejó allí con su hija. La madre enseguida quiso quitar importancia a lo que había ocurrido y comentó, entre risas que resultaron forzadas, que era el viento sur, acababa trastornando a todos. La gente de Ursua, que le oyó, sonrió maliciosamente acordándose de la historia que se contaba sobre los oscuros orígenes del amo, que bien podría ser un agote.

Entonces, Juana le pidió a la nodriza que le acompañase a pasear un poco, la actitud de Tristán le había dejado inquieta.

Y se fueron las dos.

–Nodriza, ¿qué está pasando?

La mujer intentó tranquilizarle.

–Nada, nada, estará nervioso por el calor.

Pero Juana había sentido el aliento frío y pestilente que salía de la boca del de Ursua, aquel aliento helado, a pesar de su rostro sudoroso, a pesar del viento sur, era un mal presagio, venía del último círculo del Infierno, en donde Satán reina en majestad hundido en las entrañas más frías de la tierra.

Juana insistió.

–Nodriza, dime qué está pasando.

Y la nodriza le volvió a mentir.

–Escúchame, si ocurriera algo, que no tiene por qué ocurrir, huiremos tú y yo de Ursua. Tu hermano Bautista lo ha organizado todo.

–Pero, ¿adónde?

–Nos iremos a la Guyenne, a las Landas, está cerca. Allí tengo parientes que nos acogerán, luego Bautista nos dirá qué debemos hacer.

Juana sintió que su corazón se estremecía.

–¿Qué le pasa a Tristán?

–No lo sé, le habrá alterado el viaje.

Después la nodriza se rio para parecer contenta.

–Son cosas de hombres, a veces se alteran y ni ellos mismos saben por qué.

Juana confesó.

–Es un hombre brutal, me da miedo, quiere poseerme como el diablo posee las almas de los endemoniados, tenerme cautiva, que sea su presa y retenerme entre los dientes sin soltarme nunca.

La nodriza tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para no echarse a llorar.

–Lo sé, lo sé, pero estate tranquila, yo y Bautista cuidaremos de ti. No me voy a mover de tu lado.

Juana pareció tranquilizarse.

Volvieron a la caravana.

Tristán les vio llegar, la mirada perdida, el rostro encendido, tenía razón Juana, pensó la nodriza, no era un hombre, era un diablo, era una fiera acechando a su presa.

Oí a Sara abriendo y cerrando armarios en la cocina, buscaba algo, dejé Ursua y fui a darle los buenos días.

Me la encontré allí en camisón, subida a una banqueta y cogiendo una fuente grande de horno, que se me había olvidado que la tenía.

Hasta recién levantada estaba guapa y se lo dije.

–Ya lo sabía.

Esa fue su única respuesta y lo decía de verdad.

Nos reímos las dos.

Por fin, bajó de las alturas y me comunicó con aires de reina.

–Si me quedo aquí, me encargaré de las comidas.

Me dio pereza protestar y acepté.

Volví al trabajo, pero unos segundos después, sonaba el interfono, allí estaba Adriana.

Entró Adriana y se fue, como siempre, directamente a la cocina.

Sara estaba haciendo la lista de lo que iba a comprar para preparar una escalibada, que, según nos dijo, la iba a acompañar con salsa romesco.

La inspectora, para mi sorpresa, aunque, la verdad, cada vez empezaba a sorprenderme menos aquella mujer, se interesó mucho

por la escalibada.

–¿Cómo la haces?

–Como se hacen las escalibadas, con tomates, pimientos, berenjenas, cebollas, aceite de oliva, sal, lo normal. A falta de brasas, ya sabes que escalibar quiere decir rescoldos de brasas, la hago en el horno y queda muy rica.

Asintió.

Luego, con la misma seriedad con la que hablaba de los casos policiales, comentó:

–De todas maneras, la salsa romesco no suele acompañar a la escalibada.

Estaba visto que sabía de todo.

Sara utilizó tono de cocinera profesional.

–Si no te importa, la salsa romesco puede acompañar a la pasta, al arroz, al pulpo, y, por qué no, a la escalibada. Al fin y al cabo, lleva tomates maduros, ajo, ñoras, avellanas y almendras tostadas, pan, aceite de oliva, vinagre y, si quieres, pimentón dulce y guindillas, o sea, unos ingredientes que van bien con muchos platos.

Adriana era, además, muy terca.

–Ya, pues no estoy de acuerdo. La salsa romesco solo acompaña a la xatonada, la ensalada de escarola con bacalao, atún, anchoas y aceitunas o los calçots, las cebollas tardías de Lleida.

–Te equivocas.

Vi que se iban a enzarzar en una discusión sobre la dichosa salsa y puse un poco de orden, tenía curiosidad por saber qué tipo de preguntas nos iba a hacer Adriana.

La inspectora me hizo caso, se sentó y nos mandó que hiciéramos lo mismo.

Luego se olvidó de la salsa romesco, y sin cambiar de cara, ni cambiar de tono, fue rotunda.

–¿Qué pasó aquella noche? ¿Por qué estabais las tres en Itsaso-Loreak?

Sara le contestó.

–La verdad es que sería mejor esperar a que Izaskun estuviera también aquí. Así podrías conocer los tres relatos y contrastarlos.

Adriana puso cara de resignación.

–Pero hay algunos datos que sí me podíais aclarar vosotras.

Me pareció que me miraba con una cierta ironía.

–La cómoda de la madre de vuestro amigo tiene un cajón secreto, ahí guardaba la señora de Fernández de Sosoaga sus diarios, pero ahora está vacío.

–¿Cómo has sabido que la cómoda tiene un cajón secreto?, está muy escondido.

–Vuestro amigo Santi tenía una copia de los diarios de su madre y

en esos diarios ella cuenta dónde los guardaba.

Adriana se rio.

–¿O sea que la que ha cogido esos diarios de la cómoda has sido tú?

–Sí y no, me los dio Jesusa, la doncella.

–Ya, ya sé que Jesusa y tú os encontrasteis en Itsaso-Loreak.

Le dije la verdad.

– Sí, yo tengo los diarios, pero aún no los he leído, no he tenido tiempo, han pasado demasiadas cosas en los últimos días, además, me traen malos recuerdos, me da miedo entrar en la dolorosa intimidad de aquella mujer, que fue muy buena conmigo. Supongo que los habrás leído o los leerás, porque ahí vas a encontrar otro caso para tu libro.

Pero eso Adriana ya lo sabía.

–Está bien, esperaré a que Izaskun se anime a hablar conmigo.

Y, entonces, vi con claridad que debíamos hablar y que aquel era un buen momento, no había por qué esperar más.

–Quédate a comer con nosotras. Izaskun vendrá ahora, supongo que no le hará ninguna gracia verte, pero, al final, igual entre las tres le convencemos de que es bueno que contemos lo que pasó y, después, quién sabe, hasta se anima a hablar contigo.

Adriana me sonrió agradecida.

–En ese caso, Sara, voy a ser tu pinche, ya verás qué escalibada más rica hacemos entre las dos.

Sara suspiró resignada.

Les dejé allí con su trajín culinario y decidí correr los puentes para relajarme, además iba a hacerle una visita a Telmo, nos habíamos despedido deprisa, quería que supiera que estaba contenta de haber pasado la noche con él.

Hacía un día precioso.

Fui andando hasta la Zurriola, era difícil correr entre calles, había mucha gente, las aceras estaban tomadas por manadas de turistas, que iban detrás de un guía con un paraguas o algún extraño artilugio, siempre muy alto, como los pararrayos.

Ya en el Paseo de la Zurriola, todo fue más fácil.

Corrí, corrí y corrí, hasta Monpas, luego, di la vuelta y fui hasta el antiguo Puente de Hierro, volví por Cristina-enea, allí agradecí la soledad y la visión fresca del jardín, que es magnífico, seguí por Duque de Mandas, otra vez el Paseo de Francia y llegué a la oficina jadeante.

Esperé un poco para recuperarme y subí.

Como Telmo estaba reunido, eso me dijo Elena, la recepcionista, le dejé una nota romántica y me fui. Antes de acabar de bajar las escaleras ya me había arrepentido de haber sido una cursi, pensé en

subir y decirle a Elena que rompiera la nota, pero decidí que no, había escrito eso porque me lo pedía el cuerpo, iba a empezar a ser valiente.

Entré en casa y olía a cobijo, a refugio, a comida rica.

Me fui directamente a la ducha y, mientras me dejaba acariciar por el agua, empecé a pensar cuál sería la mejor manera de convencer a Izaskun para que colaborara en el estudio de Adriana.

No me dio tiempo de pensar mucho, un timbrazo me anunció que Izaskun ya venía, se había adelantado.

Salí de la ducha y me vestí corriendo, el encuentro entre Izaskun y Adriana podía ser una batalla campal, Izaskun iba a pensar que le habíamos preparado una encerrona.

Y así fue.

En cuanto vio a la inspectora, se desataron las furias.

–¡¿Qué hace ésta aquí?!

Sara y yo intentamos calmarla.

No hubo manera.

–¡Ya he dicho que yo no tengo nada que contar!

Se dio media vuelta y se dirigió a la puerta con tanto ímpetu, que sus pasos sonaron casi igual que las botas Martens de Adriana, y eso que no llevaba punteras metálicas en los zapatos.

Fue Adriana la que le detuvo.

–No te vayas, la que me voy soy yo, no es mi intención que os enfrentéis por mi culpa. Pero quiero que sepas que tu testimonio es importante, ahí fuera hay muchas mujeres que no se atreven a hablar y les podrías ayudar.

–Yo no soy una de esas mujeres, a mí Santi me quería, me necesitaba…

Adriana fue implacable.

–Por ese Santi, que dices que te quería, perdiste a tu hijo, ¿cuántos niños tienen que morir para que tú pierdas el miedo y la vergüenza?

Miré a Izaskun, estaba muy pálida, se tambaleaba, pensé que se iba a desmayar. Me acerqué para sostenerle. Pero me había equivocado, me apartó de un manotazo y por poco me tira al suelo.

Luego, durante un rato que se me hizo eterno, nos miró a las tres con una ira salvaje sin decir palabra.

Por fin, habló.

–Está bien, queréis saber cómo fue mi vida con Santi, os la contaré.

Después, se dirigió a Adriana.

–Quiero que sepas que yo no voy a colaborar en ningún estudio y que lo que cuente aquí no vas a poder utilizarlo.

Adriana le aseguró que sería así.

Y se fue al salón haciendo, otra vez, mucho ruido, nosotras le

seguimos acompañadas de las Martens de Adriana con sus alegres clac-clac-clac, y pensé que tanta competencia en la bulla no ayudaba nada.

Y allí, en el salón, Izaskun arremetió primero contra Sara.

–Dime, ¿cómo pudiste irte con Santi? ¡Fuimos amigas! A veces me parece que me voy a volver loca, ¿cómo pudiste hacerme eso?

Sara no le contestó, estaba preparando la mesa y siguió poniendo el mantel blanco, la vajilla de mi madre, copas y unas flores en el centro de la mesa, que había comprado en el mercado de la Bretxa. Seguí sus movimientos y por un momento me olvidé de Izaskun, no sabía cómo había encontrado todo aquello. La vajilla y el mantel los guardé en su día y no los había utilizado nunca.

Volví a Izaskun, estaba allí sentada, oscura y silenciosa, sin embargo en aquel momento tuve la intuición de que ya no aguantaba más, necesitaba escupir toda la miseria que le asfixiaba, por eso había aceptado contarnos su vida con Santi.

Y empezó, otra vez, a hablar con amargura.

–No te importó romper una pareja, ¿sabías que yo era su mujer?

–¡Claro que no! Santi me dijo que estaba en trámites de separación, pero nunca me dijo tu nombre.

–¡Santi no te pudo decir eso!

Y empezó a llorar.

Se calmó un poco y, luego, continuó.

–¿Qué vio en ti?

Sara sonrió.

–Que no le quería, que nunca le iba a querer.

Y pensé que era la verdad.

–Le gusté y, enseguida, se dio cuenta de que yo no iba a ser fácil. Me convertí en un deseo imposible, inalcanzable.

Izaskun ya no lloraba, escuchaba atentamente.

Adriana se había vuelto invisible, no parpadeaba, no se movía, sus botas Martens parecían silenciosas almohadillas de gato, y pensé que era muy lista, porque era lo que tenía que hacer.

Sara siguió.

–Yo ya había conocido a muchos como él, infelices, inseguros, egoístas, frágiles y violentos. Nunca me iba a enamorar. Pero a Santi eso no le importaba, al revés, le atraía aún más la idea de que me quedase con él sin quererle, de que sucumbiese a su dinero, de que me dejase comprar, esa iba a ser su manera de dominarme. Yo sería su puta y él, mientras me sujetaba con una cadena muy corta, jugaría a ser mi esclavo, a intentar conseguir mi amor.

Izaskun carraspeó, le temblaba la voz.

–Pero hicisteis el amor y seguro que te amó como nadie te había amado nunca.

Luego miró a Sara suplicante, quería que Sara lo negase, aunque fuera mentira.

Pero Sara le dijo la verdad.

–Sí, hicimos el amor. Sin embargo no era un gran amante, no sabía amar sin rabia, se odiaba a sí mismo, se daba asco cuando se miraba por dentro. Santi quería que yo fuera solo un instrumento, la herramienta que le sirviera para jugar a ser como se soñaba, la pantalla que le ocultase el pobre hombre que era, igual que hizo contigo y que había hecho con muchas, conseguirme iba a hacer que sus sueños de hombre fuerte le parecieran más reales. Pero me negué a aquel juego de poder, él no era mi amo y tampoco quería que fuese mi esclavo, no iba a colaborar en su farsa.

Izaskun se puso furiosa.

–¿Entonces a qué viniste? ¿Por qué no le dejaste? ¡Ahora estaría vivo!

Sara asintió.

–Tienes razón. Me lo rogó tantas veces, que acepté, dijo que sería nuestra despedida y que no se lo podía negar.

Después, miró fijamente a Izaskun.

–Te voy a decir la verdad. Te conozco muy bien, como tú a mí, fuimos amigas y sé lo que te pasa. Izaskun, has tenido miedo, mucho miedo y mucha vergüenza, te has negado a ti misma la siniestra realidad que estabas viviendo, porque te daba terror enfrentarte a él, porque sabías que era capaz de matarte en un arrebato, además, denunciar tu situación suponía que la gente supiera lo que te estaba pasando y eso te avergonzaba, te humillaba. Pues, gracias a mí, ese infierno se ha acabado, ¿me entiendes?, puedes ser libre otra vez, pero no te vas a liberar nunca si no aceptas todo lo que pasó, todo lo que te pasó mientras conviviste con Santi, solo así podrás perdonarte.

En aquel momento vi que Adriana había dejado de ser una estatua y cabeceaba dándole la razón a Sara.

Izaskun se quedó callada un rato, mientras unos lagrimones gordos y silenciosos le caían por las mejillas.

Después, empezó a contar.

–Conocí a Santi en Loewe, vino a la tienda.

Estaba nerviosa y dije riéndome:

–Fue a comprar un pañuelo para una de sus conquistas.

Mi comentario idiota no les hizo ninguna gracia.

Izaskun siguió.

–Sí, le gusté en cuanto me vio. Y, como hacía siempre, empezó las maniobras de cortejo. Se pasaba por la tienda con cualquier pretexto y estábamos un rato charlando. Algunos días, venía cuando terminaba mi turno y me invitaba a tomar algo en el Iturrioz, hasta que una tarde me propuso formalmente que saliera con él. Fui mucho más

tonta que Sara, no vi los juegos de prestidigitación que hacía para parecer generoso, valiente, cariñoso, en ningún momento pensé que me engañaba, que había otro Santi agazapado, dispuesto a saltar sobre mí, le creí y me enamoré como nunca me había enamorado, era el hombre de mi vida. Desde el primer día, hubo restaurantes caros, regalos caros, ropa cara y amor en su velero. Cuando me propuso que nos casáramos dije que sí y me eché a llorar de alegría. No me importó que me obligara a dejar la tienda y que no me dejara estudiar, tampoco me importó que controlase la ubicación de mi móvil para saber en todo momento dónde estaba, ni que, medio en broma, medio en serio, revisara mis llamadas y mis mensajes casi todos los días y hasta eligiera mi ropa, creo que todo eso me hizo ilusión, en fin, me parecía que aquel control era porque estaba loco por mí, no me di cuenta de lo que pasaba y me fue cercando, cercando, hasta que me metió en la jaula y echó la llave. El viaje de novios fue un sueño, París, Nueva York, Japón, para terminar en las islas Maldivas…

Sara le cortó.

–Y el infierno empezó al llegar aquí.

–Sí.

Izaskun bajó la cabeza, luego habló sin mirarnos a la cara, avergonzada.

–Una noche, sus padres nos dijeron que fuéramos a cenar a Itsaso-Loreak. Santi llegó tarde, había bebido. Yo ya estaba vestida. Entonces, me miró y soltó una risotada "¿Adónde vas vestida de monja?", al principio no le entendí, "Anda, cámbiate y ponte algo que le alegre el ojillo a mi viejo, será divertido".

Izaskun se calló y respiró hondo para no llorar.

Luego, siguió.

–Y le hice caso, me dije a mí misma que era solo una broma y que no podía ser una estrecha. Así que me cambié, me puse un vestido verde, escotado, corto, que sabía que le gustaba a Santi. Cuando volví, me miró satisfecho, se acercó y me besó en el cuello, en la nuca, en la espalda, me arrugó el vestido buscándome los pechos y, allí mismo, hicimos el amor. Me puse contenta, esta vez lo estaba haciendo bien. Cuando terminamos, solo comentó: "Ese cabrón no va a ser hoy el primero en comer del plato".

Me indigné.

–¿Qué le dijiste? ¿No te diste cuenta de lo que iba a pasar?

Me miró con tristeza.

–No me hizo gracia el comentario, pero ya te he dicho que estaba contenta. Acabábamos de hacer el amor y me repetí mil veces que era una broma, nada más que eso, y que yo tenía que hacer todo muy bien para que Santi estuviera orgulloso de mí.

No, no podía comprender lo que nos estaba contando.

–Cuando llegamos, vinieron los padres a recibirnos y sentí las manos de mi suegro recorrerme la espalda lentamente, mientras me daba el beso de bienvenida. Y también vi la sonrisa satisfecha de Santi y el gesto que me hizo, diciéndome que estaba magnífica.

Sara comentó con amargura.

–Le estaba dando palmaditas a su caballo.

De pronto, tuve una curiosidad.

–¿Y tu suegra?

–Se dio cuenta de todo y miró para otro lado.

Me dieron ganas de gritar, pero me contuve.

–Durante la cena, mi suegro no me quitaba los ojos de encima y me dedicaba piropos, alguno subido de tono. Santi se reía a carcajadas, se lo estaba pasando en grande. Y yo me sentía orgullosa de mi actuación. Cuando terminamos de cenar, Patricia dijo que estaba cansada y se fue a la cama. Entonces pasamos al despacho, ellos se sirvieron unas copas, a Santi ya le patinaba bastante la lengua. Y, en algún momento, dijo que se iba al jardín y me dejó allí con su padre.

Le pedí que se callara, no quería saber más.

Adriana me lanzó una mirada furiosa.

Pero Sara le animó a seguir contando.

Izaskun se dirigió a mí.

–No te asustes, no me hizo nada, solo me toqueteó, me manoseó, me babeó encima, nada más.

Luego, cerró los ojos, no quería vernos.

–Pero cuando llegamos a casa Santi estaba muy bebido, fue mi primera paliza, dijo que era una puta, que había estado provocando a mi suegro, y me dejó tirada en el suelo al lado de la cama, no era digna de dormir con él después de haber seducido a su padre. Pasé allí toda la noche sin atreverme a mover un dedo, estaba aterrorizada.

Hizo una pausa y nos volvió a mirar despacio una a una, quería descubrir qué pensábamos, saber si también nosotras, como Santi, le considerábamos una puta, si sospechábamos, también como él, que en el fondo le había gustado ese juego, si creíamos que lo había provocado ella misma, si nos parecía que era una pobre loca depravada, si…

Le abracé.

Oí la voz de Adriana.

–Izaskun, tú eras una víctima, nada más. Santi había hecho un buen trabajo, te había convencido de que no valías nada, de que él era un pobre sufridor que tenía que aguantar tu falta de capacidad, tus torpeza, así que se lo debías todo, y más te valía obedecer y cumplir hasta el último de sus caprichos, incluso aquel tan aberrante de entregarte a su padre. Sin embargo, la única verdad era que aquella

noche se odiaba a sí mismo por haber provocado todo aquello e, incapaz de soportar los remordimientos por lo que había hecho, se convenció de que la única culpable eras tú.

Sara comentó.

–No sé por qué, pero Santi vivía obsesionado con su padre. Mientras estuvo conmigo no paraba de hablar de él.

Yo sí sabía por qué, pero no era el momento de contar cómo era la relación entre Santi y su padre.

Izaskun, antes de continuar, respiró hondo para coger fuerzas.

–Así era mi vida. Si le discutía algo, me decía que estaba paranoica, que me inventaba las cosas, que era una inútil, una loca, y acabé dudando de mí misma, acabé pensando que él tenía razón y que, si me pegaba, era porque convivir conmigo resultaba insoportable.

Sonrió con tristeza infinita.

–Me convertí en una maquilladora experta en disimular moratones.

Adriana, por primera vez, le interrumpió.

–El comportamiento de Santi hoy tiene nombre, se llama *Luz que agoniza,Gaslighting*. Hace referencia a una película de 1944, no sé si la habréis visto, trabajan Charles Boyer e Ingrid Bergman, es de Geroge Cukor. Ahí el marido intenta volver loca a su mujer haciéndole creer que hace cosas que no ha hecho, negando lo que ella ve y lo que ella oye. Es violencia psicológica, se trata de conseguir que la víctima dude de su capacidad de razonar y termine con una grave desestabilización psicológica.

Izaskun escuchaba atentamente.

Luego, siguió.

–Además, Santi tenía unos altibajos terribles, a veces lloraba como un niño cuando hacíamos el amor, otras era brutal. Sus comentarios degradantes sobre mí a sus amigos se convirtieron en costumbre y los golpes, las patadas, también. Solía esperar con terror su llegada a casa. Sabía si estaba contento o no por la manera de abrir la puerta. Pero eso tampoco quería decir mucho, a veces, entraba, me daba un beso, parecía alegre, y, al segundo, por cualquier tontería, no encontraba el tabaco, se había fundido una bombilla, lo que fuera, empezaban los gritos, los insultos, los empujones, las patadas…

Le miré, otra vez estaba muy pálida.

–Eso pasó cuando perdí a nuestro hijo.

Y escondió la cara entre las manos.

Fui hacia ella, pero me apartó.

Se dirigió a Adriana.

–Sí, antes tenías razón, perdí a mi hijo por su culpa y, también, la posibilidad de tener más hijos.

Luego, nos miró más tranquila.

–Estoy bien, la verdad es que necesitaba contar todo esto, que me hace bien contaros cómo fue mi vida, debía haberlo hecho antes.

Adriana asintió.

–Aquella noche, llegó borracho de madrugada, le oí entrar, hacía tiempo que dormía con sueño ligero, siempre estaba alerta porque no sabía qué podía pasar cuando volviese a casa. Me hice la dormida. Se cayó sobre la cama y me aparté. Entonces, puso la boca en mi oreja y empezó a decirme muy bajito: "O sea, que te estabas haciendo la dormida, ¿verdad?", seguí haciendo como que no le oía, y se puso a gritar, estaba loco, era un loco. Me levanté de la cama y corrí a encerrarme en el baño. Pero no me dio tiempo, me agarró del pelo y me tiró al suelo, le grité "¡Tu hijo, tu hijo!". Todavía oigo sus risotadas, "¿Mi hijo?, ¡tú sabrás de quién es, hija de puta!". Y me empezó a pegar patadas en la cara, en la tripa… Luego no sé qué pasó. Me desperté en la Policlínica. Él estaba allí, a mi lado, lloraba con desconsuelo, solo pedía perdón, no comprendía qué le había pasado, no entendía cómo podía haber sido capaz de matar a su propio hijo, a nuestro hijo, no se explicaba cómo me había hecho tanto daño, cómo se había hecho tanto daño…

Un sollozo, que venía del fondo del alma, le dejó sin palabras.

Después, añadió muy bajito.

–Yo estaba ya de doce semanas.

Adriana esperó a que Izaskun se recuperara e hizo el diagnóstico.

–Ese hijo le daba miedo, tú le ibas a querer mucho, ya le querías, y pensaba que te ibas a olvidar de él, que aquel hijo te podía dar fuerzas para plantarle cara, y eso no lo podía soportar. Pensó que su vida ya no tendría sentido, que la ira le comería las entrañas y no podría escupirla sobre ti para desahogarse, la idea de encontrarse solo ante su propia imagen de pobre hombre trastornado le volvía loco. Además vuestro hijo sería un testigo implacable.

Yo no me pude contener.

–¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no le denunciaste?

Me acarició la mano.

–No podía contar lo que estaba viviendo. Como dicen Sara y Adriana, no podía soportar que los demás imaginasen aquellas escenas, que me imaginasen a mí humillada, vejada, dolorida, me moriría de vergüenza si alguien lo sabía y, además, tenía mucho miedo. Luego, estaba esa *Luz que agoniza* de la que ha hablado antes Adriana, yo había llegado a creer que Santi tenía algo de razón, que era muy duro convivir conmigo, que yo era una inútil.

Sara insistió.

–Deberías haberle denunciado.

Izaskun lo admitió.

–Es verdad, pero no lo hice, le perdoné, le perdoné mil veces, estaba enfermo, muy enfermo, y le perdoné. Después, tuve una depresión, esa fue la mejor época de nuestra relación, Santi no se separó de mi lado y, poco a poco, pensé que era mejor así, que era mejor que hubiera perdido a mi hijo, ¿qué vida le íbamos a dar Santi y yo?, hay cosas que un niño no puede ver, como ha dicho Adriana, hubiera sido testigo de un infierno.

Nos quedamos las cuatro calladas.

Sara fue la primera en hablar.

–¿De verdad le sigues queriendo? ¿De verdad te hubiera importado que se hubiera ido conmigo? Sinceramente, no te entiendo.

Y como le ocurrió el día que durmió en mi casa, Izaskun se llenó de ira.

–¡No entendéis nada! Sí, le quería. Él se arrepintió de verdad de lo que había hecho y estuvo conmigo, sin separarse de mí ni un momento, durante los meses de depresión, me consoló, me ayudó. Santi me quería, Santi dependía de mí. Si se hubiera ido contigo, Sara, todo lo que yo había sufrido, todo lo que había soportado, no habría servido para nada, ¡la muerte de mi hijo hubiera sido inútil! Tenía que seguir con él y recuperarle, al menos así tantos sufrimientos hubieran tenido sentido. ¿Me entendéis ahora?

Y nos miró retadora.

Luego, se rompió y empezó a llorar y a llorar con una congoja que yo no había visto nunca, aquel llanto partía el alma.

Y entonces Sara se acercó a ella y le cogió la cara con las manos.

En aquel momento supe que iba a ocurrir algo importante y Adriana también, porque vi que contenía la respiración.

Izaskun le dejó hacer.

–Escúchame, me juré a mí misma que no te lo diría nunca, pero voy a romper mi promesa. Suelo venir a San Sebastián en cuanto puedo, me crié aquí y aquí están los recuerdos más bonitos de mi vida. En Donosti, todo el mundo sabe cómo era tu Santi y la vida que te daba, yo también me enteré.

Le sonrió a Adriana.

–Tenías razón, me enamoré de Izaskun en el instituto.

Y después miró a Izaskun.

–Y creo que todavía te quiero.

Izaskun había parado de llorar y escuchaba a Sara sin pestañear.

–Sí, yo sabía que tú eras la mujer de Santi, de ese cabrón. Cuando vi a Santi entrar en el Zurich, le reconocí enseguida y, cuando vino a por mí, juré que te iba a vengar, que iba a conseguir alejarle de ti. Conozco a esos miserables y sé lo que les gusta, así que todo fue muy fácil. Lo demás ya os lo he contado.

Esperé la reacción de Izaskun.

Estaba callada y pensativa.

Ahora era Sara la que parecía a punto de llorar.

Izaskun habló.

–¡Dios mío, gracias por tu amor!, quizás eres la única persona que me ha querido de verdad.

Un silencio tranquilo nos envolvió a las cuatro.

Izaskun se había liberado, hablar le había hecho bien.

Y, de pronto, escuchamos la voz de Adriana, supongo que pensó que la sesión había sido muy fuerte y ya había durado demasiado, había que aligerar las sensaciones.

–¿Qué os parece si comemos la escalibada que hemos hecho Sara y yo?

Después de unos segundos de sorpresa, estuvimos de acuerdo.

Pero Izaskun, antes, quiso volver a dejar claro que Adriana no podía utilizar nada de lo que nos había contado y Adriana le aseguró que así sería.

Capítulo 7

La escalibada con salsa romesco, a pesar de la opinión de Adriana, fue un magnífico punto final a aquella confesión de Izaskun.

Adriana es una gran psicóloga, durante la comida nos habló de su estudio, de los casos que había recogido y de lo importante que era ayudar a las mujeres que aún estaban soportando situaciones parecidas, pero en ningún momento insistió para que Izaskun le permitiese utilizar todo lo que nos había contado. Izaskun, ahora, parecía más contenta.

A media tarde, cuando se fue Adriana, decidí trabajar un poco, pero entonces me llamó Jesusa, quería verme y nos citamos en la estatua de la Reina María Cristina de Ondarreta, no estaba lejos de su

casa. La llamada me dejó intrigada.

Fui allí y no tuve que esperar mucho.

Nos sentamos en un banco, frente a la playa.

Jesusa fue directa.

–Tengo que decirte algo. Sí, es verdad lo que sospechaste, yo soy la que pongo las flores en Itsaso-Loreak y soy yo también la que limpia el despacho de Santiago.

Me sorprendió que no dijera don Santiago, como siempre.

Se dio cuenta y sonrió.

–El padre de Santi y yo mantuvimos una relación larga.

Recordé la foto de la sombrilla y la pregunta de Adriana "¿A quién mira Santi?". Allí, al fondo del jardín, don Santiago tonteaba con una doncella y, ahora comprendí, la doncella era Jesusa, era ella.

Se me escapó.

–¡Te llevaba veinte años!

–Sí, pero no me importaba.

Y, aunque se me atropellaron miles de razones, más allá de la diferencia de edad, para que Jesusa hubiera huido de aquel hombre y de aquella casa, no dije nada.

–¿Por qué limpias el despacho y pones flores?

–Fue una promesa que me hice. Él fue mi gran amor y ella, a pesar de todo, no se portó mal conmigo.

–¡Era un hombre brutal!

Levantó los hombros.

–Le quise mucho, nos quisimos mucho. Se ocupó de mí, el piso de la calle Matia, donde vivo, me lo compró él, al morir me dejó una pequeña herencia.

–¿Doña Patricia conocía vuestra relación?

–Sí, incluso nos vio alguna vez.

–¡¿Que os vio?!

–Pues sí. Santiago era muy fogoso, normalmente nos encontrábamos de madrugada, cuando todos dormían, en una habitación del desván donde se guardaban muebles y otros trastos…

Sonrió a sus recuerdos.

–Allí había una cama.

–Una tarde, era la hora de la siesta, la señora dormía, y Santiago llamó al servicio tocando la campana tres veces, era nuestra señal, tenía ganas de estar conmigo y me llevó al desván. Cuando estábamos ya sabes cómo, vi primero una sombra inconfundible y, luego, a doña Patricia, parecía un fantasma. Se acercó en silencio mientras Santiago se desfogaba y me miró con desprecio, pero se puso un dedo en los labios ordenándome que no dijera nada, y eso hice, no quería una escena, luego desapareció. Pensé que esa misma tarde me iba a echar de la casa, y lo hubiese entendido. Cuando Santiago se marchó a sus

asuntos, ella me llamó, nunca he pasado tanta vergüenza, no me dejó hablar, la verdad es que poco podía decir, entonces, muy serena, muy altiva, me dijo que quería que yo supiese que no le importaba en absoluto lo que estaba pasando, al revés, que se alegraba, porque el señor estaba más tranquilo desde que se aliviaba conmigo, y que siguiese así, a fin de cuentas estaba claro que yo no tenía principios morales y hacer de barragana, eso dijo, barragana, yo casi ni sabía lo que quería decir esa palabra aunque lo supuse, no me iba a quitar el sueño.

Imaginé la escena, tuvo que ser un momento dramático.

Ahora entendía por qué Jesusa defendía al padre de Santi y por qué la rivalidad con doña Patricia le hacía justificar lo injustificable.

Oí la voz de Jesusa.

–La verdad es que, gracias a mí, a esta barragana, como ella me llamaba, esa mujer vivió casi en paz, ya apenas hubo insultos y golpes.

No llegaba a entender qué había visto Jesusa en aquel hombre para entregarle su juventud.

–Tú sabías que pegaba a su mujer, que le engañaba, ¿no pensabas que a ti te podía hacer lo mismo?

–Yo no era como doña Patricia. Y esas otras, que iban con él, no me llegaban a la suela del zapato, ninguna sabía darle lo que yo le daba, algunas eran amigas de la señora, tan insulsas y relamidas como ella.

–¿Santi conoció vuestra relación?

–Sí, y nunca nos reprochó nada.

–Dime una cosa, ¿a ti también te maltrató?

–Ya te he dicho que yo no era como doña Patricia, alguna vez recibí una bofetada, pocas, y siempre por celos, eso quería decir que me quería.

¿Qué nos habían hecho a las mujeres para que Jesusa pensase que, si le daban una bofetada por celos, era una muestra de amor?

Jesusa interrumpió mis pensamientos, ella también quería saber.

–¿Tú o su mujer habéis tenido algo que ver en la muerte de Santi? No te asustes, yo no voy a decir nada. Los trapos sucios de casa hay que lavarlos en casa, nadie, ni siquiera la policía, tiene que meter las narices ahí.

–No, te lo aseguro. Fue un suicidio y la autopsia lo ha confirmado.

Asintió.

Luego, pareció que iba a decirme algo.

Se arrepintió.

Pero no le dejé que se callara.

–¿Qué me tienes que decir?

Se puso de pie.

–Sí, tienes razón, hay algo más que debéis saber, para eso te he llamado, algo que debéis saber tú y la mujer de Santi, pero ahora, hablando contigo, he pensado que es mejor esperar un poco.

Insistí para que me lo dijera.

No me contestó.

Después, echó a andar y, desde lejos, me dijo adiós con la mano.

Mientras volvía, no se me iban de la cabeza don Santiago, Jesusa, doña Patricia y aquello que debíamos saber. Tenía que leer los diarios, igual descubría allí lo que Jesusa no me había querido decir.

En cuanto llegué a casa, cogí con aprensión los cuadernos.

Acaricié aquella piel verde oscuro, era muy suave, parecía nueva.

Olí las tapas, olían a mi infancia en la Casa Grande, a felicidad perdida, a vidas rotas.

Doña Patricia empezó a escribirlos en julio, fue su último verano de soltera en San Sebastián, se casaron el treinta de septiembre.

Leí.

"No quiero que pasen los días. Voy a estar aquí muy sola, lejos de todos los que quiero. No hay más remedio, el dinero se acaba. Santiago se ha hecho cargo de algunas deudas de nuestro padre. Y yo me digo todos los días que es mi obligación casarme con él, debo obedecer, sé que será muy duro, pero acabaré acostumbrándome. Además, me gusta comprar sin fijarme en el precio, hacía tiempo que no podía hacerlo. Hoy he elegido la tapicería del salón, seda, pura seda, metros y metros de seda. Todo San Sebastián sabe que nos casamos y en las tiendas, cuando me ven llegar, me ponen la alfombra roja, mamá también está encantada. La villa es magnífica, aunque los muebles son de un gusto pésimo, quiero renovarla de arriba abajo. Necesitamos servicio, me gustaría dar fiestas, que mi casa sea un sitio de referencia para la buena sociedad donostiarra. Todo eso me anima un poco. Pero me asusta que pasen los días, que se acerque la fecha de la boda, ojalá pudiera detener el tiempo y que este verano no se acabara nunca, mis padres estarían aquí conmigo y yo me dedicaría a comprar, comprar y comprar".

Cerré el cuaderno decepcionada.

No sé por qué siempre pensé que doña Patricia se había casado enamorada, me equivoqué, aquel había sido un matrimonio de conveniencia por ambas partes y ella una hija obediente. La altanería, que decía Jesusa, seguro que venía de ahí, ella era noble y a él le consideraba un patán con dinero. No hablaba más que de compras, fiestas, bailes y de la boda. Se casaron en la Basílica de Santa María. El banquete fue en Itsaso-Loreak. Después, los novios salieron hacia su viaje nupcial, dieron la vuelta al mundo. Eso publicaba un recorte de *¡Hola!* que doña Patricia había pegado en el diario. En la foto, estaban los novios rodeados por las dos familias, los Marinda eran todos

guapos, elegantes y arrogantes.

Abrí el segundo cuaderno.

Ya en la primera página, las lágrimas habían emborronado varias palabras.

"Ayer volvió a casa, discutimos, le amenacé con pedir la anulación y contar lo que está pasando, se puso como un loco y me pegó, pero ya casi ni siento sus golpes, luego empezó a gritar como un energúmeno que Santi no es su hijo. Mentiras, mentiras, mentiras, que solo dice para hacerme daño, para que las oiga el servicio, para humillarme. Santi es su hijo, pero no le gusta cómo es, y eso que desgraciadamente a veces pienso que ha heredado su carácter iracundo, se lo noto cuando Santiago me insulta, porque se ríe y mira a su padre buscando aprobación. Ayer fui a buscar a Santi después de lo que pasó, estaba segura de que había oído todo, sin embargo no quiso estar conmigo, se escapó corriendo al jardín y, luego, le vi hablando con esa. Me están robando a mi hijo. No sé qué hacer".

"Hoy también ha venido el jardinero con su hija. Esa niña me gusta, orgullosa, digna, como debe ser, quiero que venga más veces a jugar con Santi, puede ser una buena influencia. Tengo mucho miedo. Me ha pegado otra vez y Jesusa, esa barragana, igual que hace siempre, me ha recogido, como quien recoge un papel del suelo. No me importa, ojalá se vaya con ella todos los días. Sé que se ven en el desván, un día que tenga fuerzas me presentaré allí, quiero que ella me vea, que no se crea que me está engañando, entonces le diré que siga con Santiago, seré yo la que le dé permiso, la que se lo ordene".

"Pienso todos los días en pedir la anulación. Hoy se lo he vuelto a decir y se ha reído de mí. Sabe que no tengo a dónde ir. Esa es la verdad, no tengo salida. Mis padres no pueden hacerse cargo de Santi y de mí. Podría trabajar, pero soy una inútil, no me educaron para eso. Voy a luchar a mi manera, sé cómo hacerle daño, voy a hacerle daño a ese cabrón, a ese malnacido. Yo nunca he hablado así, sin embargo esas palabras, que las he aprendido de él, me salen solas, me desahogan. Voy a comprar todo lo que me guste, cuanto más caro mejor. He visto una cómoda antigua de jacarandá en Aranaz Darras, va a ser mía. Y voy a avergonzarle delante de esos altos empresarios que trae a comer a casa para cerrar negocios, yo sé cómo hacerlo, en la mesa es grosero, basto, maleducado… Y mi hijo, ese pobre hijo mío, ¿qué va a ser de él?".

Abrí el tercer cuaderno con desgana, era una historia demasiado triste.

Aquí las fechas saltaban en intervalos muy largos de tiempo. Las anotaciones eran muy cortas.

“Santi me odia, piensa que yo soy la culpable de que su padre le desprecie, dice que no le dejo vivir, que le agobio. Ayer me insultó, “Déjame en paz, loca”, me insultó usando las mismas palabras que él”.

“Hay muchos días que no salgo de la habitación, estoy enferma, estoy mal, solo me consuelan mis rosas, las miro desde la ventana y me hacen compañía. Y el piano, mientras toco me olvido de todo. Beethoven me habla de un amor puro y triste, quiero creer que existe en algún lugar, aunque no sea para mí”.

La última nota la escribió el día de la muerte de su marido.

“Se ha muerto el cabrón, espero que esté en el infierno, que Dios me perdone”.

Cerré el último diario y pensé que no los iba abrir nunca más, allí no había más que dolor, sufrimiento, desprecio y vanidad ridícula.

No encontré ningún indicio de eso que nos tenía que contar Jesusa a Izaskun y a mí.

Me llamó Telmo, quería que nos viésemos, le dije que no podía, no había trabajado nada en todo el día, y era verdad.

Escuché durante un rato a Mikel Laboa, necesitaba enjuagarme la cabeza de aquel día tan denso, cambiar de escenario, soñar.

Creo que lo conseguí y, otra vez, me fui muy lejos en el tiempo, muy lejos de lo que nos estaba pasando, y acompañé a Juana de Lantaina en su historia trágica.

Llegó la comitiva a Ursua. Juana admiró aquellos prados verdes, aquellas espesuras de árboles frondosos y vio los siete molinos nuevos, *zazpi errota berri*, los ocho blancos palacios, *zortzi jauregi txuri*, y pensó otra vez, para darse ánimos, que todo eso sería algún día de su hijo.

Las gentes de Arizkun se arremolinaron para ver a la prometida del de Ursua. También los agotes salieron de su escondrijo, querían conocer a la novia. Unos y otros se admiraron de su belleza. Pero los agotes comentaron entre ellos que era hermosa y delicada, demasiado hermosa y delicada, e intuyeron que una gran desgracia le sobrevolaba. Juana sonreía a todos y todos le sonrieron a ella. Desde una esquina, Domenca Begiurdina se hizo la señal de la cruz, nada más verle aparecer descubrió el secreto que Juana escondía, la novia estaba preñada, hasta Domenca llegaba el olor de la criatura maldita que llevaba en el vientre. Luego, vio la muerte en los ojos de Tristán

de Ursua y, entonces, un sabor a metal le inundó la boca y una angustia sorda le taladró el pecho anunciándole una gran tragedia, y es que era verdad, Domenca podía leer en el corazón de Tristán, porque Tristán era su hijo, como murmuraba la gente cuando nadie les escuchaba.

En la puerta de palacio les esperaba la Dueña vieja con su alta toca y ella, como Domenca Begiurdina, supo lo que iba a pasar, pero escondió sus negros augurios detrás de una sonrisa de bienvenida. Los que la conocían bien se dieron cuenta de que en sus ojillos de alimaña brillaba una luz siniestra. Los criados del de Ursua corrieron a ayudar a descabalgar a Juana y a sus padres. Los señores de Gentein alabaron la solidez del palacio, los molinos, las tierras que se perdían más allá del horizonte, y, luego, la madre de Juana besó cariñosamente a la Dueña vieja y le presentó a su hija, que dedicó a su futura suegra, con mucha gracia y donaire, la reverencia que entonces estaba de moda en la corte de los reyes de Francia, Luis VIII y Blanca de Castilla, la que era nieta de Leonor de Aquitania y madre del futuro Luis IX, el que llegaría a ser santo.

Después, entraron todos en la casa-torre y, antes de reunirse para cenar y hablar de la boda que se iba a celebrar al día siguiente, los viajeros fueron a descansar un rato a su aposentos.

La nodriza acompañó a Juana.

Juana, nada más entrar en su estancia, la más cálida en invierno y la más fresca en verano del palacio de Ursua, se tumbó en el lecho a descansar de un día tan largo y pesado, mientras la nodriza preparaba una jofaina de agua de rosas, y paños limpios para lavarle y refrescarle el rostro, el cuello, las manos, antes de ayudarle a vestirse para la cena.

Entonces, se abrió la puerta de golpe y entró la Dueña vieja.

Juana, sorprendida, se levantó de la cama para recibirle, pero ella con un gesto autoritario le ordenó que siguiera ahí.

La nodriza y la Dueña se miraron a los ojos durante unos segundos.

Luego, la Dueña vieja habló a Juana.

–Llevas una criatura en tu vientre.

Juana se quedó pálida como un cabo de vela y empezó a negarlo.

La Dueña vieja no le dejó seguir.

–¡Cállate, maldita! ¡Has traído la muerte a esta casa!

La nodriza se enfrentó a la mujer.

–Tú eres la que llevas la muerte en tu corazón emponzoñado por los celos, has visto que Juana es linda como una mañana hermosa de primavera y sientes que Tristán, ese agote que dices que es tu hijo, se va a alejar de ti.

–¿Qué insinúas? ¡Otros han muerto por decir lo que estás

diciendo!

Juana se interpuso llorosa entre las dos mujeres.

–¡Por favor, por favor, callaos, mañana es mi boda!

Las mujeres se callaron.

Después, la Dueña vieja fue la primera en hablar.

Ahora no gritaba, se dirigió a Juana muy bajito.

–Júrame que no estás preñada, si mientes, que la muerte te lleve con ella antes del amanecer.

La nodriza fue a contestar, pero Juana le cortó.

Su actitud era arrogante.

–Si estoy preñada, la culpa es de tu hijo, me poseyó el primer día que llegó a mi castillo de Gentein y él fue testigo de mi primera sangre derramada.

La mujer movió la cabeza, dudaba.

–Déjame palparte.

Aquí, la nodriza gritó.

–Tú no vas a palpar nada.

La Dueña vieja se tapó la cara con las manos.

–¡Entonces, es verdad! ¡La desgracia ha entrado en esta casa!

Juana quiso abrazarle para que se tranquilizara.

Pero ella la apartó.

–¡No, no me toques, no me toques! Noche tras noche, ha habido negros presagios desde que Tristán te eligió como esposa.

La nodriza se encaró.

–¿Qué presagios?

La Dueña vieja se acercó a la ventana, necesitaba aire.

–He visto correr una araña negra sobre la almohada de Tristán.

La nodriza dijo susurrando:

–*Armiarma beltz bat ikusteak, zorte txarra dakar*, sí, ver una araña negra trae mala suerte.

–He oído cantar a la gallina como un gallo y al gallo cantar después de la puesta de sol.

–*Oilarrak gabean kukurruku jotzen badu, laster izango da gorpuren bat etxe hartan*, sí, si el gallo canta al sol puesto, es señal de muerto.

–He escuchado cantar tres noches a la lechuza.

Luego, se volvió hacia Juana llena de ira.

–¡Tú vas a traer la desgracia a esta casa!

Y estiró sus largos dedos para coger a Juana por los cabellos.

Pero la nodriza le apartó de un manotazo.

–¡Deja a mi niña en paz! Y escúchame, si dices algo, si hablas sobre la criatura que lleva en el vientre, seré yo la que pregone la verdad sobre Tristán de Ursua, la verdad que tú bien sabes. Naciste seca y dijiste que estabas preñada para que el de Ursua no te repudiase, llenaste tu tripa de trapos viejos, mientras Domenca

Begiurdina ocultaba que iba a ser madre. Luego, cuando llegó el momento, tú dijiste que querías parir sola en el bosque y, allí, ayudaste a Domenca a tener a su criatura, después volviste a casa con el niño en brazos, diciendo que era tuyo. Si hablas, todo eso se sabrá. ¡Tristán de Ursua es un agote!, todos se fijarán en que sus orejas no tienen lóbulos, todos dirán que su aliento es pestilente, todos apartarán la vista de las niñas azules y frías de sus ojos, todos conocerán que tiene una fresa morada en la nuca como Domenca Begiurdina, porque es su hijo.

La Dueña vieja se tapó los oídos.

–¡Mientes, mientes, mientes!

–¡No miento!

–¿Quién te ha contado esos cuentos? ¡Te mataré!

La nodriza se rio.

–Domenca Begiurdina es mi hermana de leche, mi madre nos amamantó a las dos, luego mi padre, que no era agote, decidió irse lejos, donde nadie nos conociera, y acabamos en Zuberoa.

La Dueña vieja se tambaleó y la nodriza le llevó hasta la cama.

Cuando se recuperó, volvió a preguntar, quería saber la verdad.

Fue Juana la que le respondió.

–Sí, estoy preñada y la criatura no es de tu hijo.

La Dueña vieja, entonces, habló con calma a la nodriza.

–Está bien, acepto tu trato, yo no diré nada, tú no dirás nada, pero hoy a la noche, cuando todos duerman, vendrás conmigo a decirle a Domenca lo mismo que me has dicho a mí. Quizás ella sepa qué tenemos que hacer. Será nuestro secreto.

Se fue la Dueña vieja y la nodriza le dijo a Juana que ahora ya no corría ningún peligro.

Ahí dejé el romance, era hora de que me fuera a la cama.

Otra vez dormí bien, sin sueños, sin Ursua, sin Juana, sin Santi y sin Izaskun.

Por la mañana, desayuné con Sara y fui a la oficina a ver a Telmo, quería que, antes de terminar, echase un vistazo a mi versión de la balada de Juana de Lantaina y me diera su opinión.

Entré en el despacho y Telmo me saludó con mucho entusiasmo, había leído mi nota

–¿Es verdad lo que pone aquí?

–Claro que sí, si no, no te lo hubiera dicho.

Sonrió y me acarició la mano.

Mientras Telmo leía la historia de Juana, me puse a observarle, no, no era guapo, pero sí atractivo, al menos a mí me resultaba atractivo. Así, con la cabeza un poco inclinada sobre el ordenador, me

enseñaba una coronilla que empezaba a clarear y me produjo ternura, tuve ganas de darle un beso en aquella "ttonttorra" despoblada. Me gustaban sus manos grandes y limpias. Los hombros derechos. La expresión lista y risueña de sus ojos. Y entonces, imaginé que, por arte de magia, Charles Trenet rodeado de músicos aparecía en el despacho, nos sonreía y empezaba a cantar *La Mer, "La mer, qu´on voit danser le long des golfes clairs, a des reflets d´argent…"* y Telmo se levantaba, echaba el pestillo a la puerta y bailábamos los dos muy juntos, mientras nos envolvía la música del piano, de los violines, y el bajo marcaba el ritmo de nuestros corazones…

La voz de Telmo me sacó de mi sueño, había terminado de leer y me felicitó, dijo que había captado perfectamente lo que él pretendía añadir al estudio de los palacios de cabo de armería navarros, así la casa-torre de Ursua dejaba de ser cuatro piedras viejas para llenarse de vida y de historia.

Me alegré mucho.

Antes de irme, le di un beso largo, largo, largo, que sabía a mar, y quedamos para cenar juntos.

Izaskun y Sara me esperaban, habíamos decidido llevar a Sara a comer al Vía Fora, el restaurante catalán del paseo del Urumea.

Iba a ser nuestra primera comida distendida desde que pasó todo.

Nos sentamos en la terraza, como siempre, se estaba bien allí.

En cuanto supieron las dos que había estado con Telmo, quisieron sonsacarme.

Y acepté.

–La verdad es que, al principio, me pareció bastante pagado de sí mismo, pero, poco a poco, he ido cambiando y, ahora quiero estar con él, me gusta estar con él, no sé, ya veremos, todavía es pronto. Cuando se me olvide todo lo que hemos pasado, será el momento de plantearme más en serio nuestra relación.

Hubo brindis por mi nuevo amor.

Sara nos sorprendió.

–Pues yo quiero estudiar.

Izaskun y yo nos amontonamos, queríamos saber qué quería estudiar.

–Quiero estudiar cocina y abrir, luego, un pequeño restaurante.

Brindamos, otra vez, por la nueva chef.

Faltaba Izaskun, era su turno.

–Yo quiero daros otra vez las gracias.

Le dijimos que se callara.

–Estoy más tranquila. Por ahora voy a recuperarme, voy a vivir. Me ha llamado el abogado de la familia, Santi no hizo testamento y, como no tenemos hijos, pensé que podría haber problemas, pero no es así. Tengo que pensar qué voy a hacer, montar una tienda, estudiar

como Sara, no sé, voy a empezar un nuevo capítulo de mi vida, pero esta vez quiero hacerlo bien.

Nos quedamos calladas, creo que cada una pensábamos en ese nuevo capítulo que íbamos a empezar a escribir.

Capítulo 8

Por la tarde, me puse a escuchar *Oñazez*, *Dolor*, del capuchino Aita Donostia, José Gonzalo Zulaika. Es el Preludio Nº 6 *de sus Preludios Vascos*, publicados en 1914 por la Casa Erviti, de aquí, de Donosti.

Siempre que escucho *Oñazez*, siempre, siempre, de pronto, la música me llena el corazón de belleza, de poesía triste, de dolor que se remansa, de melancolía, y me vienen a la memoria tiempos pasados que fueron felices y que se han ido para siempre, me acuerdo de Martintxo y sus risas raras, del aita, que tan bien conocía la naturaleza, de la ama, que conseguía que se nos hiciera la boca agua hablando de los guisos de patatas que nos iba a preparar, me acuerdo de cómo era yo cuando creía que me iba a comer el mundo, y me vuelvo música con la música, solo música.

Era un buen momento para seguir con Ursua.

Ursua estaba en silencio.

Tristán iba a dormir solo, en su casa no quería gozar de Juana antes de la boda, se hubiese sabido enseguida y no le gustaban las murmuraciones. Antes de retirarse, le confesó a su madre sus sospechas. Ella le escuchó en silencio y, luego, dijo que iba a hablar con Juana. Pero, cuando la Dueña vieja volvió para contarle lo que había averiguado, vio a su madre contenta, no debía temer nada, y ella en estas cosas no se equivocaba. Así que, después de haber pasado

un infierno, se tumbó en el lecho y se puso a saborear los días que le esperaban, Juana iba a ser suya de noche y de día, él iba a ser su dueño. Entonces, oyó el ulular grave de un búho real, no hizo caso, prefería soñar, pero aquel ulular insistente acabó por irritarle y se acercó a la ventana. No descubrió al búho, pero sí observó que dos sombras se escabullían entre los árboles, afinó la vista, parecían dos sombras de mujer…

Juana estaba en su alcoba, dichosa de poder disfrutar esa noche de su soledad, la última antes de que le encadenaran a aquel hombre brutal, además, la Dueña vieja y la nodriza iban a sellar su secreto con esa Domenca, por fin podía olvidarse de todo y vivir con alegría la llegada de su hijo. Se asomó a la ventana. Era una noche hermosa y cálida, el cielo parecía de raso, olía a flores, un puñado de estrellas tintineaban aquí y allá. Escuchó el ulular de un búho y aquella noche ese canto le pareció dulce. Juana se acarició el vientre, ahí estaba su hijo y estaba seguro, nada le podía ocurrir. Entonces, vio dos sombras que salían de la casa y se perdían en la espesura. Sonrió. Eran la Dueña vieja y su nodriza, iban a salvarle.

La Dueña vieja y la nodriza caminaron en silencio hacia una pequeña gruta escondida cerca de un tejo, el árbol mágico de los vascones y de los celtas. Domenca les estaba esperando. La Dueña vieja había colgado un trapo blanco en su ventana, era la señal convenida entre las dos cuando tenían que verse.

Domenca, a pesar de que hacía mucho tiempo que no se veían, saludó a su prima hermana sin aspavientos, no le sorprendió verle allí.

Las tres mujeres se sentaron en el suelo formando un corro.

Y la nodriza, en aquella cueva oscura, les contó el terrible secreto de Juana y el trato que les proponía.

Ninguna se escandalizó de esos amores malditos.

Después, habló Domenca.

–Tristán lo sabe, lo he visto en su mirada.

La Dueña vieja respondió:

–Sí, pero he hablado con él y le he convencido de que es solo un mal pálpito.

Domenca insistió.

–Tristán lo sabe, su corazón no le engaña, es agote como yo, nosotros podemos adivinar como nadie adivina, comprendemos la música de una manera que nadie puede comprenderla, vemos más allá de lo que los demás veis.

Luego, se quedaron en silencio.

Por fin, la nodriza tomó la palabra.

–Hagamos un conjuro que borre del corazón de Tristán las sospechas.

Y sacó cuatro velas del zurrón que llevaba debajo del manto,

después dibujó un gran círculo con el dedo en la tierra del suelo y colocó las cuatro velas siguiendo los puntos cardinales.

A continuación, buscó unos palos, hizo una hoguera y escupió tres veces alrededor del fuego.

La Dueña vieja y Domenca prendieron las velas en aquel fuego y las volvieron a dejar en su sitio.

Enseguida, las tres mujeres se introdujeron en el interior del círculo, poniendo mucho cuidado en no pisar la raya que había dibujado la nodriza, y la nodriza, cerrando los ojos y aflautando la voz, dijo unas extrañas palabras que solo ella conocía, mientras las otras emitían unos largos sonidos monocordes que se extendieron por la cueva.

Una vez terminada la ceremonia, se besaron las tres en los ojos, en las manos y en el vientre, y se sentaron a esperar a que las velas se consumiesen.

Amanecía ya, cuando la Dueña vieja y la nodriza entraron sigilosamente en la casa-torre de Ursua.

La nodriza volvía contenta, Juana ya no tenía nada que temer.

Pero alguien esperaba su vuelta y supo el engaño.

Sonó el móvil, era Jesusa.

Se me aceleró el corazón, desde la última vez que estuve con ella esperaba esta llamada.

Quedamos frente a la playa, en el mismo banco de la otra vez.

Me olvidé de Ursua y me fui a Ondarreta.

Cuando llegué, vi a Jesusa sentada en el banco, estaba entretenida mirando a una niña que jugaba con un cubo en la arena.

Me saludó y me dijo que me sentara.

Fue directa, como la otra vez.

–El otro día te dije que había algo que la mujer de Santi y tú debíais saber.

Asentí.

–Pues ahí está lo que os quería contar.

Miré y no vi nada, solo una niña jugando en la arena.

–Esa niña es hija de Santi.

Me quedé tan sorprendida, que no sabía qué decir.

En aquel momento, la niña levantó la cabeza y nos sonrió.

Se parecía mucho a Santi y me recordó a doña Patricia, espigada, rubia, de rasgos delicados.

–Se llama Martina, tiene seis años.

Vio que hacía cuentas.

–Sí, nació un año antes de la boda de Santi.

Yo estaba perpleja.

–Entonces, ¿tú seguías viendo a Santi?

Jesusa se rio de mi ingenuidad.

–Fui como una madre para Santi cuando era un niño y lo seguí siendo, confiaba en mí. Sé cómo era. Sé la relación que tuviste con él. Sé cuánto ha hecho sufrir a Izaskun. Pero yo le quería y él me quería a mí, su vida no fue fácil, te lo aseguro.

Me sentía incómoda y volví a Martina.

–¿Quién era la madre de la niña?

–Un capricho más, le duró unos meses. No tenía ni dieciocho años, era drogadicta y se quedó embarazada, yo creo que lo buscó. Ella y su compañero empezaron a chantajear a Santi. Santi primero les propuso el aborto a cambio de una buena cantidad, pero, como es lógico, no aceptaron, si nacía la criatura le iban a chantajear de por vida. Vino donde mí desesperado. Hablé con ella, me dio pena y le convencí para que viniera a vivir con nosotras hasta el parto, no podía andar por ahí dando tumbos en su estado. Nació la criatura y, un mes más tarde, al volver a casa después de dar un paseo con Martina, mi hermana y yo nos los encontramos allí, a ella y a su pareja, muertos por sobredosis. Para Santi fue un alivio, me dijo que iba a entregar a la niña en adopción, pero me negué, nos habíamos encariñado mucho de esa criatura. Me puse dura, nosotras nos quedaríamos con la niña, él podía olvidarse de su hija, solo tenía que encargarse de los gastos. Le juré que nunca le diría quién era su padre. Y eso hice.

Yo estaba conmovida.

Jesusa me animó.

–No te pongas triste. Martina nos ha alegrado la vida a mi hermana y a mí, yo me quedé hecha una piltrafa cuando murió Santiago. Pero ahora que Santi ha muerto, las cosas se complican. Nosotras somos mayores y cualquier día nos puede pasar algo, además, Martina es hija de Santi, tiene derecho a la herencia de su padre.

Hice de abogado del diablo.

–No vas a poder demostrar que Martina es hija de Santi. Santi está incinerado, es imposible una prueba de ADN.

–Por eso tienes que ayudarme.

–¿Cómo?

–Me he informado bien. Me han dicho que en las maquinas eléctricas de afeitar suelen quedar restos de pelos y de células cutáneas, eso han dicho, y de ahí se puede sacar el ADN. Es posible que la maquina de afeitar de Santi siga en la calle Getaria y tú puedes contarle a Izaskun lo que pasa. Sé cuánto quisiste a Santi, eras su mejor amiga, debes ayudarme, Martina es hija de Santi.

Aunque aquella noticia iba a ser muy dura para Izaskun, pensé que tenía razón.

Luego, bajó la voz.

–A Santi le pasaba algo, intuía su muerte. Dos días antes de morir, me llamó, hacía tiempo que no hablaba con él. Vino a casa. Fue la primera y la única vez que vio a su hija. Se emocionó. Abrazó a la niña. Era un abrazo de despedida. Y me dejó una carta, reconociendo su paternidad. Esa carta es también una prueba.

Se calló.

–Y hay algo más que quiero que sepas. El primer día que nos encontramos en Itsaso-Loreak, yo había ido a hacer lo mismo que tú. Como te he dicho, Santi vino a casa y tuve un presentimiento, el presentimiento de una muerte, cuando perdía los estribos era capaz de cualquier cosa. Así que fui a la villa, sabía que Santiago guardaba en la biblioteca un revólver detrás de unos tomos grandes forrados de terciopelo rojo. Y lo cogí. Poco después de salir, vi que tu llegabas y quise saber qué ibas a hacer allí.

Me quedé perpleja.

–¿Mientras hablabas conmigo en Itsaso-Loreak tenías el revólver?

–Sí, cuando nos separamos, lo tiré al mar.

Sonreí con tristeza, las dos habíamos intuido que Santi podía matar o matarse en Itsaso-Loreak, pero habíamos sido también muy ingenuas, a ninguna de las dos se nos había ocurrido que había muchas más armas en el mundo, además de aquel revólver de la biblioteca de la villa.

Luego volvió a hablar de la niña.

–Sé que para Izaskun la existencia de Martina va a ser un golpe muy duro. Pero es hija de Santi, ya que no recibió el cariño de sus padres, que al menos reciba la herencia que le corresponde. Y todavía voy más lejos, mi hermana y yo somos mayores, ya te lo he dicho antes, en cualquier momento podemos faltar, quizás Izaskun podría hacerse cargo de ella.

Pensé que Izaskun nunca haría algo semejante.

Se lo dije.

Sonrió.

–Como es normal, ahora no querrá ni oír hablar de Martina, pero cosas más raras se han visto. Izaskun no puede tener hijos, me lo dijo Santi y me contó también por qué. Pero, a pesar de todo eso, ella le quería mucho, estaba muy enamorada de él, así que nunca se sabe.

Miré a aquella mujer de setenta y cinco años, y admiré su inteligencia y de su fuerza.

Me levanté para irme, pero me detuvo.

–Espera, ¿cuándo me vas a decir qué pasó aquella noche?

Le dije la verdad.

–Ya te lo contaré, ahora, hay cosas más importantes que solucionar.

Sonrió resignada.

Después, llamó a Martina, que se quedó mirándome curiosa.

Le di un beso y me emocioné, estaba besando a Santi, a doña Patricia, a mi pasado.

Volví a casa.

Debía seguir trabajando, pero no podía.

Izaskun ocupaba todos mis pensamientos, me daba miedo, ahora que parecía que se iba recuperando, lo que le tenía que contar iba a suponer una vuelta atrás. Sin embargo, debía hacerlo, Martina estaba ahí, era real y, si no se lo contaba yo, acabaría contándoselo la propia Jesusa.

Llamé a Telmo, necesitaba consejo, estuvo de acuerdo conmigo, así que me armé de valor.

Después, fui a casa de Izaskun.

Ella y Sara estaban allí hablando, ahora del futuro.

Me fui al baño.

Respiré tranquila, la maquina de afeitar de Santi estaba en su sitio.

Después, volví al salón.

Izaskun parecía animada y yo le iba a hacer aterrizar otra vez en una realidad muy dura.

Pero debía hacerlo.

–Tengo que contarte algo, Izaskun, que puede ser doloroso.

Izaskun se puso en guardia y Sara me hizo gestos de extrañeza.

Y, sin más preámbulos, les hablé de Martina y les conté todo lo que me había dicho Jesusa.

Luego, me callé, decidida a esperar a que pasase la tormenta.

Y la tormenta llegó como un tsunami.

Izaskun se levantó y vino hacia mí, estaba muy pálida, le temblaban las manos, le temblaba la voz.

–¿Cómo has sido capaz? ¿Cómo puedes venir a mi casa para decirme que Santi tiene una hija? ¡Yo perdí a mi hijo! ¿No te acuerdas? ¡Fuera! ¡No quiero verte más!

Intenté que se calmara, pero no me dejó hablar.

–¡Fuera, te he dicho!

Respiré hondo, antes de seguir tenía que mantener la calma.

–Escúchame, por favor, sé que es muy duro lo que te acabo de decir, sé que perdiste a tu hijo en unas circunstancias trágicas, pero esa niña no tiene a nadie y es hija de Santi.

Izaskun me señaló la puerta.

–¡Vete!

Y entonces me indigné yo.

–¡Cállate! ¡Ahora me vas a escuchar tú a mí! Martina no es culpable de haber nacido, así que deja el histerismo para otro momento y vamos a pensar.

–¡No hay nada que pensar!

Sara intervino pidiendo paz sin éxito.

Izaskun volvió a los gritos.

–¡Esto no te lo perdonaré nunca, te lo juro!

Cambié de táctica y suavicé el tono.

–Mira, lo siento. Mañana tienes que reunirte con el abogado, no tenemos mucho tiempo, sería bueno que le hablases de esa hija y que él te informe cómo se resolvería la herencia caso de que se demuestre la paternidad de Santi. Enfréntate a lo que hay y, luego, haz lo que quieras.

Un silencio espeso nos envolvió a las tres.

Y decidí que lo mejor era cambiar de escenario, Telmo podía ayudar a desdramatizar la situación.

–¿Qué os parece si llamo a Telmo, vamos a tomar algo y hablamos de esto con serenidad? Además, así Sara le conoce.

Izaskun ni me contestó.

A Sara le pareció muy bien, estuvo convincente, le habló a Izaskun de nuestra amistad de tantos años, ella se iba ya a Barcelona y no podíamos dejar las cosas de aquella manera. La visión de Telmo sobre el asunto podía ayudar a clarificar la situación y, además, estaba deseando conocerle.

Al final, Izaskun dijo que sí.

Llamé a Telmo, le conté lo que pasaba y pensamos que lo mejor era ir a un sitio tranquilo, el Bar Dry del hotel María Cristina nos pareció que estaría bien.

Cuando entramos, Sara se pasó un buen rato mirándolo todo, las columnas, los brocados, los cuadros, las magníficas arañas de cristal, no había estado nunca allí. Un cuadro de la reina María Cristina, que inauguró el hotel en 1912, preside la recepción. A lo largo del amplio pasillo, hay reproducciones de cuadros, una de ellas es un retrato de Robert de Montesquiou, el amigo de Marcel Proust del que me habló Adriana. Era un dandi, bigote, bastón y elegante lazada de corbata. También está el bellísimo cuadro de Sorolla, yo le llamo “el de las Clotildes”, que representa a su mujer y a su hija (dos Clotildes) paseando a la orilla del mar, tan blancas como la espuma de las olas. Y otros cuadros, que Sara miró con mucho interés.

Nos sentamos en una de las mesas de aquel gran pasillo, desde el que se ve en perspectiva el hotel.

Había guiris elegantes y turismo del caro.

Un pianista interpretaba música suave.

Llegó Telmo, le presenté a Sara y la tensión de antes se fue suavizando, Izaskun hasta llegó a sonreír oyéndoles hablar a Telmo y Sara de Barcelona.

Cuando el camarero trajo los crianzas y una cestita de frutos secos, entramos en materia y las tres nos amontonamos intentando contar cada una nuestra versión de lo que ocurría.

Telmo pidió un poco de sosiego.

Le hicimos caso.

–En primer lugar, habrá que demostrar la paternidad de la niña, no será fácil, aunque haya una carta de Santi.

Intervine, mirándoles a Izaskun y a Sara.

–Jesusa se ha informado, en la maquina de afeitar de Santi puede haber restos de pelo y de células cutáneas, que servirían para comparar el ADN de Santi y el de Martina.

Izaskun se revolvió.

–No sé dónde está su maquina de afeitar.

Dije la verdad.

–Está en el baño, lo he comprobado antes en tu casa.

Izaskun se levantó para irse, nunca me había mirado con aquel odio.

Solo pude decir:

–Lo siento.

Fue Telmo el que consiguió que se calmara.

–Izaskun, si de verdad Martina es hija de Santi, acabarán por demostrarlo y, aunque no te guste, tendrás que aceptarlo. Yo no pondría obstáculos para conseguir las pruebas. Se puede malinterpretar.

–¿En qué sentido?

–Desgraciadamente, nadie se va a acordar del hijo que perdiste, pero sí creerán que te niegas a colaborar porque no quieres perder parte de la herencia de Santi.

Izaskun abrió mucho los ojos, estaba dolorosamente sorprendida, en ningún momento había pensado en la herencia, solo en que la niña era una prueba viviente de las infidelidades que había tenido que soportar, además ella había perdido a su hijo y todo eso era muy difícil de digerir.

Izaskun rompió el silencio.

–Ya no sé nada.

Me levanté y me acerqué a ella.

–Lo siento de verdad.

Por fin, me sonrió y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Izaskun tenía razón, lo que le estaba pasando era demasiado duro para ella y para cualquiera.

Capítulo 9

Ley de Murphy, cuando las cosas se pueden complicar, seguro que se complican, y era lo que nos estaba pasando. Ese fue mi primer pensamiento del día, nada más despertarme, y acordarme de Izaskun y de Martina.

La estabilidad de Izaskun peligraba, yo estaba muy preocupada por ella, cuando, por fin, había dado el primer paso contándonos lo que nunca había contado y parecía que empezaba a salir del agujero oscuro que había sido su vida, aparecía Martina. La existencia de esa niña no ayudaba nada, al contrario, ponía otra vez todo patas arriba.

Decidí avanzar en la tragedia de Juana de Lantaina, los acontecimientos se podían precipitar y me daba miedo no acabar la historia a tiempo, Telmo ya me la estaba reclamando.

Soplaba y soplaba el viento sur.

Desde el amanecer, hubo un frenético trajín en el palacio de Ursua. Tristán de Ursua y Juana de Gentein se casaban. Venían invitados importantes, el obispo de Pamplona oficiaría la ceremonia, todo tenía que salir a la perfección. La víspera fue día de gran matanza, pollos, pulardas, faisanes, corderos, patos, codornices, los gritos de los animales, cuando eran sacrificados, sonaban a fiesta. La víspera también se habían pescado muchos salmones en el río Baztan, el que nace en la cascada de Xorroxingo Purrusta de Errazu y, al llegar al valle de Bertizarana, recibe el nombre de Bidasoa. Cientos y cientos

de panes estaban ya preparados para meterlos en el horno. Carros cargados con odres de vino, que llegaban de Tudela, campesinos acarreando frutas y verduras de sus huertas, y hieleros, que traían hielo de las cimas de Belate, iban y venían organizando un gran barullo. Los agotes miraban desde lejos aquel trajín, poniendo mucho cuidado en no acercarse, tenían prohibido tocar los alimentos. Arizkun se levantó pronto, el pueblo también iba a disfrutar de la gran celebración, el señor invitaba a todos a vino, pan y gallina para que brindaran por su matrimonio.

La nodriza fue a despertar a Juana y, poco después, llegó su madre.

Juana les recibió con buena cara, había dormido bien, sin malos sueños que le perturbasen.

Cuando le iban a empezar a lavar, entró la Dueña vieja y les dijo que esperaran.

–Tristán quiere ir con ella antes de la boda a la cascada de Xorroxin, dice que hace mucho calor y que le vendrá bien a Juana un baño de agua fresca.

La madre de Juana sonrió con picardía.

La nodriza miró con preocupación a la Dueña vieja, pero ella le tranquilizó con la mirada.

Las mujeres decidieron vestir y peinar a la niña cuando volviera de Xorroxin.

Enseguida se oyeron las voces de Tristán, su caballo relinchaba, no iba a esperar más, o bajaba Juana o subía a buscarla.

Bajó la novia y Tristán levantó a Juana como una pluma y la sentó a la grupa de su caballo negro, ordenándole que le cogiera muy fuerte por la cintura.

En cuanto ella estuvo arriba, el de Ursua, con una sonrisa lujuriosa, frotó durante un buen rato su espalda contra los pechos de Juana, después, hizo caracolear al caballo y salió al galope.

Los criados les despidieron con mucho jaleo y miradas torvas.

Sí, hacía calor y el viento, que otra vez venía del sur, soplaba entre las ramas.

De vez en cuando, Tristán se daba la vuelta y acercaba su cara a la de Juana, su aliento, más caliente que aquel viento caliente, le decía a Juana lo que iba a pasar.

Cabalgaron un rato y llegaron al puente de piedra sobre el río Aranea. Siguieron la regata del Iñarbegi y, entre hayas, castaños, robles y avellanos, llegaron a la primera cascada, la más pequeña. Y entonces, Juana empezó a oír el rumor del agua de Xorroxin. Poco después, se quedó sobrecogida ante la belleza de la gran cascada.

Tristán descabalgó y le cogió por la cintura, pero antes de dejarle en el suelo, hundió su cabeza en el vientre, en los pechos, en el cuello

de Juana, le comió la boca, los ojos, le rasgó el vestido para ver su cuerpo, y, así, desnuda, la llevó en brazos hasta el agua y, allí, la sumergió y la sumergió y la sumergió y la sumergió. Juana pensó que se ahogaba, que era el final. Por fin, cuando ya estaba desvanecida, la sacó del agua y, entonces, la poseyó con tanta fuerza, que Juana empezó a toser y un chorro de agua escapó de su garganta. Enseguida, él le tiró el vestido para que se vistiera como pudiera con aquel andrajo, le subió al caballo y volvieron a casa.

Cuando la nodriza entró en la estancia de Juana, se la encontró nerviosa y angustiada.

Juana le contó lo que había pasado en Xorroxin.

La nodriza le tranquilizó, pero en aquel mismo instante supo que la suerte de su niña estaba echada, algo había ocurrido, algo extraño y diabólico.

Entró la madre, la mujer estaba tan contenta por el próximo enlace, que no se dio cuenta de la palidez de su hija, ni del temblor de las manos de la nodriza.

Vistieron y peinaron a Juana, la madre le contempló satisfecha.

Fue entonces, cuando, frente a la ventana, un gavilán atrapó con sus garras a una paloma y una pequeña gota de sangre cayó sobre el vestido de Juana a la altura del corazón.

La madre gritó horrorizada, su hija no podía ir sucia a la boda.

Con manos temblorosas, la nodriza limpió aquella sangre, pero un pequeño círculo rojo, casi invisible, se quedó allí.

No oí el interfono, enfrascada en la historia de Juana, abrió Sara.

Era Izaskun, volvía de hablar con el abogado y venía a contarnos lo que le había dicho.

–Bueno, aunque Santi no hizo testamento, como os dije, no hay ningún problema con la herencia.

Después me miró.

–Le he comentado que, al parecer, Santi tiene una hija. Quiere hablar con Jesusa. Me ha dicho que esté tranquila, que, en caso de demostrarse la paternidad, yo no tendría problemas económicos.

Le felicité, estaba siendo valiente y generosa, sabía lo duro que era todo esto para ella.

Y luego nos sorprendió a Sara y a mí.

–Le he dado muchas vueltas, quiero conocer a esa niña, a Martina. Si mi hijo llega a nacer, es muy probable que se hubiera parecido algo a ella y esa idea me obsesiona.

Llamé a Jesusa, se puso contenta, y me dijo que nos esperaba en su casa.

La casa de Jesusa tiene un gran mirador, orientado hacia el

centro de San Sebastián y a la bahía, es el primer edificio del barrio del Antiguo, parece la proa de un trasatlántico y dan ganas de colocarle en lo alto un gran mascarón como los que coleccionaba Pablo Neruda en su villa de Isla Negra, por ejemplo, la Guillermina, con sus grandes pechos al aire, desafiante y altiva. Las vistas son espléndidas y, no sé por qué, desde que era niña, ese edificio blanco con las ventanas verdes me parece que tiene que oler a verano todo el año.

Realmente don Santiago había cuidado de Jesusa, yo había pensado encontrarme con un piso más modesto, pero no era así, era una vivienda amplia y bien decorada.

Izaskun y Sara opinaron lo mismo.

Nos recibió con una gran sonrisa, Jesusa estaba orgullosa de podernos enseñar su casa.

El piso era grande, alegre y de habitaciones espaciosas. El salón hacía esquina y su mirador curvo se abría a la ciudad, al mar, al monte Urgull y al monte Igeldo, pensé que los Sosoaga sentían una extraña fijación por la curvatura de los miradores, el de la casa de Getaria de Santi e Izaskun tenía, también, un mirador así.

La decoración del salón y las habitaciones recordaba a Itsaso-Loreak y, entonces, me di cuenta de que Jesusa llevaba en el dedo una preciosa aguamarina rodeada de brillantes, que había visto alguna vez a doña Patricia.

Siguió mi mirada.

–Sí, era de ella. Cuando Santiago ya estaba enfermo, me la regaló, perteneció a su madre y quería que la tuviera yo.

Luego, añadió con retintín.

–A fin de cuentas, a la señora todo lo que pertenecía a los Sosoaga le parecía vulgar.

Comenté que la casa era preciosa y estaba muy bien decorada, no era un cumplido.

Jesusa asintió satisfecha.

–Mira bien, vas a encontrar algunos adornos de Itsaso-Loreak.

Y, dentro de una vitrina, reconocí el pequeño piano de cola de nácar, el cocodrilo de plata con los ojos de rubíes, el silloncito Luis XVI de cristal, las cuatro figuras femeninas de porcelana de Sèvres que representaban a las cuatro estaciones, en fin, un montón de objetos delicados, que, cuando era niña, hubiese dado cualquier cosa por poderlos tener un ratito en la mano.

Jesusa sonrió.

–Sé que sigues sin entender nuestra relación, pero todos nos morimos sin entender muchas cosas, empezando porque ni siquiera acabamos por entendernos a nosotros mismos.

Sara nos escuchaba entretenida, pero Izaskun, desde que

entramos, me perseguía por el salón como un perrito faldero, a ella no le importaban nada ni las vistas, ni la decoración, ni la relación entre Jesusa y don Santiago, ella peleaba consigo misma entre las ganas de conocer a Martina y el rencor que sentía contra aquella niña.

Oímos que se abría la puerta de la calle y entraron Pilartxo, la hermana de Jesusa, y Martina.

Martina fue corriendo a besar a Jesusa, pero, al vernos, se quedó parada mirándonos y, como si hubiera tenido una extraña intuición, sus ojos se clavaron en Izaskun, que no pudo aguantarle la mirada, Izaskun era ahora la que parecía una niña tímida.

Jesusa le presentó a Sara e Izaskun, a mí ya me conocía, y Martina nos dio un beso, luego dijo que se iba a la cocina con la amona Pilartxo para hacer un pastel.

Nos sentamos.

Jesusa comentó en voz baja.

–Mi hermana, la pobre, está muy enferma del corazón, pero es fuerte, resiste, y la niña le da vida.

Ahora se dirigió a Izaskun.

–La noticia te ha tenido que hacer mucho daño, pero yo debo velar por Martina. Lo siento de verdad.

Izaskun no contestó.

Y Jesusa fue demasiado deprisa a lo que le interesaba.

–Tengo que saber qué piensas hacer.

Izaskun se puso dañina, Jesusa no había sido hábil y su exigencia había conseguido inclinar la balanza hacia el enfrentamiento.

–Yo no voy a hacer nada, la que tienes mucho que hacer eres tú, si quieres demostrar la paternidad de Santi.

Jesusa se dio cuenta y cambió el tono.

–Mírame y mira a mi hermana, somos muy mayores, ella, ya te he dicho, está enferma y ni los médicos saben cuánto podrá aguantar, siento haber sido brusca, pero estamos angustiadas pensando en lo que va a ser de nuestra niña.

Izaskun pareció hablar para sí misma.

–Se parece a Santi.

Jesusa sonrió.

–Sí, y a la señora, aunque me cueste reconocerlo.

Izaskun dijo la verdad.

–No sé qué voy a hacer, estoy aturdida.

Y Jesusa, ahora, fue comprensiva.

–No te preocupes, hablaremos, hablaremos y hablaremos todo lo que haga falta, antes te tienes que hacer a la idea.

Entonces, Sara preguntó:

–Tu hermana habrá sido muy guapa, ¿también era amiga de don Santiago?

No podía creer lo que estaba oyendo, Sara iba a echar por tierra el buen ambiente que se estaba creando.

Pero la alegre carcajada de Jesusa me hizo ver que la que no entendía nada era yo.

–Pues sí.

Sara se rio divertida.

–Me lo imaginaba.

Jesusa se puso a contar e Izaskun se fue a la cocina con Martina y Pilartxo, no tenía el cuerpo ni el alma para escuchar historias de amores borrascosos.

–Formábamos una familia extraña, pero formábamos una familia. Itsaso-Loreak era un panteón, un mausoleo muy bonito, que escondía miserias podridas. Para Santiago fui su salvación, tenía amigas que le consolaban fuera de casa durante un rato, pero, dentro, estaba yo. Él también, a pesar de sus defectos, me salvó a mí. Yo había perdido un niño. Un verano me quedé embarazada casi sin darme cuenta, nos gustamos y se acabó, luego él desapareció para siempre. Entonces, mi familia me echó del caserío por haberles deshonrado y no volvieron a hablarme, solo Pilartxo me ayudaba como podía, que era poco. Nació mi hijo y murió a las pocas horas, o eso me contaron, fue un parto duro, estuve varios días entre la vida y la muerte, y, cuando por fin me recuperé y pedí verle, me dijeron que se había muerto. No sé, a veces y a pesar de los años que han pasado, me entra una angustia grande, pensando que mi hijo vive y no sabe nada de mí. Pero sé que eso ya es mejor olvidarlo. El caso es que yo no sabía qué hacer con mi pena y mi deshonra. Y gracias a una de las monjas del hospital, que conocía mi historia, entré de doncella en la casa.

Se calló y vi cómo su mirada se iba por las ventanas del mirador hasta la torre de Itsaso-Loreak, que se veía desde ahí.

Luego, siguió.

–Después, ya sabéis, pasó lo que pasó. Para mí, Santi fue la reencarnación de mi hijo. Estuve allí sirviendo muchos años, hasta que la señora empezó a perder la razón y se puso agresiva conmigo. Entonces Santiago compró este piso y me mudé aquí con Pilartxo. Yo sabía lo que iba a ocurrir, Pilartxo era muy guapa, más joven que yo, pero no me importaba, prefería que Santiago estuviese con Pilartxo que con otras, así todo quedaba en casa. Podéis pensar de nosotras lo que queráis. Pero, cuando has sufrido el rechazo de los tuyos, te has quedado embarazada y no tienes dónde caerte muerta, cuando has vivido la muerte de tu hijo o te lo han robado, la vida se ve de otra manera, solo buscas calor y protección, si Pilartxo alegraba el hogar que había creado con Santiago, mejor que mejor, además, viviendo las dos juntas nos sentíamos más acompañadas.

Sara le dio unas palmaditas en la mano.

–No sabes cómo te entiendo.

Jesusa se lo agradeció, sabía que era sincera.

Luego, se levantó y fue a coger algo.

–Tened, esto es para Izaskun.

Era una carta.

–Santi, la última vez que nos vimos, me dio la carta donde reconocía la paternidad de Martina y esta otra para Izaskun, me dijo que solamente se la entregara si a él le ocurría algo.

No me gustó que me lo hubiera ocultado.

–¿Por qué no me dijiste nada el otro día?

–No te enfades, no tenías que distraerte, quería que le hablases a Izaskun solo de Martina.

Quizás hizo bien.

Después, añadió:

–Por favor, no se la deis ahora, esperad a estar en casa, no quiero que Martina vea ninguna escena.

Estuvimos de acuerdo.

Jesusa bajó la voz.

–Y ahora me tenéis que decir, ¿qué pasó aquella noche para que mi Santi se suicidara?

No me dio tiempo a contestarle.

En aquel momento, entró Izaskun en el salón, la casa empezaba a oler a pastel de chocolate.

Se sentó y solo dijo.

–Es verdad, tiene los ojos de Santi y un aire a Patricia.

Izaskun parecía muy cansada.

Decidí que era el momento de irnos.

Volvimos.

Le dije a Izaskun que viniese a comer con nosotras, no sabía la reacción que podía tener y era mejor que estuviésemos juntas cuando leyese la carta de Santi.

A ella le pareció bien, no quería estar sola, y a mí se me encogió el corazón al verle tan inocente.

En cuanto entramos, le pedí a Izaskun que se sentara, y le di la carta.

Tardó en reaccionar.

Luego, intentó abrir el sobre, pero no pudo.

Sara lo abrió y le dejamos sola.

Durante un buen rato solo se oyó el silencio.

Después, Izaskun vino llorando y nos pidió que leyéramos en alto.

Sara y yo nos quedamos sin saber qué hacer, nos daba mucho pudor.

Pero Izaskun insistió.
Cogí la carta, me temblaban las manos.

"Izaskun, si estás leyendo esta carta es que ya no estoy contigo. Lo que tienes delante es mi confesión, la confesión que te debo. No voy a justificarme, no tengo justificación. Pero quiero que sepas la razón de las sinrazones que me llevaron a ser como soy. He pensado muchas veces en cuál es la causa de esta ira que me invade, que me ahoga, que me emborracha, y me hace buscar un culpable y hacer daño. Yo sé cuándo se acerca esta violencia que me nubla la cabeza. Noto cómo se va formando la ola, cómo va creciendo antes de romperse y pringarme el alma. Muchas veces, cuando sentía que estaba cerca, cogía el coche y hacía kilómetros y kilómetros para alejarme de ti, para que no estuvieras cerca cuando reventara. Sé que tú creías que estaba con otras, y la mayoría de las veces solías tener razón, pero no siempre. Y es que tú, en esos momentos, representabas todo lo que yo odiaba, eras testigo de mi debilidad, de mi cobardía, de mi miedo, eras testigo de lo que yo no quería ser, pero que irremediablemente era. Aprendí pronto que la violencia no soluciona las cosas, pero alivia. Lo viví con mi padre y mi madre. Yo odiaba a mi madre. Creía que por su culpa mi padre me despreciaba. Fui un niño mimado por una madre torturada, enferma y autoritaria, que volcó en mí todo lo bueno y lo malo que llevaba dentro, que volcó en mí su frustración, por una madre que me asfixiaba, porque yo era su tabla de salvación y no me quería dejar crecer. Así que acumulé una ira sorda contra ella, una ira de la que me sentía culpable y, entonces, aún la odiaba más por generarme unos sentimientos que me angustiaban. La primera vez que vi que mi padre le pegaba, sentí una inmensa liberación, no, yo no era culpable, la culpable era ella, ella era la que me provocaba, la que nos provocaba a mi padre y a mí, yo era inocente. Luego, la historia se repitió contigo y con otras. Maltratarte a ti era justificar el maltrato de mi padre, era reafirmarme en que lo que sentí siendo niño contra mi madre estaba justificado, no era un depravado. Un día, mi padre, yo tenía unos doce años, dijo que no era su hijo, pero no me importó, sabía que eso era mentira, reconocía su violencia en la mía, entendía sus palizas, le comprendía como solo yo le podía comprender, porque los dos éramos débiles, frágiles, necesitados. Izaskun, te busqué a ti porque eras aún más frágil que yo y tu debilidad me permitía seguir creyendo que el fuerte era yo. Y así fue. Pero nuestro hijo, mi hijo, murió por mi culpa. No hay día que no me acuerde de él y del dolor que te causé. Cuando veas esto, todo habrá acabado para mí, pero tú serás libre. Hay algo que te quiero pedir. Tengo una hija, vive con Jesusa, nuestra doncella, ayúdale en lo que puedas, ella no tiene la culpa de nada, y

perdóname, perdóname si puedes".

Terminé de leer.

El silencio era espeso como una losa.

Entonces oí la voz de Izaskun.

–Ni una sola vez dice que me ha querido.

Sara saltó como un rayo.

–Es que no te quería, no podía querer, solo se quería a sí mismo.

Izaskun negó con la cabeza.

–A ti sí te quería.

–No, no me quería. Yo iba a protagonizar el segundo acto de su vida. A sus cuarenta años, Santi empezaba a echar de menos a aquella madre que le mimaba y le protegía, a aquella madre autoritaria a la que temía. Y me encontró a mí. Yo era la otra cara de la moneda. Mi papel era protegerle como ella cuando era niño, arrullarle en la cama, ya te lo dije, jugaría a ser mi esclavo a ratos, pero me tendría sometida. Sabía que yo no le iba a querer, y aún le gustó más el juego, era una pobre camarera, una tiradilla y pensaba que iba a sucumbir a su dinero, y el tenerme encadenada, el verme obediente junto a él aunque no le quisiese, le gustaba, le gustaba mucho.

Entonces Izaskun me miró a mí.

–Y a ti, ¿te quería?

Puse cara de sorprendida.

Izaskun sonrió con amargura.

–Sé que anduvo contigo, pero también sé que fuiste tú la que le dejaste.

Sentí una profunda vergüenza.

Ella insistió.

–¿Te quiso?

Le dije la verdad.

–Sabes que no, supongo que en algún momento creyó que me quería, pero no era verdad, yo era solo su amiga, su bastón en los momentos malos y el cordón umbilical que le unía al pasado, a un tiempo en que era solo un niño inocente, o eso le gustaba pensar, porque ni siquiera entonces Santi fue inocente.

–Una noche, era tarde, llegó borracho y dañino a casa. Me empezó a hablar de ti. Entonces me dijo, entre risas de loco, que tú le habías entrado sin importarte que fuéramos amigas. Ya te he dicho que yo sabía que andabas con él, siempre hay un alma caritativa que te cuenta por tu bien lo que no quieres saber, y alguien os vio y me lo dijo, ya no recuerdo quién, y entonces comprendí, por su risa demente y su rabia, que tú le habías dejado. Sentí tanto miedo, que me quedé paralizada, le habías humillado, vejado, y supe que yo iba a recibir tu castigo. No me equivoqué. Enseguida empezó a decir que ya le podía

dar las gracias, porque en lugar de follarte como a una puta, él te había plantado. Además, se le habían abierto los ojos, por fin se había dado cuenta, si tú eras mi amiga, es que yo era como tú. Seguro que me había intentado tirar a más de uno de sus amigos.

Cogió aliento.

–Vi cómo, poco a poco, se iba creyendo lo que me decía y, a medida que iba nombrado a esos supuestos amigos con los que le había querido engañar, se le fue desencajando la cara, me miraba y yo creo que no me veía, creo que solo te veía a ti, y empezó a pegarme, empezó a pegarte. Después, paró de golpe y se fue.

Sentí una profunda congoja y me oí a mí misma diciendo "Lo siento, lo siento, lo siento".

–No te atormentes. Fuisteis amigos desde niños, a veces más que amigos, y, por fin, pasó lo que no era tan raro que pasase. Pero quiero que sepas que, aunque entonces me dolió mucho, preferí mil veces que estuviera contigo, antes que con otras, a fin de cuentas eras mi amiga, te conocía, y yo sabía que contigo no iba a durar mucho. Por eso no te lo reproché nunca.

–No, no duró mucho. Una tarde en Biarritz, le dije que se había acabado y que tenía que buscar ayuda. Me dejó en la oficina, supongo que luego se fue por ahí a beber y, en casa, se vengó contigo. Santi fue mi primer amor, pero no tengo excusa, te traicioné. Me he arrepentido una y mil veces.

–No te preocupes, ya no me acuerdo de eso.

Luego, se frotó con fuerza la frente con las manos, como si quisiera arrancarse los malos recuerdos.

–Santi ha muerto. Pero está esa niña. Me siento confusa. A veces la odio y otras veces, cuando la veo tan sola, tan desvalida, me recuerda a mí todos estos años.

Yo todavía estaba avergonzada por lo que había contado Izaskun.

Volví a repetir.

–Izaskun, lo siento, lo siento, lo siento...

Izaskun vino donde mí y me besó.

–Déjalo ya. A pesar de lo que pasó, siempre has estado ahí, has sido mi único apoyo, no sabes el consuelo que era tenerte cerca. Los días que no podía aguantar más, me decía que iba a hablar contigo y que tú me ayudarías, después, ya sabes, Santi me pedía perdón, lloraba, yo me olvidaba de lo que había pasado y me parecía que ya no te necesitaba.

Izaskun y yo nos quedamos mudas, yo rumiaba mi vergüenza y ella su tristeza.

Pero Sara tomó la batuta.

–Mirad, ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir, ¿qué os parece si comemos algo y descansamos?

Ni Izaskun ni yo queríamos comer.

–Claro que vais a comer, para enfrentarnos a las cosas que nos están pasando hay que estar fuertes. Un poco de pan tumaca y jamón. Lo preparo en un voleo.

Nos sentamos en la cocina frente a una botella de Rioja, mientras veíamos a Sara cortar el pan y preparar el tomate.

El vino nos sentó bien.

Me di cuenta de que Sara en aquel momento estaba relajada, olvidada de todo, olvidada de nosotras, tenía razón, debía abrir un restaurante. Me sentí identificada con ella, a mí me pasaba lo mismo cuando me zambullía en mis historias.

Y eso hice.

Comimos y me fui muy lejos con Juana de Lantaina y el señor de Ursua.

El patio del palacio estaba lleno de gente.

Tristán, en el centro, esperaba a la novia.

La Dueña vieja, los señores de Gentein y el obispo le dedicaron a Juana una sonrisa complaciente cuando empezó a descender con solemnidad las escaleras.

Juana se cubría con un velo de gasa, que le tapaba la cara y ocultaba su hermosa melena.

El cinturón de rubíes, perlas y amatista, regalo del novio, marcaba sus caderas y resplandecía como el sol.

La nodriza y dos criadas iban detrás, recogiendo la orla de la falda del vestido para que Juana no se tropezase.

En cuanto terminó de bajar, un criado colocó un rico almohadón de terciopelo y oro en medio del patio.

Tristán fue a recibir a su prometida, le tendió la mano y le llevó hasta el almohadón.

Juana se arrodilló allí.

Entonces, el obispo se acercó a la novia y le quito el velo.

Hubo una exclamación general de admiración al ver aquella hermosa melena, que se ondulaba como las olas del mar.

Un criado entregó unas tijeras al prelado, que cortó con cuidado los cabellos y los guardó en un cofre de madera labrada.

Enseguida la nodriza colocó una rica toca, casi más alta que la de la Dueña vieja, sobre la cabeza de Juana.

Juana, entonces, se levantó y ofreció el cofre a Tristán de Ursua, que lo cogió sin hacer el menor aprecio.

Después, empezó a sonar la música y se formó el cortejo con el obispo a la cabeza.

La procesión dejó la casa-torre y se dirigió a la pequeña ermita de

Santa Ana.

Los invitados y el pueblo esperaron fuera.

La ceremonia duró poco.

Salieron los novios y recibieron los vítores de los presentes.

Comenzaba la fiesta.

La gran sala de palacio estaba engalanada con dos grandes escudos, el de Ursua y el de Gentein, unidos por una hermosa guirnalda de flores.

Desde ahí, se oía el griterío de las gentes de Arizkun que cantaban, reían, bailaban y daban vivas a su señor.

La nodriza se escabulló en cuanto aparecieron los primeros manjares, había colocado un paño blanco en la ventana de la estancia de Juana y esperaba que Domenca Begiurdina, al verlo, entendería que necesitaba hablar con ella.

La anciana entró en el bosque y supo llegar hasta la cueva donde se había reunido con Domenca.

No tuvo que esperar mucho.

Las dos mujeres se sentaron en el suelo una frente a la otra.

Habló la nodriza de Juana.

–Algo está pasando.

Domenca, antes de responder, se asomó a la boca de la cueva para comprobar que estaban solas.

–Tristán lo sabe, el conjuro no ha hecho efecto.

La nodriza asintió.

Luego, intentó convencer a su hermana de leche.

–Tienes que decirle a tu hijo que Juana no está embarazada, puede que a ti te crea, aunque no sabe que eres su madre, hay lazos invisibles que os unen.

Domenca negó con la cabeza.

–Nunca me creerá, porque lo sabe, porque ha palpado el cuerpo de tu Juana y ha sentido que está llena, que en su vientre late una vida, que sus pechos son dulces, que huelen a leche. Sí, lo sabe.

La nodriza bajó la voz.

–Hoy he visto algo muy extraño.

Domenca no le dejó seguir.

–Sé lo que has visto.

Los ojos de la nodriza eran dos pozos de angustia.

–He visto a un criado que herraba el caballo de Tristán con las herraduras al revés.

Después, gritó.

–¡La va a matar y va a huir!

Domenca bajó la voz.

– Sí, la va a matar y va a huir, ¡pobre hijo mío!

La nodriza se santiguó sollozando.

–¡Mi niña está muerta!

Domenca también sollozó.

–Mi hijo la matará y, aunque las huellas de su caballo engañarán a los que le persigan, él perderá su alma, su casa y sus bienes.

Luego, se levantó, escupió en el suelo y, con su dedo índice afilado, señaló a la nodriza.

–Juana de Gentein ha traído la muerte a esta casa.

La nodriza, a pesar de su edad, se puso de pie de un brinco ágil, extraño, tenía el rostro de una fiera, echaba espuma por la boca.

–¡Mal día el que pariste a ese asesino y se lo entregaste a la Dueña vieja! ¡Le perseguiré hasta el infierno!

En la oscuridad de la cueva, solo iluminada por el débil rayo de sol que lamía la entrada con una polvorilla de luz, las dos mujeres eran dos brujas, dos harpías heridas en su corazón, preparadas para matarse.

Pero la nodriza se sobrepuso.

–Domenca, habla con Tristán, dile que repudie a Juana, pero que no la mate, que se quede con todos los carneros y sus collares de oro, que se quede con todo lo que quiera, pero que no la mate, si acepta, eso será bueno para Juana y para él.

Domenca respiró hondo y con tanto ruido, que parecía un semental montando a la hembra.

Por fin, aquellos bufidos fueron perdiendo fuerza.

Y entonces habló.

–Tienes razón, ese crimen es una desgracia para todos. Hablaré con él, ojalá me escuche.

Las mujeres se abrazaron.

Salieron de la cueva y cada una se fue por su lado.

Sonó el móvil.

Era Adriana.

Quería saber si estábamos preparadas para hablar con ella.

Sonreí a su tenacidad y le dije que sí.

Quedó en venir a casa a las seis, estaba terminando unos trabajos.

Capítulo 10

A las seis en punto llegó Adriana.

Y para no perder la costumbre, la reunión se celebró en la cocina. Allí las cuatro, alrededor del fuego, representábamos a tantas y tantas mujeres que, a lo largo de la historia, se contaban sus tristes historias al amor de la lumbre, escondidas en aquel rincón de la casa, el único, en el que se nos consideraba reinas.

Sara fue la primera en hablar despacio, pensando cada palabra.

–Os conté el otro día que reconocí a Santi en cuanto entró en la cafetería y que, en aquel mismo momento, decidí regalarle con un escarmiento por la vida que te daba, Izaskun. Pero no os he dicho que hubo momentos, en que dudé, en que tuve tentaciones de olvidarme de ti y aceptar lo que Santi me ofrecía, sobre todo cuando empecé a saborear lo que es ser una chica rica, lo que es entrar en un restaurante lleno y que monten, deprisa y corriendo, una mesa para ti o te lleven a la cocina, privilegio de los vips, y los cocineros te dediquen sonrisas mientras bailan entre sartenes y pucheros. Aquellos días en Barcelona, fui de sorpresa en sorpresa, clientes de la cafetería y amigos de Santi, la élite de la sociedad catalana, al vernos juntos, me saludaban como se saluda a una dama. Y aquello me gustó, sí, me gustó. Mi vida hasta entonces había sido una cadena de errores. Cuando dejé el instituto y nos fuimos a vivir a Barcelona, decidí que no quería estudiar más, que me ponía a trabajar. En casa necesitábamos dinero, así que a mis padres no les pareció tan mal. Y entonces me metí donde no debía. Mi compañera murió de una sobredosis una tarde tonta de febrero y yo me hundí en una depresión. Estuve ingresada dos meses, pero aprendí. Santi olisqueó mi vida pasada y le parecí un juguete perfecto. Pero era yo la que jugaba con ventaja, sabía quién era él y cómo era, así que, en tres días, superadas las tentaciones, le tuve cogido por los huevos y te brindé a ti la faena. Primero le saqué todo lo que pude y, luego, le dije adiós para siempre. Entonces fue cuando me suplicó que viniese, iba a ser la despedida, y acepté, pasar unos días en Donosti como una reina era tentador, además, imaginé que te volvía a ver, Izaskun, que me convertía en tu príncipe, te abría los ojos y te salvaba del monstruo. Después, tú y yo nos íbamos de la mano a un país lejano y éramos felices para siempre jamás.

Adriana otra vez se había convertido en la mujer invisible, escuchaba, escuchaba y escuchaba, sin mover ni una pestaña, las Martens eran unas estatuas de parque temático, quería que nos olvidásemos de ella.

Izaskun, antes de hablar, le sonrió agradecida a Sara.

–Pues yo te he odiado, como nunca he odiado a nadie. Supe que eras tú porque os vi salir del Niza y te reconocí enseguida, no has cambiado, estás igual de guapa. Me dolió tanto, que pensé que te estaba inventando, que estaba viviendo una alucinación. Conozco a Santi y me di cuenta enseguida de que le ibas a atraer como ninguna le había atraído. Pero también sabía que a ti no te iba a engañar como me engañó a mí y que, después de unos días, le dejarías. Eso me dio miedo por ti y por él. Santi cada vez bebía más y, además, no se lo he contado a nadie, había tenido un intento de suicidio. Tuve la sensación de que mi vida se precipitaba…

Le corté, aquello me había hecho daño, Santi era mi amigo y nunca me dijo que había intentado suicidarse, tampoco Izaskun me había contado nada.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–¿Quieres decir que por qué no te lo contó él?

Tenía razón.

–Supongo que no te lo dijo porque ocurrió después de tu ruptura. Y no sé por qué te lo cuento ahora. No quería darte el gusto de que supieras que Santi se había intentado suicidar por ti. Pero ya no importa. Fue el día que fuisteis a Biarritz. Ya os he dicho que vino a casa borracho, que se vengó conmigo de ti porque le habías dejado y que, después, se marchó. Yo me tomé un tranquilizante y me fui a la cama. A las tres de la madrugada, me llamó la Ertzaintza. Le sacaron del río Urumea, un pescador, que andaba por ahí, le vio tirarse al agua y dio la voz de alarma. Corrí al hospital y los médicos me tranquilizaron, estaba a salvo. Luego, durante una temporada, Santi fue un corderito manso que no se separaba de mis faldas. Y yo pensé que, por fin, había aprendido, que nuestras vidas iban a cambiar. Pero, como siempre, pasado un tiempo, todo volvió a aquella sórdida normalidad. Sé que otra vez empezó a salir con unas y otras, porque le controlaba el móvil. Hasta que desapareció de casa, después me enteré de que estaba en Barcelona. Unos días más tarde, me dijeron que le habían visto en la cafetería del Niza con una mujer muy guapa. Jamás sospeché que fueras tú. Pero me aposté cerca y, como te he dicho, os vi salir, sí eras tú, y era verdad, estabas más guapa que nunca.

Se quedó pensativa.

–En aquel momento entendí lo que sentía Santi cuando me pegaba, entendí sus iras y sus rencores, una ola de furia me volvió loca, si llego a tener una arma, te mato allí mismo, te mato a ti, no a él, él era mi hombre y estaba enfermo, me necesitaba, tú me habías traicionado…

Ya que estábamos de confesiones, yo tenía algo que decir.

–Sin embargo, Sara y tú os visteis el día de la muerte de Santi por la tarde.

Las dos me miraron sorprendidas de que lo supiese.

Me reí.

–Yo también sabía que Santi le había reservado a Sara una habitación en el Niza. Después de tu llamada ese mediodía, diciéndome que sabías lo de Sara, me quedé intranquila. Y por la tarde, te llamé al móvil varias veces, pero siempre estaba apagado. Me asusté. Fui a tu casa y tampoco había nadie. Te conozco y pensé que se te podía haber ocurrido ir a exigirle a Sara que dejase en paz a tu marido. Así que me acerqué al hotel. Me senté en la terraza de La Perla, desde ahí se ven los balcones de las habitaciones que dan a la bahía, era una tarde espléndida. Esperé, estaba segura de que, si estabais juntas, en algún momento te asomarías al balcón. Y acerté, un rato después os vi a las dos, Sara hablaba y hablaba, tú mirabas el mar, supongo que buscando un velero, ese velero que para ti siempre ha sido el país de la felicidad y que, desgraciadamente, creo que sigue siendo.

Sara sonrió.

–Es verdad. Pero no fue ella la que decidió venir, le llamé yo. El día, como has dicho, era magnífico y, por la mañana, fui a Getaria con Santi en su velero, comimos allí y, a la vuelta, me dejó en el hotel, yo me iba al día siguiente y se empeñó en que cenásemos en Itsaso-Loreak, era nuestra despedida, él se iba encargar de organizar todo en la villa. Entonces, pensé que era el momento de poder ver a Izaskun, tenía un par de horas. Así que le llamé, sabía que podía estar enterada de que era yo la que ahora estaba con Santi y le quería explicar que era por ella, que no le había traicionando. Además, ¡hacía tanto tiempo que no nos veíamos!

Izaskun le cortó.

–Pero no le creí. Ya os lo he dicho, estaba tan guapa, que sentí unos celos salvajes. Volví a casa destrozada. Después, llamó Santi y me dijo que fuera a la villa.

Me dirigí a Adriana.

–Santi también me llamó a mí.

–Entonces, por lo que decís, Santi os convocó a las tres en Itsaso-Loreak, ¿no es así?

Le dijimos que sí.

–¿Por qué?

Pedí la palabra, yo creía saber muy bien por qué.

–Santi intentó hasta el último momento convencer a Sara para que se quedase con él y, cuando se dio cuenta de que no tenía nada que hacer, nos llamó. Iba a escenificar su suicidio delante de nosotras. Nosotras éramos las culpables de lo que le pasaba y quería cargarnos con su muerte. Por eso nos convocó a las tres, estoy segura.

Intervino Adriana.

–Es muy posible, cuadra con el perfil de estos hombres, ellos nunca son culpables de nada y se liberan castigando a esos otros que consideran los causantes de sus desgracias. Su capacidad de gestionar la frustración es nula y, cuando llega esa frustración, es una bomba de relojería a punto de explotar, entonces, en lugar de desactivarla, lo que hacen es lanzarla contra los demás.

Reflexioné.

Para mí, además de lo que nos acababa de decir Adriana, hay otro aspecto del maltrato, del que se habla poco, y es que la víctima convive con un hombre con poderes mágicos, capaz de hacerle creer que le quiere hasta el infinito y de llevarle, también, a infiernos infinitos. Por eso tantas mujeres no presentan denuncias o, después de presentarlas, las retiran. Se puede pensar que esas mujeres son unas tontas, y no, no es verdad, es algo más complicado, la relación entre el maltratador y su víctima es retorcida, engañosa, envolvente, perversa.

Adriana acabó con mis reflexiones.

–Vámonos a la villa. Es mejor que analicemos lo que ocurrió en el escenario de los hechos, así me haré mejor a la idea.

Se puso de pie.

Y, al verle allí plantada delante de nosotras con sus Martens, el zurrón y aquellas ropas incoloras, recordé la primera impresión que me produjo cuando vino a casa por primera vez. Ahora, sin embargo, Adriana nos trasmitía calma y serenidad, nos decía que Izaskun no estaba sola y nosotras tampoco.

Como seguíamos sentadas, gritó:

–¡Vamos!

Y nos levantamos como autómatas.

Adriana dijo que nos esperaba en Itsaso-Loreak y me alegré de no tener que montarme en aquel huevo con ella al volante.

Fuimos en mi coche.

Cuando llegamos, estaba ya en la puerta jugueteando con Luka, que saltaba y movía la cola muy contenta.

Entramos y pasamos al salón.

Y allí, en el gran sofá tapizado de seda, que fue mi escondite el día aciago en que aprendí que la vida no siempre es de color de rosa, empezamos a rehacer lo que ocurrió.

Adriana marcó el orden, la primera fue Sara.

–Me iba al día siguiente a Barcelona. Durante los dos días que estuve aquí, ya os lo he dicho, me había tratado como a una reina, incluso empecé a pensar si las noticias que me habían llegado de él no serían falsas. El plan era apetecible. Velero hasta Getaria, comida en el restaurante Elkano, vuelta y gran cena en Itsaso-Loreak. Esa iba a ser nuestra despedida. Luego, me dejaría en el hotel y, salvo que yo quisiese, no nos volveríamos a ver.

Adriana puso cara de escepticismo.

–¿Y tú le creíste?

Sara dijo que sí.

En aquel momento fui consciente de que, simplemente, contando las cosas en alta voz, los hechos aparecen tal y como son, sin ningún halo que los disfrace, por ejemplo, la ingenuidad de Sara quedaba patente y costaba comprender que una mujer como ella hubiera caído en aquella trampa.

–Ahora yo tampoco entiendo cómo pude creerle. Pero es verdad, le creí o no quise pensar. En fin, al principio, todo fue bien, quizás demasiado bien. Nos bañamos en un mar en calma, bebimos champán y en ningún momento intentó nada conmigo. El restaurante era bonito, elegante, una gran galería al mar enmarcada con cortinones, y el pescado, maravilloso. Con el vino y las copas, Santi se puso tierno, insistió en que me quedara, se iba a separar de su mujer y quería estar conmigo para siempre, pero no pasó de ahí. Me dejó en el hotel y me dijo que se iba a organizar la cena.

Adriana le interrumpió.

–¿Ni siquiera entonces pensaste que te estabas metiendo en la boca del lobo? ¡Ibas a encerrarte con él en una villa deshabitada!

En aquel momento, no sé por qué, me vinieron a la mente algunos cuentos infantiles, Sara había sido como la Ratita Presumida acostándose con el malvado gato o como las mujeres de Barba Azul, que creían poder engañar al monstruo. Sí, había sido una estúpida.

–No, no lo pensé, al revés, me alegré imaginando que el último acto de mi venganza a Izaskun iba a tener el marco que le correspondía, Itsaso-Loreak, el búnker de aquel maltratador. Fui prepotente y tonta.

Adriana le dijo que siguiera.

–Santi fue al hotel a buscarme. Cuando llegamos a la villa, tomamos unos Martini en la terraza mirando el mar y, luego, dijo que me iba a enseñar la casa. Las salas de la planta baja, los muebles, las lámparas, todo era suntuoso, sin embargo aquella casa grande, iluminada solo para nosotros dos y para Luka, que nos seguía a todas partes, me produjo inquietud. Me enseñó el comedor, la única luz era la de las velas de los candelabros de plata, que estaban sobre esa mesa ovalada y tan grande, vi mi sombra y la suya reflejadas en la pared, era un extraño que me perseguía. Debajo de una de las servilletas, adiviné un bulto, un paquete pequeño, e imaginé lo que era. A partir de ahí, fui consciente de que podía pasar cualquier cosa en cuanto rechazase el anillo. Entonces, la soledad de la villa se convirtió en un enemigo mortal, pero no era el momento de asustarse y decidí actuar con inteligencia. Me llevó, luego, a las habitaciones de arriba. Subimos la gran escalinata y, cuando llegamos al primer piso, es

verdad que calculé mentalmente la distancia que había desde allí hasta el suelo, y es verdad, también, que pensé que, a malas, con un empujón podría liberarme de él.

Adriana parecía pasmada.

–¡Qué tontería! Santi era un hombre, alto, fuerte, desquiciado.

Sara puso cara de *mea culpa*.

–Tienes razón.

Adriana se volvió a indignar.

–No sé qué nos pasa a veces a las mujeres, nos creemos redentoras, capaces de dominar situaciones imposibles y nos convertimos en tontas de remate.

Después de desahogarse, quiso conocer matices.

–¿Qué hizo exactamente que te sintieras en peligro, además de la soledad de la casa?

–Aparentemente nada, él estaba cariñoso, pero, quizás, también estaba raro. Volvimos al comedor. Santi me dijo que me sentara, que él se iba a encargar de servirme. Primero abrió una botella de la Veuve de Clicquot. Brindamos por nuestra amistad. Luego, me dijo que levantara la servilleta. La levanté con miedo, sabía lo que había, y me encontré con un estuche de Cartier, ni lo toqué. Le di las gracias, pero le dije que no iba a aceptarlo. Y entonces, se derrumbó delante de mí. Lloró, suplicó, exigió, tenía que quererle, su vida había sido muy desgraciada y yo era la única persona que le podía dar estabilidad, que le podía hacer feliz. Le intenté consolar como pude y le propuse cenar mientras hablábamos, yo misma acerqué las ostras, las cigalas, el caviar, que estaban en el aparador. Y me inventé un cuento tranquilizador para justificar mi negativa y que él no se sintiera humillado. Le expliqué que nuestros mundos eran muy distintos, que mi vida había sido complicada y no estaba preparada para mantener una relación con un solo hombre, que él era más culto, más inteligente que yo, y que no me iba a aguantar, que entre nosotros podía haber una bonita amistad, pero nada más. Poco a poco, pareció que estaba mejor y hasta nos reímos. Pero, de repente, cambió, fue otro, se le crispó la cara, pegó un manotazo en la mesa, rompió una copa y se puso a gritar "¿Tú te has creído que a mí me puedes engañar tan fácilmente?, ¿que soy un pobre hombre?, ¿que porque me digas cuatro palabras bonitas, me voy a tragar tus mentiras? ¡A mí no me deja nadie, ¿te enteras?! ¡A mí no me deja nadie, y menos una tirada como tú!". Se puso de pie con la copa rota en la mano y levantó el brazo, creí que me la iba a clavar en el corazón, que me mataba. Pero entonces, dejó la copa sobre la mesa, se dio media vuelta y salió del comedor, solo un segundo más tarde oí que os llamaba y os pedía que fueseis a la villa. Volvió al comedor y me pidió perdón por lo de antes. El saber que ibais a venir me

tranquilizó. Después, me rogó que hiciéramos el amor por última vez, vosotras tardaríais un rato en llegar, y acepté, tenía el don de hacerte creer que de algún modo eras culpable, y pensé que se lo debía. Subimos al cuarto de sus padres, me dejé acariciar, le acaricié yo también, pero no pudo. No era la primera vez que le pasaba eso conmigo. Hice alguna broma tonta para quitar importancia y, por distraerle, le sugerí que nos tomáramos una copa de champán y que me contase por qué os había llamado. Bajamos, nos tomamos la copa, sin embargo, a partir de ese momento, no dijo ni una sola palabra, solo me acarició la mano una y otra vez.

Fue el turno de Izaskun.

–Aquella tarde lloré mucho, saber que Sara y Santi estaban juntos me hacía mucho daño. La imagen de los dos haciendo el amor no se me iba de la cabeza. Una ira sorda me comía el corazón. Me sentí muy sola y alimenté mi querida autocompasión, lo hacía muchas veces, era una experta en eso, así me convencía de que yo era una pobrecita incapaz de tomar decisiones, que no me quedaba más que aguantar, que no tenía nada que hacer, y sentía una sensación agridulce que me hacía compañía. Entonces me llamó Santi, quería que fuera a la villa lo antes posible, era muy urgente. Me asusté, y eso hice, vine aquí. Nada más entrar, apareció Santi y me dijo que esperara en el salón, iba a ser cosa de unos minutos. Estaba muy extraño, nunca le había visto así. Me miraba con una superioridad rara, no con la superioridad despreciativa con la que me solía mirar otras veces. No sé, daba la impresión de que se sentía un héroe, o eso pensé. Y poco después, llegaste tú.

Asentí.

–Cuando Santi me llamó para que viniera, me di cuenta de que algo muy extraño estaba pasando. Pensé en avisar a la policía, pero, como siempre, me dije que no había que dramatizar, Santi me había dicho que tú, Izaskun, también ibas a estar en la villa, en fin, que éramos una multitud para que se atreviera a hacer una barbaridad. Llegué, y Santi me abrazó con una intensidad que me asustó. Le miré directamente a los ojos, "¿Qué pasa, Santi?". No desvió la mirada, la sostuvo, de alguna manera me estaba retando, entonces no entendí lo que significaba aquella mirada, luego sí, "Te crees que no valgo nada, pero ahora te vas a enterar de lo que soy capaz". Después, me dijo, "Alguna vez tenía que ser y yo creo que es el momento". Me quedé confusa, tampoco supe interpretar sus palabras.

Me callé, recordando aquel momento.

Pero Adriana me animó a seguir.

–¿Entonces qué pasó?

–Sara salió del comedor y Santi le presentó, las tres hicimos como si no nos conociéramos. Entonces dijo que nos quería enseñar una cosa

y nos llevó al cuarto de sus padres. Cuando vi la fotografía de sus padres en la mesilla, no sé qué se me revolvió por dentro, intuitivamente me di cuenta de que ellos y nosotras íbamos a participar en algo que no me gustaba nada. Y así fue, enseguida Santi sacó un revólver, nos apuntó y nos arrinconó contra la pared.

Adriana quiso conocer nuestras reacciones.

Izaskun le contestó con la voz llorosa.

–Le dijimos que no hiciese tonterías, que dejase el arma…

Continué yo.

–Esperó a que nos calláramos, parecía tranquilo, y, luego, salió de la habitación, se puso de espaldas a la escalera y gritó: "Los remordimientos no os van a dejar vivir el resto de vuestra vida", después, señaló la foto de sus padres y añadió "Y, estéis donde estéis, a vosotros tampoco", y, sin más, se pegó un tiro en la boca, todo duró un segundo. Fue entonces cuando comprendí lo que me había dicho su mirada retadora.

Y volví a revivir el momento, el ruido del impacto, el ruido del cuerpo cayendo cabeza abajo por las escaleras, el ruido de la cabeza destrozada pegando un golpe seco escalón a escalón, la sangre, la sangre y los trozos de cerebro pringándolo todo. Cuando llegó abajo, Luka trotó hasta él y se puso a lamer aquella cabeza rota.

Observé a Sara y a Izaskun, las dos tenían la misma mirada de esa noche, vi a Santi muerto en sus pupilas. Y recordé que, aunque había hecho un día espléndido, a esa hora empezó a soplar el viento sur, algunas hojas entraron por la puerta de la entrada, que no sé por qué estaba abierta, y se detuvieron contra el cuerpo de Santi, como los restos de un naufragio. El rumor de aquel viento me pareció la voz de la hiedra cantando una balada lúgubre que hablaba de desamor, de violencia y de muerte. Y pensé que esa balada la había escuchado mucho antes, cuando Santi y yo éramos niños y se levantaba la galerna, creo que ya entonces la hiedra nos decía lo que iba a pasar, aunque nosotros no podíamos comprenderle.

Sé que, mientras esperábamos a la policía, miré alrededor, el piano, los cuadros, las figuras de porcelana también cantaban el dolor que había vivido allí escondido desde hacía tantos años.

Luego, salí con Sara a la terraza para no ver a Izaskun, que se había sentado en un escalón y velaba con Luka el cadáver de Santi. Santi podía estar satisfecho, Izaskun estaba rota, parecía una pequeña huérfana que no se quiere separar de su padre muerto. Izaskun repetía una y otra vez, como una nana "Yo he tenido la culpa, yo he tenido la culpa". Sí, Izaskun era más víctima ahora que cuando Santi le humillaba y le pegaba.

Sé también que en algún momento pensé que, si lo que estábamos viviendo fuese el argumento de una película, ahora que había llegado

el final de la historia la casa ardería en llamas, se desmoronaría poco a poco hasta acabar convertida en cenizas, en nada. Esa sería la última escena.

Sin embargo, no fue así, lo que acababa de ocurrir no iba a desparecer para siempre sin dejar rastro engulléndose a Itsaso-Loreak. El camino que le esperaba a Izaskun hasta recuperarse iba a ser largo y duro, aceptar todo lo que había vivido era aceptar que había perdido muchos años de su vida. Había, además, miles, millones de Itsaso-Loreak esparcidas por el mundo, que escondían el mismo sufrimiento, la misma locura, el mismo dolor.

Ahora teníamos que reconstruirnos, que reinventarnos, dejar correr el tiempo para que se fueran suavizando los contornos de lo que habíamos vivido, para que Izaskun fuera capaz de sentirse segura y pudiera empezar una etapa nueva, para que yo olvidara y fuera capaz, también, de tener una relación limpia con Telmo, para que Sara dejara atrás errores pasados y diseñara una vida a su medida.

La voz de Adriana me devolvió al ahora.

–Lo que habéis vivido, lo que ha vivido Izaskun año tras año, se enmarca en lo que llamamos violencia de género. Izaskun, ¿sabes lo que eso significa?

Le miramos las tres sin comprender qué quería decir, claro que Izaskun y nosotras sabíamos lo que significaba violencia de género, era una obviedad.

–Ya, ya, pues creo que no lo sabéis bien. La violencia de género es una forma de violencia específica contra la mujer por el hecho de ser mujer, igual que hubo una violencia específica contra los esclavos por el hecho de ser esclavos. Esa violencia va dirigida contra nosotras simplemente porque, desde el origen de los tiempos, el hombre ha sido nuestro dueño, del mismo modo que, hasta hace no muchos siglos, era el dueño de sus hijos. Nuestro rol siempre ha estado subordinado al varón, les pertenecíamos. Dejando a parte la madre, las hermanas, la esposa y las hijas de cada uno, todas las demás constituíamos una especie de bien común, hemos sido patrimonio de todos los hombres, acordaros de las guerras, aún solemos formar parte del botín, por eso el uso y abuso que se ha ejercido sobre nosotras, ha estado admitido como algo lógico y natural, y ha estado recogido en las leyes, ¿os dais cuenta?, ¡en las leyes! No sé si sabéis lo que eso significa.

Me sonreí.

–Yo creo que estás exagerando un poquito.

Adriana movió la cabeza negativamente.

–No, no exagero nada, mira, hasta la Constitución de 1978, o sea, hace nada, la ley nos obligaba a presentar el permiso del marido para poder trabajar, para sacarnos el carnet de conducir y el pasaporte,

para abrir una cuenta en un banco, para comprar o vender un piso… ¡Las propias leyes limitaban nuestros derechos y nos subordinaban a los hombres!

–De acuerdo, pero hoy todo eso ha cambiado.

–Es verdad, pero todavía hay mucho camino que recorrer. Aún queda un poso, una costumbre, que, en cuanto rascas un poco, vuelve a brillar con resplandores viejos.

Sara estuvo enseguida de acuerdo con Adriana y me sorprendió con una información que no conocía.

–Ni siquiera en los movimientos revolucionarios más importantes de la historia se puso en cuestión nuestra condición de subordinación. La Declaración de los Derechos del Hombre, en plena Revolución Francesa, no incluía los derechos de las mujeres ni de los esclavos. Olympe de Gouges, en 1791, redactó una "Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana" y acabó en la guillotina.

Adriana le corrigió.

–No acabó en la guillotina por eso, sino por razones políticas, pero su Declaración fue rechazada por revolucionarios y monárquicos, en eso todos estaban de acuerdo.

Admití que no lo sabía, siempre había creído que, desde que se proclamaron, estábamos incluidas en la Declaración de los Derechos del Hombre.

Adriana carraspeó y se dispuso a darnos una lección de historia.

–En Europa, el primer país que aprobó el derecho al voto de la mujer fue Finlandia, y estoy hablando de 1907. En España no se aprobó hasta la Constitución de 1931, en Francia en 1944, Italia en 1946, Suiza en 1971, y, como veis, estoy hablando del siglo pasado, hace nada.

Hizo un silencio para comprobar que le escuchábamos con atención.

–Hay una lista infinita de fechas que muestran el retraso absoluto en el que nos han obligado a vivir. Todavía hoy, como sabéis, existen diferencias de salario entre hombres y mujeres en determinadas profesiones, el peso de la conciliación familiar lo llevamos siempre nosotras y en el mundo del espectáculo los abusos sexuales muchas veces son la moneda de cambio para poder triunfar. Pero hay algo muy importante que no debéis olvidar…

Tomó aliento.

–No basta con cambiar las leyes, hay que cambiar la forma de pensar no solo de los hombres, sino también de las mujeres. Nosotras también tenemos que sacudirnos de mañas viejas, por eso hay mujeres que justifican lo que les pasa.

Se dirigió a Izaskun.

–Ese ha sido tu caso.

Izaskun empezó a poner peros.

Adriana no se lo permitió.

–Solamente si somos capaces de denunciar, de gritar al mundo la situación que estamos viviendo, podremos acabar con esta lacra. Por eso me parece importante el trabajo de recopilación que estoy haciendo, enumerando, estudiando, caso a caso, el maltrato y las muertes por violencia de género. Creo que puede ayudar a muchas mujeres a detectar los primeros indicios de violencia en sus parejas y evitar muchas muertes. Hay que romper el silencio, la mayoría de las veces la víctima, como te pasa a ti, se siente avergonzada, se siente culpable. El testimonio de otras mujeres que han pasado por lo mismo, tu testimonio, Izaskun, es crucial.

Oí la justificación de Izaskun.

–Es que, cuando quieres a alguien y confías en esa persona, es muy difícil admitir lo que te está pasando, antes de culpar al otro, te culpas tú misma. Además, mi caso no es exactamente como esos que has contado, Santi a mí me quería.

Adriana movió la cabeza negando a Izaskun.

–Cuando un niño sufre explotación, abandono, abusos de sus padres, lo primero que piensa es que él tiene la culpa, sus padres le quieren y son buenos, es imposible que le hagan nada malo. Eso es normal en la infancia, pero, Izaskun, tú eres una mujer adulta y sabes exactamente lo que has soportado, no me digas que tu caso es distinto.

La indignación de Sara atropellaba sus palabras.

–No vuelvas a decir que Santi te quería, por favor.

Izaskun, entonces, arremetió contra Adriana.

–Y tú que sabes tanto de estas cosas, ¿cómo ha sido tu relación con los hombres?

Adriana aceptó con una sonrisa el zarpazo de Izaskun.

–La verdad es que no mucho mejor que la tuya. Me enamoré de un compañero, como solo nos enamoramos una vez en la vida. Él estaba casado, su mujer sufría una enfermedad degenerativa desde hacía años, me contó lo de siempre, que la relación con su mujer era muy dura, que se sentía muy solo y que se había enamorado de mí. Durante un par de años fui la mujer más feliz del mundo. Le ayudé todo lo que pude en su situación familiar, que era muy difícil. Y un día murió la mujer. Pensé que, a partir de entonces, no había ninguna traba para nuestra relación, que viviríamos juntos. Pero no fue así, desde aquel momento se empezó a alejar, estaba distante, no cogía mis llamadas, me evitaba y un día me enteré de que se andaba riendo de mí con los compañeros. Entonces comprendí que simplemente me había utilizado en los tiempos malos, no había sido más que su refugio y, ahora que ya estaba libre, no quería saber nada de mí. Sin embargo, no acepté la evidencia, perdí los papeles y la dignidad, y empecé a

perseguirle, iba a su casa a cualquier hora, le mandaba mensajes hasta con sus hijos, y, un día, me amenazó con ponerme una denuncia. Creo que fue a partir de entonces cuando entré en razón. Me costó mucho, lloré mucho, pero, poco a poco, le fui olvidando. Hace tres meses me llamó después de cinco años, estaba enfermo, su pareja le había dejado, quería volver…

Sara saltó.

–¡Supongo que le mandaste a la mierda!

Adriana sonrió con tristeza.

–Sí, pero me costó decirle que no, la verdad es que, a pesar de todo, si me hubiera dejado llevar, habría vuelto con él, le había querido mucho, y creo que le sigo queriendo.

Luego, se dirigió a Izaskun.

–Como ves, tú no eres la única que ha hecho tonterías. Te entiendo, ¡claro que te entiendo!, pero tenemos que acabar de una vez con todo esto y no va a ser fácil, todavía hay mujeres como tú, que no aceptan la evidencia.

Izaskun no contestó, estaba oscura y a la defensiva.

Nos quedamos calladas y, entonces, no sé por qué, me fijé en las botas de Adriana y me acordé de que, la primera vez que nos vimos, ella me dijo que algún día me contaría la historia de esas botas que le daban aquel aspecto extraño.

–Adriana, cuéntanos la historia de tus botas.

–Es una historia triste.

–No importa, todas estamos tristes.

–Está bien.

Hizo un silencio antes de empezar.

–Bueno, en 1960, en una pequeña factoría inglesa se fabricó el primer par de botas Dr. Martens, después de comprar la patente a Klaus Martens, un doctor de la Wehrmacht en la Segunda Guerra Mundial. A finales de los sesenta, los punks y los roqueros las empezaron a usar, y ya en los setenta, Pete Townshend, el compositor del grupo *The Who*, las puso de moda. No sé si habéis visto la película *Quadrophenia*, lleva el título del sexto disco del grupo, era un ópera rock, que se publicó en 1973. La película cuenta el enfrentamiento entre dos bandas urbanas, los *mods* y los *rockers*.

La verdad es que yo no sabía adónde quería llegar con aquella historia de las Martens y, además, tampoco había visto esa película.

–Bien, yo tenía una hermana mayor, Cecilia. Vivíamos en Bilbao. Siempre fue muy especial para desesperación de mis padres. Ella escuchaba a *The Who*, en fin, creo que perteneció a todas las tribus urbanas que entonces estaban de moda y no se separaba nunca de sus Martens. Una noche encontraron su cuerpo en el interior de una lonja abandonada, antes de estrangularla, la habían violado de modo

salvaje. En aquella época, no se tenía la misma conciencia de ahora y, si una chica llevaba una vida fuera de las normas, parecía que se había ganado a pulso lo que le pudiera pasar. La policía investigó el caso, no sé si con mucha fe, y no encontraron a los asesinos. Pasó el tiempo, y otra chica murió en las mismas circunstancias, pero ahora se trataba de una chica formal, de la que no se podía decir que se lo hubiera buscado. Y esta vez, la policía sí encontró a los asesinos y violadores, y descubrió que eran los mismos que habían violado y asesinado a Cecilia. Creo que fue entonces cuando decidí ser policía, iba a trabajar para que no volviera a ocurrir lo que había pasado con mi hermana, yo no iba a permitir que se abandonase ninguna investigación por culpa de absurdos prejuicios. Y decidí llevar unas botas Martens, las botas me recordarían a Cecilia y me ayudarían a estar siempre con las pilas puestas.

Cuando terminó de contar su historia, las tres estábamos emocionadas.

Adriana rompió el silencio.

–Izaskun, ¿me dejarás hablar de tu historia?

Izaskun tardó en contestar.

–No sé, la verdad es que ahora no sé nada.

El salón de Itsaso-Loreak se iba quedando en penumbra.

Era tarde y abandonamos la villa.

Cuando cerré la puerta de la verja, miré hacia atrás y vi que la hiedra crecía y crecía haciendo ruido, engullendo a la casa. Era como si aquella hiedra se hubiera alimentando del dolor y la tragedia, y, ahora que todo había terminado, rebañase el plato apurando los últimos restos.

Sí, todo había terminado y me llené de alegría. Izaskun aún no estaba preparada para reconocer lo que había vivido y tampoco se había despedido del todo de Santi, pero estaba segura de que solo había que dejar pasar el tiempo, la vida empuja. Al menos Sara se iba a Barcelona al día siguiente con un proyecto y una amistad recuperada, y habíamos conocido a Adriana, yo sí iba a colaborar con ella en lo que pudiera.

Y, entonces, les propuse que nos fuésemos las cuatro al Reseca, y nos tomásemos unas gambas con gabardina y unos marianitos, brindaríamos por el futuro.

Capítulo 11

Cuando salimos del Resaca y despedimos a Adriana, yo me fui a buscar a Telmo.

Había llegado el momento.

Atardecía detrás de la Isla, el mar se mecía tranquilo y el agua reflejaba un cielo sin nubes de color azul, que se iba haciendo oscuro. Venus brillaba allí en lo alto.

Llegué a la oficina, ya se había ido todo el mundo, solo estaba Telmo.

En cuanto me vio, supo a qué iba.

Vino hacia mí y me abrazó.

Entonces, se me desbordó el alma y lloré, lloré, lloré.

Telmo me dejó llorar sin decir palabra.

Por fin, sentí que me había vaciado de aquel pozo profundo de tristeza.

Esta vez hicimos el amor como en las películas, solo estábamos él y yo, no teníamos pasado ni futuro, éramos un ahora pleno, sin fantasmas.

Luego, le conté todo lo que ocurrió aquella noche.

Hablamos de amor y de nosotros.

Íbamos a empezar una historia, la nuestra, sabiendo que los dos llevábamos una mochila a la espalda cargada de historias pasadas, que aún querían extender sus tentáculos.

Íbamos a tener que saber gestionar nuestro corazón maliciado por el tiempo.

Íbamos a aprender a entendernos, a querernos, a vivir uno al lado del otro.

Íbamos a echar a andar juntos.

Por la mañana volví a casa para despedirme de Sara, Izaskun venía a desayunar con nosotras.

Sara estaba contenta, iba a dar un nuevo rumbo a su vida.

Ahora era Izaskun la que debía ir reencontrándose poco a poco.

Cuando Sara se marchó, fui a la oficina, volvía a mi rutina, a

trabajar, a pensar viendo discurrir el río.

Allí, en mi mesa, decidí que había llegado el momento de terminar la historia de Juana de Lantaina, la triste historia de Juana de Lantaina, que me había acompañado en aquellos días tan duros. Ella también debería aparecer en el libro de Adriana, como tantas y tantas mujeres a las que se las había tragado la historia desde el comienzo de los tiempos y de ellas no había quedado ni rastro.

Pasó una gaviota muy blanca, limpia, parecía nueva.

Yo también me sentía nueva.

Durante siete días y siete noches, después de la boda, Tristán de Ursua hizo suya a Juana de Gentein una y otra vez. Durante siete días y siete noches no salieron de la alcoba. La Dueña vieja se acercó muchas veces a la puerta y le rogó a su hijo que tomase un poco de alimento, que pusiese fin a aquella desmesurada. Pero nadie le contestó, detrás de la puerta solo se oían los rugidos de Tristán, que cabalgaba sobre Juana como un diablo lascivo. Por fin, el último día, Tristán ordenó que preparasen la mesa y los manjares más exquisitos, Juana y él bajaban a cenar, no quería criados, no quería a nadie en el salón, mataría al que se acercara.

Era noche cerrada cuando Tristán y Juana salieron de sus aposentos. Un gran silencio flotaba, como la niebla negra, en los pasillos, los patios y las estancias de la casa-torre. La Dueña vieja y la nodriza les vieron bajar las escaleras escondidas en un rincón oscuro. Juana estaba tan pálida, que parecía de cera. Tristán iba detrás de ella, vigilando sus pasos, era su prisionera. Entraron en el gran salón y Juana se dejó caer en un escabel que había cerca.

Tristán gritó.

–¡Levántate! ¡Te sentarás cuando yo te lo ordene!

Juana se levantó, pero las piernas no le sostenían y cayó al suelo, allí tendida parecía una niña muerta.

Tristán le cogió en sus brazos, le sentó en el escabel y le obligó a beber un poco de vino para que se repusiera.

Juana pareció reponerse un poco.

–¿A qué esperas para matarme?

Tristán tiró contra el suelo la copa de plata que tenía en la mano y el vino se derramó, formando hilillos de sangre.

Entonces, se acercó a Juana y le agarró por el cuello.

–¡Me has traicionado, me has engañado!

La Dueña vieja sujetó a la nodriza, que quería correr a ayudar a su niña.

–Quédate quieta, mujer, sabes que su destino está escrito. Ni tú ni yo podemos hacer nada. El corazón de Tristán ya no es suyo, lo

habitan las furias y los diablos, que son sus dueños.

Tristán, ahora, acarició la melena de Juana y le empezó a peinar con cuidado, como si tuviera miedo a hacerle daño. Luego, puso en orden los pliegues del vestido, despacio, buscando la perfección. Después, desanudó el pañuelo de muselina verde, que Juana llevaba atado a la muñeca y se lo ató en su propio brazo.

Se alejó unos pasos para contemplarla.

No le gustó la cara de Juana, demasiado pálida.

Cogió el cuchillo, que estaba sobre la mesa, y sujetándole la mandíbula con fuerza, le pinchó las mejillas hasta que brotó sangre, entonces, extendió aquella sangre por los pómulos y Juana pareció arrebatada, ruborosa.

Tristán sonrió.

Tomó a Juana de la mano.

–Vamos a la ermita, te vendrá bien rezar.

Y como dos novios enamorados que buscan la soledad, salieron de palacio.

La noche era negra, no había luna, no había estrellas.

Se oyó piafar a un caballo, parecía un lamento, un lamento que subía como un cuerno dolorido hasta el cielo, sus pobres pezuñas soportaban unas herraduras extrañas desde hacía días.

Juana y Tristán atravesaron la pequeña muralla y se dirigieron a la baseliza de Santa Ana.

Detrás, confundidas con la oscuridad, les seguían la Dueña vieja, la nodriza y Domenca Begiurdina, que se había unido a ellas.

Entraron en la ermita.

Tristán, de un empujón, tiró a Juana al suelo frente al altar.

Después, con parsimonia, se desató el pañuelo de muselina verde.

Y, con el mismo cuidado que antes le había peinado, enrolló el pañuelo en el cuello de Juana, que le dejó hacer.

Juana tenía los ojos cerrados.

Cuando Tristán empezó a apretar, se llevó las manos al vientre, quería proteger a aquel niño que moriría con ella.

Y cuando apenas le quedaba aliento, se le oyó musitar:

–Txakur haundia etorriko da zuk ez baduzu egiten lo:

Horregatik, ba, ene potxolo, egin aguro lo, lo, lo…

(Si no te duermes, vendrá el perro grande:

Por eso, anda, precioso mío, duérmete pronto, duerme, duerme, duerme).

Tristán dejó el cuerpo de Juana, que aún protegía a su hijo con las manos, allí tendido y salió de la ermita sin mirar atrás.

Un criado le había acercado el caballo.

Montó y salió huyendo con las prisas de los asesinos, de los criminales, de los malvados.

Las herraduras de su caballo corrían en dirección contraría, señalaban el camino equivocado, nunca le encontrarían, pero, como decía Domenca, su madre, él había perdido su alma.

Los lamentos de la Dueña vieja, la nodriza y Domenca Begiurdina, poblaron la noche y acallaron a las aves nocturnas. Un búho sobrevoló el palacio de Ursua dibujando tres círculos, luego se perdió en la noche.

Dicen que Bautista, a aquella misma hora, subió a la torre de Gentein y que alguien le impidió tirarse desde las almenas.

Juana estaba muerta y el hijo que llevaba en las entrañas había muerto con ella.

La canción de cuna que imaginé que Juana de Lantaina le podía haber cantado a su hijo antes de morir, me trajo recuerdos. Esa nana se la solía cantar la ama a Martintxo para que se durmiera, aunque él no era ya un niño.

Di por terminado el trabajo y se lo pasé a Telmo.

Había amanecido nublado, pero hacía un calor húmedo y pesado. Desde mi ventana de la oficina veía a las gaviotas revolotear inquietas sobre el Urumea. El San Sebastián romántico me miraba desde el otro lado del río. Ahí, enfrente, habían estado las Torres de Arbide, las llevaron piedra a piedra y ahora se alzan en el parque de Miramón, y, a mi derecha, en la primera manzana de Paseo Colón, estaba el espléndido Palacio Bermejillo con sus jardines, cuadras y cocheras, un proyecto de Luis Aladrén, del que iba a hablar en mi nuevo trabajo, aunque aún no lo sabía.

Y entonces sonó el teléfono.

Era Adriana, por la tarde había un foro de mujeres, organizado por Emakunde (Emakumearen Euskal Erakunde-Instituto Vasco de la Mujer) en la Diputación Foral, y le gustaría que asistiera Izaskun, pensaba que escuchar el testimonio de otras mujeres le podría animar a contar algún día públicamente lo que había vivido. Le había llamado a Izaskun, pero no le había cogido el móvil, me pedía que le convenciera y fuéramos las dos a la reunión.

Le dije que lo intentaría, aunque no le prometía nada.

El resto del día transcurrió tontorrón y relajado.

Hablé con Izaskun, me costó convencerle, pero aceptó.

Cada vez me parecía más claro que, además de la vergüenza y el miedo, había razones de índole social que le impedían a Izaskun denunciar lo que había vivido. Sí, Izaskun, de la mano de Santi, había entrado en la “buena sociedad donostiarra” y se encontraba muy cómoda ahí, perteneciendo a una élite a la que quería seguir perteneciendo, una confesión suya supondría el rechazo de gran parte

de esa gente. Según ella, las víctimas que aparecían en los medios de comunicación, eran mujeres sin recursos que no tenían nada que ver con su propia situación, lo suyo había sido otra cosa que no había por qué airear.

A las siete recogí los bártulos, quedé con Telmo después de la reunión y me fui a casa de Izaskun.

Izaskun me estaba esperando con cara de mal humor, me dijo que lo hacía por mí, pero que aquella reunión le resultaba desagradable, eso dijo, desagradable.

Hice un esfuerzo y me callé.

El jardín de la plaza de Gipuzkoa, frente a la Diputación, siempre me ha parecido un minúsculo y precioso jardín oriental. Había mucha gente paseando. En el puente de madera, varias parejas echaban una moneda al diminuto estanque coronado por una catarata de juguete, pedían deseos imposibles. El estanque de los cisnes estaba lleno de niños. Antes de entrar, no me pude contener, le hablé a Izaskun del edificio de la Diputación, que se inauguró en 1885. La verdad es que Izaskun no me hizo ni caso, ahora andaba dándole vueltas a la venta de Itsaso-Loreak y me dijo a todo que sí con la cabeza, pero sin escucharme absolutamente nada, después siguió hablándome de inmobiliarias. Y, cuando entramos en la Diputación, tampoco prestó la menor atención a la soberbia escalinata de honor en mármol blanco que da acceso al piso superior, ni a la vidriera de Echenagusia de 1899, que representa la jura de los Fueros por el rey Alfonso VIII.

Llegamos, y había ya medio centenar de mujeres en la sala.

Adriana vino enseguida a saludarnos, estaba muy contenta de que Izaskun se hubiera animado a asistir, ella iba a ser una de las ponentes, al parecer, escucharíamos, además, el testimonio de varias mujeres valientes, que iban a contar su experiencia.

Izaskun Landaida, directora general de Emakunde, fue la primera en intervenir, señalando, entre otras cosas, la importancia de la escucha activa a las mujeres que sufren malos tratos, debido a que, por un lado, sienten una profunda vergüenza al tener que hablar de lo que les ha ocurrido y, por otro, necesitan ser escuchadas. Dijo, además, que, tras la denuncia, el camino a recorrer por la víctima es liberador, pero también muy duro. Después, intervino Adriana, que se centró en su estudio sobre las víctimas de malos tratos, y fue ella la que abrió el debate en el que iban intervenir varias mujeres, ofreciendo su testimonio.

Y ellas empezaron a contar:

–Los hijos, en los casos de violencia de género, son, a veces, víctimas pasivas y, en muchas ocasiones, olvidadas.

–Dicen que nos protegen, pero simplemente nos controlan,

aunque tardas en darte cuenta, tú piensas que te quiere mucho y por eso se preocupa por ti, es lo que te dice.

–Son muy hábiles, utilizan a los hijos para chantajearte, les convencen. A mí me pegaba y me decía, luego, que le tenía que pedir perdón por la paliza, era yo la que le había obligado a hacer aquello con mi mal comportamiento, mi inutilidad, mi vagancia. Y acabas por creerle.

–"Chiquita, esto es amor o muerte, entérate", eso lo repetía todos los días.

–En cuanto aparece el primer signo de malos tratos, hay que huir, huir cuanto antes, siempre va a más.

–Te conviertes en una mujer fragmentada, es muy doloroso, tienes que aceptar que te peguen y te vejen.

–Yo le justificaba diciendo que tenía problemas en el trabajo y, en realidad me estaba justificando yo por aguantar todo aquello, y es que no tenía adónde ir, no tenía recursos y ahí estaban los hijos.

–Es muy complicado, hay que superar la dependencia afectiva, mi marido era guapo, fuerte, inteligente, la dependencia económica, yo no trabajaba, y las posibilidades reales de salir de ahí con el mínimo riesgo para mí y mis hijos.

–Yo sentía admiración, miedo e impotencia.

–A mí me obligaba a hablarle de usted.

–Cuando no hay agresiones físicas es muy difícil reconocer el maltrato. Eso me pasó a mí, hasta que un día me empujó y se me abrieron los ojos.

–Y después está la familia, que, cuando se lo cuentas, no te creen.

Miré a Izaskun, estaba muy nerviosa, movía las piernas, cambiaba de postura, el párpado izquierdo le palpitaba con un tic frenético.

Le pregunté si estaba bien y me dijo que sí con suficiencia.

Pero entonces ocurrió.

Izaskun y yo nos quedamos de piedra.

Subió al estrado, elegante, con un traje de chaqueta impecable, Miren Landa, la mujer de Luis Soroa.

Miren Landa y su marido pertenecían al círculo de los Fernández

de Sosoaga, nunca me hubiera imaginado verla allí, aparentemente su matrimonio era perfecto, aunque es verdad que hacía tiempo que no sabíamos nada de ella, se habían ido a vivir a Madrid.

Izaskun se puso colorada y agachó la cabeza para que Miren no le reconociera, se avergonzaba de estar allí.

Pero Miren sí nos reconoció y nos saludó con una sonrisa antes de hablar.

–Quizás a alguna de vosotras os sorprenda, que con la pinta que yo tengo de señorita bien, esté aquí. Todavía se piensa que los malos tratos se producen solo en familias de escasos recursos económicos y no es cierto. Lo que sí es verdad es que a nosotras, a las de mi clase, nos cuesta más denunciar, nos cuesta más tragarnos la vergüenza y, también hay que decirlo, nos cuesta más renunciar al estatus social al que estamos acostumbradas por ser señoras de nuestro señor. Eso me pasó a mí. Pero aquí estoy. Y me alegro mucho de ver entre vosotras caras conocidas, pertenecientes a mi mismo medio, que imagino que han pasado por circunstancias parecidas a las mías y que, al final, han tenido el coraje de salir de ese infierno.

Hizo un silencio y otra vez le dirigió una sonrisa a Izaskun, que miró para otro lado.

–Soy universitaria, pero nunca ejercí mi profesión. Y aunque es verdad que, desde el primer momento, él dejó muy claro que mi sitio estaba en casa, que no quería que trabajase, no le culpo, la culpa fue solo mía, yo tenía que haber sido la que debía haber dicho por ahí no paso. Sin embargo, acepté, era tentador vivir rodeada de lujos sin hacer nada. Al principio, su paternalismo protector me halagó, él iba a cuidar siempre de mí, él iba a darme todo lo mejor, él iba a satisfacer hasta el último de mis caprichos, pensé que eso era amor y caí en la trampa. De esa manera, poco a poco, se fue convirtiendo en mi dueño y mi vida se fue vaciando de todo hasta convertirse en nada. Y entonces, como muchas, empecé a soportar lo insoportable, abuso sexual, golpes, aislamiento, humillaciones, ya sabéis. Y acabé también por perder a mis hijos, él se encargó de convencerles de que yo no servía para nada, las comidas de los domingos se convirtieron en una enumeración, en la que todos participaban, de las cosas que yo hacía mal. Mis hijos compraron enseguida sus argumentos, así no se sentían culpables por mirar para otro lado, no se sentían culpables de su silencio. Durante un tiempo le disculpé, tenía mucho trabajo, tenía que resolver muchos problemas, traía dinero a casa, también disculpé a mis hijos, eran unos niños, no se daban cuenta de lo que estaba pasando, hasta que, por fin, fui valiente conmigo misma y acepté la realidad, no había excusa posible para el maltrato de mi marido y mis hijos no eran tontos, se daban cuenta de todo, pero preferían hacer que no se enteraban y reírle las gracias a su padre para que todo

aquello no les salpicase. Entonces comprendí que estaba absolutamente sola.

Hizo una pausa y bebió agua.

–Asumida mi situación, pensé en pedir ayuda, pero, aunque parezca absurdo, a mí misma me parecía una deslealtad contar lo que pasaba en casa, era un secreto que no se podía saber. Y es que, en mi caso, como ocurre siempre en las de nuestra clase, todo queda siempre de puertas adentro, el miedo al qué dirán nos paraliza, nosotras no solemos recurrir a los servicios sociales, nosotras no denunciamos. Fue entonces cuando hablé con mi familia, pero lo único que me dijeron fue que no hiciese ninguna tontería, qué iba a pensar la gente, una familia tan conocida y enredada en un asunto así de feo, iba a ser un escándalo, en fin, que por mi bien y por el bien de mis hijos lo que debía hacer era procurar contentarle y tener paciencia.

Miré alrededor, el silencio en la sala era total.

–Y eso hice, pero nunca le contentaba, la presión era cada vez mayor, así que empecé a beber. Al principio, fue un alivio. Me pasaba el día flotando y la realidad me hacía menos daño. Pero, poco a poco, el pozo se hizo más profundo y más negro. Él se dio cuenta de lo que me pasaba y se puso contento, ahora todo lo que me hiciera estaba mucho más justificado. Por su puesto se lo contó a nuestros hijos y, entonces, viví su rechazo ruidoso, ellos que no habían abierto la boca cuando su padre me despreciaba abiertamente. Un día, vi en la televisión un anuncio contra la violencia de género que decía: "Rompamos el silencio", y algo me pasó, porque, a partir de ahí, decidí cambiar, decidí actuar, decidí ser yo. Lo primero que hice fue dejar de beber. Me costó, pero lo conseguí. Y luego, un domingo de aquellos en que me hacían un juicio sumarísimo mientras comían lo que yo les había preparado, les planté cara y fui yo la que les conté todo lo que tenía que soportar. Nadie me apoyó. Esa misma tarde le denuncié.

Izaskun, ahora, tenía las mejillas coloradas como una manzana, el tic del ojo había desaparecido y estaba quieta como una estatua.

–Mis hijos siguen con su padre, no me perdonan la denuncia y el escándalo. Ni siquiera se ponen al teléfono cuando les llamo por su cumpleaños o en Navidades. No sé qué pasará, pero no pierdo la esperanza de recuperarlos.

Se calló, parecía que meditaba.

–Sin embargo, a pesar de los pesares, tengo que deciros que ha merecido la pena. Tengo que deciros que hay siempre un futuro que nos espera si somos valientes, el camino es muy duro, es verdad, muy duro, pero merece la pena recorrerlo. Ahora trabajo en mi profesión, me gano la vida y tengo algo que ofrecer a mis hijos, si algún día me necesitan. Tengo que deciros, también, que para recuperar nuestra

dignidad es necesario contar muy alto y muy claro todo lo que nos ha pasado y que nuestro relato es vital para que otras, que están atravesando la misma situación, comprendan lo que les está ocurriendo y puedan liberarse. Eso es todo. Gracias.

Y entonces pasó.

Izaskun se levantó, subió al estrado y pidió permiso para hablar.

Estaba extrañamente tranquila.

Oí su voz, me pareció que venía de muy lejos, de un país escondido y cruel, del que, por fin, había podido huir.

–Solo quiero decir que yo también he sido víctima de malos tratos, quiero que lo sepáis, hasta oírle a Miren no podía aceptarlo, ella me ha dado fuerzas. Gracias.

Izaskun volvió a su asiento, seguida de un aplauso largo y emocionado, temblaba, temblaba y sonreía, lo había conseguido, acababa de dar un portazo a tantos años de dolor.

Yo también temblaba, no pude decirle nada, solo le di un beso.

Cuando terminó el acto, se acercó todo el mundo a felicitarle y decirle que era muy valiente. Izaskun parecía otra, más alta, ya no se encogía sobre sí misma, hablaba sin miedo, miraba sin miedo, respiraba sin miedo.

Izaskun, por fin, empezaba a poder confiar en el futuro.

Llegué tarde a la cita con Telmo, que me esperaba en el Café Victoria, allí empezó nuestra historia.

Enseguida le conté lo que había pasado, yo todavía estaba impresionada, y se alegró mucho, los dos estuvimos de acuerdo en que era el principio de una vida nueva para Izaskun.

Después hablamos de trabajo. Tenía otro proyecto para ofrecerme.

–Luis Aladrén.

Por supuesto sabía quién era, e hice un pequeño alarde de erudición y enumeré su obra en San Sebastián.

–El Gran Casino, la reconstrucción de la Diputación de Gipuzkoa tras el incendio, la plaza del Txofre, la Casa Urbieta con sus dos torrecitas que parecen de cuento, el palacio Bermejillo, el convento de las Siervas de María y Villa Almudena.

Me corrigió.

–Villa Adelaida.

Sonreí con suficiencia.

–De acuerdo, Villa Almudena, en Miraconcha 13, pasó por varias manos y por otros nombres antes de llegar a ser Villa Almudena. Cuando se construyó en 1867 no tenía la torre que tiene ahora, era un precioso palacete de estilo de francés, que podía haber estado en la

ciudad de invierno de Arcachón o en cualquier lugar encantador de Francia. La infanta Eulalia de Borbón y el Gran Duque Vladímir, hermano del zar Alejandro III de Rusia pasaron allí algún verano. ¿Sigo?

–No, por favor.

Me reí, me apetecía el nuevo proyecto, había muchas historias que contar de villa Almudena, del Casino, del palacio Bermejillo…

Pero cambié de tema, Izaskun no se me iba de la cabeza.

Volví a la reunión y le conté todo lo que se había dicho con más detalle.

–Dime, ¿qué os pasa a los hombres?

Él me corrigió.

–La pregunta es ¿qué les pasa a algunos hombres?

–Pues qué les pasa a esos hombres.

–Mira, yo creo que son hombres cobardes, sin autoestima, que necesitan dominar y no se atreven, les da miedo el mundo, entonces ejercen su papel con quien les resulta más fácil. Se ve muchas veces también en otros campos. Gente que se ensaña con el que tiene abajo, y se convierte en un pobre hombre sumiso y asustado con los de arriba. Necesitan un marco propicio para sentirse fuertes, la situación de la mujer y la intimidad del hogar es un marco perfecto. Echa un vistazo a la historia y verás que esa clase de hombres, en cuanto han podido, han ejercido su crueldad siempre contra los más débiles, hombres o mujeres.

–Explícate.

–Imagínate la Alemania Nazi, coge a Santi, ponle un uniforme y dale poder, sería cruel y violento, y su crueldad no iría dirigida solo a las mujeres, porque, al sentirse protegido por la fuerza de su partido, se ensañaría con cualquiera que estuviese por debajo de él, desde sus subordinados a los enemigos que cayeran en sus manos. Todos los regímenes totalitarios son ideales para este tipo de gente.

–Pero eso no nos pasa a las mujeres.

–No estés tan segura. En el mundo laboral, ahora que hay mujeres en puestos de responsabilidad, algunas son tan déspotas como los hombres. A otras les pasa lo mismo que a los hombres, necesitan un marco de poder que les arrope para actuar, podíamos hablar de las carceleras de los campos de concentración, de las que machacan sin razón a la que les limpia el portal, de las que pegan o maltratan al marido porque son más fuertes, de las abadesas de los conventos que la toman con alguna pobre monja. Acuérdate de Margaret Thatcher, no le tembló la mano para ordenar el ataque a las islas Malvinas.

–Entonces, ¿tú crees que, si fueseis los hombres los que hubieseis estado sojuzgados a lo largo de la historia, hoy habría mujeres maltratadoras?

–Por supuesto.

–No sé.

–Yo creo en la igualdad de hombres y mujeres, y, porque creo en esa igualdad, sé que los hombres y las mujeres pueden ser igual de santos e igual de malvados.

–¿Y los pedófilos? Que yo sepa, y hasta el día de hoy, en ese colectivo solo hay hombres, y eso que las mujeres somos las que estamos más relacionadas con el mundo de la infancia, las que tendríamos más ocasiones para cometer ese tipo de depravaciones.

Se quedó pensando.

–Sí, tienes razón.

–Por eso te pregunto ¿qué os pasa a los hombres?

–Y, a pesar de la pedofilia, yo vuelvo a insistir, a algunos hombres.

–De acuerdo, a algunos hombres. La situación que estamos viviendo es dramática, todos los meses mueren mujeres asesinadas a manos de sus parejas, mueren niños, otros se quedan huérfanos.

– Sí, es terrible y hay que acabar con esa situación. Las mujeres, durante siglos, habéis sido propiedad de los hombres, pero ahora las cosas están cambiando y hay hombres que no lo soportan. Por eso es bueno que nadie se calle, que se denuncie, que salga a la luz una situación a la que hay que poner fin, y por eso me alegro mucho de que Izaskun hoy se haya decidido a hablar, por eso y por ella misma.

Yo seguía dándole vueltas a lo que me había dicho.

–Mira, claro que hay mujeres cobardes y violentas que se realizan machacando al más débil, tampoco dudo que haya mujeres que, si vosotros hubieseis sido los sojuzgados a lo largo de la historia, serían ahora las maltratadoras, pero, hoy por hoy, nosotras somos las más vulnerables, seguimos siendo las víctimas. Por eso la prioridad es luchar para que, por fin, en el mundo entero, ¿me entiendes?, en el mundo entero, ese marco, que nos hizo ciudadanas de segunda al servicio del varón, forme parte de una historia triste, una historia muy triste, que ocurrió hace mucho tiempo, tanto tiempo, que casi ni nos acordemos. Todavía hay que luchar para que, por fin, los Derechos del Hombre sean también los Derechos de la Mujer.

Ha pasado un año de la muerte de Santi y nuestras vidas han cambiado.

Mi vida ha cambiado.

Vivo con Telmo.

La convivencia no ha sido fácil. He aportado un montón de viejas mañas que me hacen compañía desde hace muchos años, desde que empecé a vivir sola. A Telmo le pasa lo mismo. Así que hemos tenido

nuestro tiempo de adaptación y, varias veces, hemos estado a punto de tirar la toalla…

Pero seguimos.

Tampoco está siendo fácil para Sara, entró en una escuela de hostelería y duró poco, la disciplina no es su fuerte. Tiene una nueva pareja. Acaban de abrir un bar, especializado en escalibadas con salsa romesco, Adriana se ríe. Trabaja mucho, se desespera mucho…

Pero ahí sigue.

Izaskun también sigue, sigue saliendo del agujero poco a poco, a veces todavía se inventa su vida pasada y la echa de menos.

La inspectora Adriana Arruabarrena continúa recorriendo el mundo montada en sus botas Martens, de vez en cuando Izaskun y yo quedamos con ella.

Y sí, Martina es hija de Santi y Jesusa no pierde la esperanza de que, si a ella le pasa algo algún día, Martina podrá contar con Izaskun.

Ayer Telmo y yo fuimos paseando hasta Itsaso-Loreak, era mi despedida de la morada de la felicidad. Parece que hay un comprador interesado que quiere transformar la casa en una vivienda de apartamentos de lujo. Por fin desaparecerá la hiedra, desaparecerán los fantasmas que la habitaron. Se escribirán ahí historias nuevas, ojalá sean historias felices.

AUTORA

Mila Beldarrain

Mila Beldarrain Albaitero, licenciada en Filología Románica por la Universidad de Deusto, profesora de Lengua y Literatura en los institutos Bidebieta y Usandizaga de Donostia–San Sebastián y colaboradora del diario El Correo. Ha publicado las siguientes novelas: Oria, la Sultana Vascona; Petriquilla, Graciosa y el Verdugo negro; El Examen (Petriquilla en Madrid); Kursaal; Enigma; Domenja de Oñate (Premio Euskadi de Plata, 2007); Mi Extraña amiga Katalina; Bajo el cerezo; El Templario; La verdad de Moctezuma e Inesa de Otaduy y Olazaran.

LEGAL

HAZTE PEQUEÑA, SOLO MÍA

© Mila Beldarrain Albaitero, 2018

© Ediciones Beta III Milenio, S.L. 2018
Avda. Ramón y Cajal, 35. 48014 Bilbao
Tel.: 94 476 11 55
edicionesbeta@edicionesbeta.com
www.edicionesbeta.com

Primera edición en libro electrónico (epub): 2019
ISBN: 978-84-17634-47-6 (epub)

ISBN ed.impresa: 978-84-17634-06-3
Páginas en papel: 224

Este libro ha recibido una ayuda del Departamento de Cultura y Política lingüística del Gobierno Vasco

EUSKO JAURLARITZA GOBIERNO VASCO
KULTURA ETA HIZKUNTZA POLITIKA SAILA
DEPARTAMENTO DE CULTURA Y POLÍTICA LINGÜÍSTICA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Realización técnica: Ediciones Beta III Milenio, S.L.